

SÍLVIA SOLER

Besos de domingo



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Besos de domingo es una novela sobre las pequeñas revoluciones personales que miles de mujeres, auténticas heroínas cotidianas, tuvieron que llevar a cabo en este país para construir su felicidad en el entorno hostil y asfixiante de la dictadura y la represión religiosa. La protagonista, Valèria Isern, consigue afianzar su relación en un tiempo en el que amarse era un pecado, cuando los besos que duraban un poco se tenían que reservar para los domingos. Alrededor de su historia de amor, aparentemente ingenua, Valèria construye una vida plena, intensa y sabia. Su historia encuentra el contrapunto en la correspondencia que mantiene con su amiga Elisa, quien elige irse del país para lograr la libertad personal y la realización profesional.

Sílvia Soler
Besos de domingo

Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera



*A la arqueóloga Mercedes Vegas,
que venía a casa desde lugares remotos
cargada de regalos y de historias
y nos hacía soñar con la libertad.*

Me veo andando con un gran ramo de mimosa en los brazos, o sentada, sujetando en la falda fruta madura y jugosa —albaricoques, cerezas, rodajas de sandía—, o con la mirada clara, rebosante de colores.

Cuando tenía veinte años, una mañana resplandeciente de julio fui al cementerio a visitar la tumba de mi abuelo. Acababa de licenciarme y la palabra *arqueóloga* me parecía la más eufónica de todo el diccionario. Estaba completamente enamorada del hombre con el que pensaba casarme. Así pues, supongo que era feliz.

Aquella mañana de cielo azul —el azul límpido que deja la tramontana— iba por el camino de arena, flanqueado de cipreses, que lleva al cementerio, y todo estaba en silencio. Solo se oía el ruido de mis pasos al pisar la tierra compacta, decenas de minúsculos estallidos.

Y recuerdo que, sin venir a cuento, aunque era desvergonzadamente joven y tenía el corazón tenso de amor, pensé que un día volvería a hacer el mismo camino sola y en silencio, como en ese momento, en la soledad y el silencio de la muerte.

Han pasado cincuenta años. Medio siglo. Toda mi vida. Y me preparo para comprender que aquel presentimiento extravagante está a punto de hacerse realidad.

El mundo ha avanzado deprisa en estos cincuenta años, bailando la danza frenética de la humanidad, a veces al ritmo de la guerra, a veces al compás de una melodía más suave: han nacido Estados y otros se han descoyuntado como un rompecabezas mal encajado, han muerto sabios y poetas, han nacido otros, se han vencido enfermedades, y epidemias malditas han devorado países enteros.

Lo he vivido todo en todos estos años como testigo cándido y a veces atemorizado —quizá las cosas fueran más fáciles entonces—, en una época de prohibiciones y pecados, de silencio y desconcierto. Sin embargo, vivir aclara las dudas y los misterios, a menudo con crueldad, y también aprendí el valor de la rebeldía y la razón.

El mundo se resquebrajaba y perdía sensatez por todas partes; yo amaba, leía, lloraba y me afanaba por proteger a cuatro hijos que, en justa pero involuntaria correspondencia, constituían mi escudo protector.

Y en el fondo de todo, como el decorado de un viejo escenario que nunca se renueva y que se amolda a todas las representaciones, unas ánforas desportilladas con polvo de siglos adherido a las curvas, con restos de algas de todos los mares, con un eco de olor a vino tinto flotando a su alrededor.

Ánforas marcadas con nombres, con signos como pequeñas heridas que indican su origen y recuerdan los viajes que han hecho. Sellos ovales, rectangulares o circulares, rastros de resina o de barniz, letras y dibujos.

Y en mi memoria, marcas de amor, de dolor, de añoranza.

No hay nada excepcional en mi vida —leves marcas de ánfora—, solo que la he vivido. Y ahora termina.

—¿Cómo supiste que estabas enferma?

Un dolor persistente en el vientre, una biopsia y una espera. Era jueves y me dijeron que el martes siguiente me darían los resultados. Las esperas se hacen largas. Todo quedó en suspenso, pospuesto, pendiente: mi vida y la de las personas que me quieren, y eso me incomodaba. Recuerdo que cuando me jubilé, hace tres años, sentí una angustia parecida. Por primera vez me sabía improductiva, pasiva, y estuve unas semanas pensando que, de la noche a la mañana, me había convertido en una carga inútil para la gente a la que antes aportaba algo. Como si no trabajar me incapacitara también para dar afecto y consejos prácticos o para ser una compañía divertida e interesante para mis amigos. De repente, y aunque hacía años que era abuela, me vi como una viejecita molesta a la que los hijos y los nietos tenían que proteger.

Afortunadamente, esta pequeña depresión duró poco y volví a ser la de siempre. De todos modos, esa misma angustia la recuperé en el momento en que se planteó la posibilidad de que estuviera gravemente enferma: volví a sentirme desvalida y me pesaban las miradas de preocupación que me dedicaban a todas horas.

Lo cierto es que todo cambió en el momento en que el médico de urgencias entró en el box en el que estábamos esperando —yo, en una camilla; Neus, de pie a mi lado, y Guillem, sentado en la silla—. Lo miramos los tres en un silencio interrogativo y él dijo: «No lo veo claro. En las radiografías no veo nada, pero no me gustan este dolor tan insistente ni la febrícula. Creo que hay que hacer una ecografía».

No me dio tiempo a responder. En unos segundos, décimas de segundo tal vez, Neus se adelantó y dijo: «Sí, claro. Que le hagan una ecografía inmediatamente».

Yo habría dicho lo mismo, como es obvio, pero no me dio tiempo. Mi hija mayor se hizo cargo de la situación y cogió las riendas sin la menor intención de soltarlas mientras yo estuviera enferma o fuera una vieja con muchas posibilidades de estarlo.

—¿Y qué vieron en la ecografía?

Había una sombra cerca de la matriz y el médico dijo que era necesario hacer una biopsia. Nos darían el resultado el martes. Y a partir de ese momento mi casa siempre estaba llena de gente a todas horas. Mis hijos y mis nietos venían cargados de buenas intenciones, me traían trufas y violetas de Santa Paula y me distraían contándome chistes y cotilleos. Me recordaban a los mozos de estoques cuando marean al toro moribundo con el capote para que deje de sufrir de una vez.

—¿Y el resultado de la biopsia?

...eliminó los interrogantes: era cáncer. Y empezó para mí una existencia de otra clase, peor que la que había tenido hasta entonces, sin la menor duda. Precisamente era eso lo que me asustaba, no la amenaza de la muerte. No me quejo de lo que he vivido: nací en un país al que quiero, mis padres eran

personas buenas en el sentido estricto de la palabra, en el buen sentido de la palabra *bueno*, como dijo el poeta. Me he enamorado y he amado con pasión y con paciencia, he sido madre y abuela. El oficio que desempeñaba me llenaba los días de cómodas de caoba, mesas de mármol, máquinas de coser y vasos de cristal grabado, de bancos de madera y cabeceros de cama de hierro forjado... Y las ánforas milenarias en un rincón de mis sueños, haciéndome compañía siempre.

Pero ahora solo hay diagnósticos, quirófanos, tratamientos y llanto. Me acompañan mis hijos, los mismos a los que llevaba a la escuela de la mano, a los que daba de comer a cucharadas, a los que velaba en noches de fiebre. Ahora son ellos los que me protegen, los que deciden por mí. No estoy acostumbrada y me encuentro rara en esta actitud pasiva, librada de la carga a menudo pesada de ser responsable de mí misma.

—¿Qué pensaste cuando te lo dijeron?

Cuando el médico pronunció la sentencia —tan disfrazada que daban ganas de no entenderla—, me limité a observar a mis hijos. Una angustia muy próxima al pánico dominó la mirada de Neus: en décimas de segundo fue consciente del sufrimiento que se avecinaba. Las facciones de Màxima prácticamente no se alteraron, apenas un imperceptible parpadeo del ojo derecho, fruto de la sorpresa, de la incredulidad. Guillem me regaló una mirada optimista y llena de confianza, una mirada de apoyo, de ánimo, de «todo saldrá bien», una mirada abrazo.

Martina no estaba. Tenía que hacer algo urgente, lo que le permitió evitar la escena. No se lo reprocho, yo habría hecho lo mismo si hubiera podido.

—¿Os dijeron que había que operar enseguida?

Sí, salimos de la consulta con la fecha fijada. Un jueves, a las dos de la tarde. Qué hora tan estúpida para operar a alguien, ¿no?

—¿Te daba miedo la operación?

La verdad es que no. No puedo negar que me emocioné en el momento de la despedida, porque, cuando vas a entrar en un quirófano, es inevitable pensar que siempre hay riesgo de que algo salga mal... Pero tenía la intuición de que no pasaría nada... Sin embargo, estaba convencida de que la operación no serviría para curarme del todo.

De todos modos, entrar en el quirófano impresiona: todo es frío, metálico, aséptico, no hay ni una sombra de calidez por ninguna parte. La conversación de los médicos y las enfermeras, en tono animado, casi frívolo, no consigue comunicarte ninguna calidez humana. Al contrario, te hiere profundamente la naturalidad con que pasan por alto el pánico que te domina.

Del posoperatorio solo recuerdo pensamientos estafalarios, ideas desconcertantes, porque tenía todo el tiempo del mundo, el cuerpo inutilizado y una lucidez inusitada. Quizá nuestra inteligencia aumenta de forma directamente proporcional a la morbidez del cuerpo. Pasé de ser una persona físicamente hiperactiva a una inmóvil pensadora sin límite de tiempo ni de espacio.

Las horas se alargaban y el panorama que enmarcaba el amplísimo ventanal, con el alumbrado vacilante de Barcelona, las alargaba más aún. Pensaba en casas que nunca resucitaré, en muebles que nunca mandaré restaurar, en pequeños objetos preciosos que ya no encontraré en sótanos húmedos y oscuros de casas de campo. O me entretenía imaginando cambios en el mobiliario de casa, me empecinaba en hacer listas mentales de libros que todavía no había leído.

De madrugada entraba una bata blanca de sonrisa dulce, me deseaba buenos días como quien habla con un ser inconsciente o un viejo senil —y yo no era ninguna de las dos cosas, todavía no— y manipulaba mi pobre cuerpo sin miramientos.

En esos momentos pensaba en el pudor que había acumulado a lo largo de los años, sobre todo de jovencita, en plena posguerra: para ir a misa, medias tupidas, aunque hiciera calor, y las mangas por debajo del codo, una mantilla para cubrir la mínima expresión de escote del vestido, sentarse de manera que la falda siempre tapara las rodillas, evitar los jerséis ceñidos y, si lo eran, recurrir al antiestético gesto de tirar del tejido para que no se nos pegara a las curvas.

¿Qué dirían ahora mi madre, mi confesor, las monjas de las Teresianas, si vieran mi cuerpo, desnudo y llagado, impúdicamente expuesto a las miradas y los tocamientos de esta juventud?

—¿Cuántos días tuviste que estar en el hospital?

Trece. Trece días que se arrastraron con una lentitud enervante. Casi nunca me dejaban sola, pero, sinceramente, a veces lo deseaba. Necesitaba que cesaran el parloteo continuo y las bromas forzadas destinadas a distraerme. Sin embargo, cuando conseguía convencerlos de que me dejaran sola, miraba el reloj a menudo, deseando que hubiera pasado una hora, y solo habían pasado unos minutos. Me distraía pensando en quiénes serían los demás enfermos de la planta, los vecinos desconocidos con quienes compartía las noches, la desesperante espera del alba. Me preguntaba por la edad que tendrían, por su nombre, por su pronóstico de supervivencia. Los grandes desconocidos con los que, en esos momentos, tenía más cosas en común que con las personas que más quiero.

Una vez, un muchacho jovencísimo llamó a la puerta, la abrió y se quedó sorprendido e inmóvil en el umbral.

—Perdone, me he equivocado de habitación —murmuró, sonrojándose hasta la raíz del pelo.

Estuve a punto de decirle que pasara, que se quedara un rato a hacerme compañía, que estaba mortalmente aburrida y tenía ganas de charlar. Con él sí, con un desconocido. Quería que me contara cosas nuevas, sin estrenar, con una voz que nunca había oído. Pero no lo hice, claro. Habría pensado que estaba loca.

No puedo explicarte por qué me apetecía más la compañía de aquel chico absolutamente desconocido que la de mi familia, que se relevaba para hacerme compañía, todos tan afectuosos, tan protectores, pero con un dolor imborrable en los ojos... No sabía de qué hablarles. El pasado me hacía daño y el futuro no existía. En cambio, aquel muchacho que no sabía nada de mí me habría escuchado sin juzgarme, sin que lo hirieran mis recuerdos.

Pensaba obsesivamente en el paisaje de la llanura, en los verdes y azules de la cala Montgó, en el perfil sobrio del Montgrí. Cualquier referencia al pasado me dolía y no me atrevía a hablar del futuro. Siempre acababa imponiéndose el presente, solo el presente, en forma de celador que venía a buscarme para hacer un escáner, o de enfermera que me tomaba la temperatura y la presión.

El presente era el oncólogo, un ser de ojos pétreos —cómo iba a sobrevivir, si no— que me comunicó que había que empezar inmediatamente el tratamiento de quimioterapia.

Mis hijos reaccionaron como está mandado, porque en los momentos más intensos de la vida el carácter nos domina por completo, dejamos de ser personas libres y seguimos un guion preestablecido.

Neus, interpretando el papel de hija mayor, se dispuso a organizar las cuestiones de índole práctica: me ofreció su casa para que me instalara, tomó nota de la comida que me convenía, incluso consultó dónde se podía encargar una peluca, por si se me caía el pelo.

Guillem se acercaba y me abrazaba, me daba un beso en la frente o me apretaba la mano. Siempre el contacto físico, el calor, la confianza, el «todo saldrá bien porque estoy contigo».

Martina sometió al médico a un interrogatorio preciso: qué efectos inmediatos tendría la quimio, cuánto duraría el tratamiento, cuándo sabríamos si funcionaba, qué actividades podría hacer.

Max se acurrucaba al lado de la cama sin tocarme, muda, inmóvil, con la cara llena de lágrimas, como hace muchos años, cuando yo tenía migraña y ella entraba en mi habitación sin encender la luz, se acercaba sigilosamente y se quedaba quieta y callada en el rincón de la mesita de noche. Cuando el dolor amainaba y me reanimaba un poco, me daba cuenta de que estaba allí y le decía: «¿Qué te pasa, Azúcar?», y ella, hipando y lloriqueando, decía: «Quiero estar contigo».

—Y ¿cómo te encontrabas con la quimio?

Pues como si me ardiera todo el cuerpo: el cuello, las encías, los labios, la vulva, el ano, las palmas de las manos... Y el estado de ánimo, en llamas también. Todo me irritaba, todos me irritaban. Me escocía todo, me convertí en una mujer exasperada. El dolor me hizo más egoísta, más cruel y despiadada, como si quisiera vengarme del fuego que me abrasaba.

A principios de año, al salir del hospital, me quedé en casa de Neus, que vive en L'Escala, muy cerca de mí. Dijeron que sería como volver a casa —a mis calles, entre mis vecinos— pero que no podía estar sola. Me adjudicaron la habitación de mi nieta, que se llama Judit; estaba rodeada de muñecas, peluches, lápices de colores... ¿Te imaginas cuánto me protegía ese mundo infantil color de rosa? Me parecía que el cáncer no podía llegar hasta allí. Por la ventana de la habitación veía las ramas de las acacias de la calle, que agitaba un suave viento casi de primavera. Me preguntaba qué sería de mí en verano si no podía tener el consuelo de los vivificantes baños de mar. Pero faltaba mucho para el verano. De momento me dejaba cuidar por mi hija, que me hacía de madre, no sin cierta congoja. Se lo veía en los ojos, cuando solícitamente me dejaba el zumo de naranja en la mesita de noche y me arropaba. Su mirada me preguntaba: ¿qué ha pasado, mamá?, ¿dónde estás?

—¿Estabas deprimida?

Supongo que sí, pero a principios de mayo los médicos me dieron una alegría que cortó la depresión de raíz: el primer ciclo de quimioterapia se había acabado y había funcionado bastante bien. Querían que recuperara fuerzas antes de reanudar el tratamiento y me sugirieron una temporada de reposo en un ambiente que me permitiera el contacto con el aire limpio y con la naturaleza. Sin consultar a nadie decidí trasladarme, naturalmente, a la casa de Albons.

Nos acompañó Guillem en su coche recién estrenado, charlando con la fluidez que lo caracteriza, pero sin agobiar. Yo confiaba ciegamente en el perfil del Montgrí, en los cielos barridos por la tramontana y en los tamarindos floridos para recuperar la antigua alegría de vivir.

Al bajar del coche me quedé contemplando la piedra vieja de las paredes de Can Poc Oli, a las que se agarraba la hiedra verde y tierna. Era como si las paredes que han visto pasar décadas hasta superar el siglo se resistieran a morir, y para mí fue plenamente reconfortante verlas reverdecer con una belleza nueva. Con paso vacilante, apoyada en el brazo firme de mi hijo, me dirigí a la casa y recuerdo que pensaba que la vida siempre renace y que yo no soy más que una gota minúscula en este fluir imparable. No quería hundirme, pero tampoco encolerizarme contra el final. Quería hacer lo mismo que las montañas, la hiedra o el olor del mar que me llega de lejos: dejarme llevar hasta donde se le antoje a la vida. Tal vez hacia la muerte.

Mira, tengo una cosa para ti: no te asustes, ya sé que pesa mucho, pero solo quiero que le eches un vistazo. Son mis diarios. Empecé a escribir un diario íntimo de jovencita y he seguido con mayor o menor continuidad. Aquí verás cómo era de adolescente, hay muchas cosas que no recuerdo o que recuerdo mal. Solo encontrarás sinceridad absoluta: mi vida tal como la viví en cada momento. Ahora, al recordarla, solo nos detenemos en los trazos gruesos, en los grandes acontecimientos, y olvidamos el pequeño vivir cotidiano: los pequeños disgustos, los tropiezos, un rato agradable. Aquí los tienes: todos tuyos. Léelos, utilízalos o tíralos. Haz lo que quieras con ellos, no es más que mi vida.

El paquete, envuelto en papel de embalar y atado con cordel, contiene quince libretas o cuadernos de diversos grosores, unos con espiral y tapa de cartón, otros con anillas que se abren para quitar o añadir hojas, unos cuantos encuadernados en tela gruesa. Las libretas más antiguas están todas juntas, atadas con una cinta satinada color de rosa. Son cinco libretas de espiral y hojas cuadriculadas, con la tapa de cartón, cada una de un color diferente. Por fuera llevan escritos en tinta azul los años que abarca cada una, dos en cada libreta. Comienzan en 1945 y terminan en 1954.

Los otros cuadernos son más gruesos y también son de colores distintos, como si los hubieran elegido adrede. Verde, morado, naranja, rojo. Algunos son de cuadros, de flores o con dibujos geométricos. Los años correspondientes, en la tapa, con rotulador grueso. Ahora cada cuaderno abarca muchos años más. La última libreta, que vuelve a ser de espiral, tiene la cubierta de color amarillo claro y, en lugar de unos años, lleva escrita una palabra: Enfermedad.

Desato el paquete más antiguo y cojo la primera libreta. Es de color azul celeste. 1945-1946. La joven Valèria escribía prácticamente todos los días.

Vacaciones de Navidad de 1945
L'Escala

¡Consol y mi hermano se han hecho novios! Me lo dijo él anoche, cuando nuestros padres ya estaban en la cama y nosotros nos quedamos oyendo la radio en el comedor con la luz apagada. Me pidió que guardara el secreto. Lluís y Consol. Suena bien.

Es una felicidad que no se ha hecho para mí..., estoy segura. Soy una chica rara y por eso estoy sola. Mañana tengo que volver a Barcelona, a zambullirme en los libros de griego y latín, lejos de mis padres y de mis amigas. Tanto sacrificio y después... ¿qué hombre va a querer a una mujer sabia? Tanto llorar para poder ir a la universidad, tantas discusiones con mi padre, tantos argumentos para convencer a todo el mundo de que una chica también puede querer estudiar, saber, hacer una carrera. Y ahora, no sé, solo tengo miedo y dudas. Esta noche la tramontana aúlla como una mujer loca. Seguro que en Riells las olas se levantan por encima de las barcas. Se oyen los postigos y me temo que no van a dejarme dormir. Pero me gusta. En Barcelona casi no sopla el viento.

Barcelona, 21 de marzo de 1946
Residencia de las Teresianas

Me escribió Consol para contarme que su noviazgo con mi hermano ya es oficial. Lo sabe todo el mundo, y mis padres están muy contentos. Dice que quizá se casen el año que viene. No lo creo, pero me da envidia. Me dan envidia los proyectos de boda, el noviazgo y vivir plácidamente en L'Escala, yendo a pasear a la orilla del mar los domingos por la mañana: ¡Adiós! ¡Hasta luego! ¡Recuerdos!

Barcelona todavía es demasiado grande para mí, pero no me atrevo a decirlo en casa. Me da miedo que se arrepientan de haberme dejado venir y me obliguen a volver.

Barcelona, 4 de abril de 1946

Residencia de las Teresianas

Hoy no hay clase. Es San Isidoro, patrón de la facultad. No tenía ganas de estudiar y hacía un día tan primaveral que he salido a pasear. Me he ido por la calle Aribau hasta la universidad y después he vuelto al paseo de Gràcia. Era la primera vez que iba sola por la ciudad sin un destino concreto. Todavía no me puedo creer que mi padre me deje estudiar una carrera, que me haya dejado venir sola a Barcelona, que me deje vivir en la residencia con las otras chicas... Hoy paseaba por Barcelona pensando en estas cosas; podía ir donde quisiera y pararme a ver escaparates todo el tiempo que me apeteciera.

He visto un vestido y lo he deseado con tanta fuerza que me he sonrojado. Al momento he oído mi voz funesta, que ha venido a enturbiar la emoción del momento: «¿Cuándo ibas a ponértelo? ¿Para ir adónde? ¿Con quién?».

El cielo se ha encapotado de pronto y he vuelto a la residencia temiéndome un chaparrón. Al llegar tenía una nota de Elisa Saumell, me preguntaba si quería ir mañana con ella al Museo de Arte Antiguo. La he llamado y le he dicho que sí. ¡Vamos a ir en metro!

Barcelona, 7 de abril de 1946

Residencia de las Teresianas

No me cansaría de estar con Elisa Saumell. Es una chica diferente. En primer lugar, lleva un abrigo rojo —nadie lleva un abrigo de color rojo—, y el pelo corto, que le da un aire... parisino. Es divertida, ocurrente y muy atrevida. Su padre es notario, y tiene cuatro hermanas y un hermano. Ayer pasé todo el día con ella y por la noche, en la cama, me imaginaba cómo serían las fiestas en su casa de la Bonanova, con sus hermanas, tan sofisticadas, y su hermano, que se parece a Cary Grant...

Elisa dice que sale más o menos con el hijo de unos amigos de sus padres que se llama Víctor Reverter, que estudia arquitectura. No la veo muy convencida, me pareció que se reía un poco al hablar de él. En cambio, cuando hablaba de irse al extranjero al terminar la carrera, le brillaban los ojos. «¿Y Víctor?», le pregunté. Se rio y se le movió el flequillo sobre las cejas bien delineadas: «Víctor, si quiere, que me espere dibujando casitas para los barceloneses ricos». Envidio terriblemente su determinación.

Me gusta hablar con ella porque no nos parecemos. No se parece a ninguna de mis amigas, a ninguna de las chicas que viven en la residencia. Es más decidida, más atrevida, más valiente, más libre. Como si fuera de otro país.

L'Escala, 3 de julio de 1946

Solo diré que cuando mi madre vino a recibirme a la estación de Girona, al verme, se echó a llorar. He perdido tres kilos y no puede decirse que me sobren. Tengo unas bolsas oscuras como nubes de tormenta debajo de los ojos y se me ha caído tanto pelo que lo llevo recogido para no ver esta triste melena desmayada donde antes había crines rojas.

A pesar de todo, los sacrificios y los esfuerzos han valido la pena: todo aprobado, la mayoría de las asignaturas con nota. Sabía que no me quedaba más remedio, porque mi padre solo necesita una excusa para cambiar de opinión y no dejarme salir de L'Escala el próximo curso. Esta idea me asusta, a pesar de lo mucho que he llorado de añoranza este invierno.

L'Escala, 5 de agosto de 1946

Son las doce de la noche, la tramontana repica en las persianas de madera. No puedo dormir, aunque no me angustia, al contrario, tengo el alma risueña. Esta noche hemos ido a tomar el fresco a la plaza y nos hemos encontrado con los hermanos Danés y con Miquel Sugranyes. Me he acordado de la época del bachillerato, cuando me enamoré platónicamente de Quim Danés. ¡Me parecía tan guapo! Hemos hablado un rato mientras paseábamos detrás de los demás.

L'Escala, 15 de agosto de 1946

Es el día de la Virgen de Agosto y he ido temprano a misa, en cuanto ha parado la tormenta de agua y granizo que ha caído de madrugada. Oía repicar la piedra en el tejado desde la cama y he tenido que reunir fuerzas para salir de mi nido calentito.

He visto a Quim en misa. Nos hemos encontrado en la iglesia unos cuantos domingos seguidos; luego me espera a la salida y me acompaña a casa. Me gusta, pero no quiero que sus amigos piensen nada ni que la gente empiece a hablar...

Ahora vuelve a llover y es como si la negrura del cielo me pesara en el alma y en el cuerpo. Me duele la cabeza.

L'Escala, 19 de octubre de 1946

He empezado el segundo curso con más ánimo y menos añoranza. He venido a casa a pasar el fin de semana porque el lunes es fiesta; el sábado por la tarde, al volver de dar un paseo, me he llevado un disgusto por una cosa que no me esperaba.

Al llegar a casa mi madre me ha preguntado si me había acompañado «el chico de los Danés». Sí, me había acompañado —¡y estaba muy contenta por haber hablado un rato con él!—, o sea que mi madre me había espiado detrás de las cortinas... Se ha puesto a llorar y ha dicho que mi padre estaba muy enfadado, porque desde el verano la gente le pregunta si Quim y yo somos novios y le dicen que nos han visto paseando solos por las calles del pueblo, salir de misa juntos el domingo...

Mi madre me ha dicho que no puedo darle semejante disgusto a mi padre, que parece mentira, con el dinero que les cuesta mi carrera... A ver si al final voy a terminar con un chico de aquí, que todo el mundo sabe que en lugar de ponerse a estudiar farmacia, como su padre y su abuelo, solo tiene proyectos raros, como colarse en masías abandonadas y medio en ruinas para buscar muebles viejos y carcomidos. ¡Con la cantidad de chicos de buena familia que puedo conocer en Barcelona! Me ha dolido mucho... De manera que mis padres no accedieron a dejarme ir a Barcelona para que yo hiciera realidad el

deseo de ser arqueóloga, el viejo sueño de mi abuela Valèria: ser una de las pocas mujeres arqueólogas de España... ¡Lo que ellos querían era que conociera en Barcelona a un chico de buena familia, que me olvidara de estudiar y que me casara...! Y me ha dolido que mis padres ofendieran a Quim, un hombre bueno al que quiero. «Un chico de aquí», ha dicho mi madre en tono despectivo. ¿Quiénes son ellos para rechazarlo?

Cuando mi padre ha llegado a casa y se ha sentado a la mesa para cenar, ni siquiera me ha mirado. Mi hermano y mi madre comían en un silencio absoluto y yo me secaba las lágrimas pensando que el padre que había admirado sin límite podía estar convirtiéndose en el culpable de mi infelicidad.

—Cuéntame algo de tu abuela.

La abuela Valèria... Mi abuela Valèria es el personaje fundamental de mi infancia y uno de los más importantes de mi vida, como verás.

Era la madre de mi padre, una mujer absolutamente excepcional para su época, debido seguramente a su amistad íntima con Caterina Albert, la escritora. Valèria y Caterina vivían muy cerca la una de la otra y solo se llevaban dos años, así que compartieron primero los juegos de infancia y, más adelante, larguísimas conversaciones sentadas en los escalones de la casa, en verano, cuando el sol por fin cedía un poco y la brisa marina, perezosa, se decidía a refrescar las calles de L'Escala.

Caterina empezaba a sentir una gran curiosidad por las piedras de Empúries, que había visitado con su tío. Siempre las habían tenido muy a mano, al lado de casa, formaban parte de su paisaje, pero nunca sospecharon que eran el testimonio de historias remotas, del pasado sobre el que se levantaba su pueblo, de la vida que vivían ellas. Fue el inicio de lo que se convertiría en su gran pasión por la arqueología y por los objetos antiguos.

Cuando era pequeña y la abuela Valèria me hablaba de su amiga Caterina, no me costaba nada imaginarme a las dos niñas con el pelo recogido en dos trenzas, las faldas largas, las piernas delgadas, sentadas en el banco de piedra de la plaza al atardecer, concentradas en su conversación, mientras los demás niños las llamaban: «¿Venís a jugar a la rayuela?». Y ellas, con la mirada

soñadora perdida en la playa, hablaban de barcos que llegaban de Grecia cargados de ánforas que acabarían hundidas bajo las olas y cubiertas de caracolillos de mar.

Supongo que ahora entiendes por qué una chica de pueblo como yo, en la posguerra más gris, tuvo el valor de comunicar a sus padres su deseo de ir a Barcelona a estudiar una carrera tan exótica como arqueología...

En los cinco años que pasé en Barcelona escribía a mi abuela cartas larguísimas en las que le contaba todo lo que estaba aprendiendo. Ella no me contestaba porque tenía los dedos deformados por la artritis..., aunque quizá tampoco lo habría hecho de no haber sido así. Tal vez se le habían olvidado ya los sueños infantiles y las conversaciones con su amiga Caterina, que en aquel tiempo ya era la gran escritora reconocida que se ocultaba tras el pseudónimo de Víctor Català.

—¿Dejaron de verse?

Sí... Cuando se encontraban, todavía parecían las viejas amigas de siempre y se mostraban un afecto casi familiar. Pero sus vidas habían tomado rumbos muy diferentes y Caterina pasaba muchas temporadas fuera del pueblo. El día en que murió la escritora fui a ver a mi abuela completamente desolada, con la cara llena de lágrimas, pero a mi abuela no se le alteró la expresión cuando le di la noticia: «¿Se ha muerto Caterina? Pobrecilla, ¡Dios la perdone!». Nada más. No sé si debajo de todas las capas de la piel, curtida por el dolor y el trabajo, se conmovió en alguna medida.

Y ahora me parece que ya es suficiente. Mañana más.

Al día siguiente encuentro a Valèria Isern sentada en una butaca baja forrada de terciopelo de color tabaco. Está cerca del balcón y, a la luz gris de media tarde, parece la imagen central de una fotografía en blanco y negro. Me detengo, indeciso, en el umbral de la puerta, pero enseguida me invita a entrar y a sentarme a su lado. «No tengo muchas ocasiones de pasar la tarde con un chico tan guapo», dice, casi riéndose. Lleva unos pantalones azul marino y una camisa blanca que le queda ancha porque, según me dice, ha adelgazado

bastante. Lo veo en las clavículas, en los huesos de las muñecas, como si un escultor le hubiera destacado todos los huesos del cuerpo. Sin que se lo pida, empieza a hablarme de los días de descanso que ha pasado en Albons.

Can Poc Oli es la casa solariega de los Danés, que heredamos Quim y yo cuando murió mi suegra. Mis hijos nos toman el pelo y comentan a menudo el gran negocio que hicimos en aquel momento. El hermano de Quim y su familia se quedaron con la casa de L'Escala, que, al venderla a un constructor, les solucionó la economía para toda la vida.

En aquel momento —hacia el final de la década de los setenta—, L'Escala ya se había confirmado como uno de los lugares turísticos más importantes de toda la costa catalana. No paraban de construir y en verano la población se multiplicaba casi por diez.

Albons, en cambio, era todavía un pueblecito del interior con unos atractivos indudables, pero no espectaculares, que muy poca gente había descubierto.

Yo siempre les digo que, aun en el caso de que algún constructor visionario nos hubiera ofrecido una fortuna por Can Poc Oli, su padre no la habría vendido por nada del mundo.

Tanto es así que tengo la certeza de que mis hijos serían los primeros en defender la casa con su propia vida, si fuera necesario. Dicen que si en el lugar donde pasamos los veranos de la infancia hay río, oímos el rumor del agua toda la vida. Cada cual tiene un sitio en el que puede situar la felicidad, y para mis hijos es esta casa. Seguramente por eso a veces oigo sus voces infantiles en el jardín: Max gritando porque Guillem quiere salpicarla con la manguera, Neus regañando a las muñecas, Martina cantando, encaramada al níspero, con las piernas colgando. En algunas ocasiones oigo las voces tan claramente que no puedo evitar asomarme a la ventana de la cocina. No están. Aquellos niños no están, porque ya no existen. Pero sus voces han quedado misteriosamente suspendidas en el aire del final del verano, entrelazadas con las matas de retama, desmigajadas y mezcladas con las piedrecitas del camino de la entrada.

En Albons todo fue un poco más fácil, a pesar de las postillas de los labios, que me obligaban a comer todo el alimento licuado con una pajita.

Mi cuerpo, que se había recuperado milagrosamente bien de los embarazos, que había madurado con dignidad, ahora daba auténtica pena: cada día estaba más delgada y una cremallera me recorría el vientre de arriba abajo. Me miraba en el espejo y pensaba que en el mismo sitio en el que había anidado la vida cuatro veces anidaba ahora la malignidad.

Por suerte, a finales de junio, Neus y sus hijos vinieron conmigo a Can Poc Oli y sus juegos y las risas constantes interrumpían enseguida estos ataques de autocompasión patética. Después del periodo de descanso reiniciamos el tratamiento y cada quince días me llevaban a Barcelona a la sesión de quimio. Me la ponían en la consulta del oncólogo, un piso de Via Augusta que no tenía nada de sórdido, donde podía haber habido niños jugando o una mujer preparando la cena. Solía encontrarme allí con una chica que recibía el mismo tratamiento que yo.

Nos acomodábamos en unos sillones con reposapiés, una al lado de la otra. Mientras las enfermeras preparaban la porquería que tenían que inyectarnos en el brazo, la mujer joven hablaba por los codos, con una vitalidad desmesurada y en un tono que quería ser frívolo. Yo me preguntaba si era valiente, inconsciente o hipócrita.

La chica seguía con su parloteo y pretendía incluirme en la conversación con preguntas como: «¿Se mareas?». «No», respondía yo. «¿Lo suyo también es de mama?» «No, de matriz.»

Esas noches, después del tratamiento, cuando me acostaba en mi habitación de Albons, me quedaba mirando las vigas del techo hasta que empezaban a moverse a consecuencia de las náuseas. Aguantaba todo lo que podía, pero al final tenía que bajar a la cocina. Poco después oía los pasos de Neus en las escaleras; tiene el sueño ligero, como yo, y siempre me oía.

Mi hija me preparaba una manzanilla, se sentaba a mi lado y me pasaba el brazo por los hombros. Una parte de mí quería refugiarse en ese abrazo, en ese hombro joven y fuerte, pero algo, no sé qué, me lo impedía. Hacía unos días que me daba la sensación de que mi hija mayor estaba de mal humor, ella, que nunca lo estaba. Creo que se rebelaba contra la enfermedad y contra mi sufrimiento, y, sin querer, en lugar de considerarme la víctima, me culpaba. Su

contacto físico siempre era forzado y no podía evitar un rictus amargo en la boca. Me parece que no estaba acostumbrada a verme en una situación de debilidad. Neus siempre me ha considerado su fortaleza. Después de los malos tragos de la adolescencia y primera y rebelde juventud, nuestra relación se mantuvo en perfectas condiciones, sólida y afectuosa, mientras era ella la que dependía de mí. Sin embargo, en los días siguientes a cada sesión de quimio, cuando más débil estaba y peor me encontraba, cuando supongo que parecía más vieja que nunca, la sentía alejarse de mí, a pesar de que era la única hija con la que convivía. Me parece que acabo de entenderlo ahora que lo he dicho en voz alta: quizá era por eso, porque convivíamos. Recuerdo que esa temporada estaba yo leyendo una novela de Carmen Martín Gaité, *Lo raro es vivir*, y encontré la siguiente frase: «La necesidad de que nos amen nos vuelve vulgares». Podía haberla escrito Elisa, que con consideraciones como esta deja al descubierto la chica de clase alta que todavía lleva escondida en su interior, a pesar de los años que hace que intenta olvidarla. Elisa me hacía mucha falta aquella temporada. Con mis hijos no podía mostrarme ni un momento tal como me sentía. Su dolor me hacía sufrir, mi alma de gallina clueca no me dejaba estar tranquila y su sufrimiento incrementaba el mío. Con Elisa habría sido diferente, aunque con esto no quiero decir que ella no sufra por mí. Pero Elisa sufre relativamente. Para mi amiga todo es relativo. «No nos conviene ser tan evidentes», decía Martín Gaité. Yo no quería ser evidente ni vulgar, pero quería que me quisieran.

—Pero supongo que sabes que tus hijos te quieren...

Claro que sí, no lo he dudado nunca. Todos, a su manera, pero es muy difícil ver sufrir a una persona a la que quieres, porque el amor que sentimos se disfraza de frialdad o se distorsiona hasta parecer compasión.

Aquellos días, cuando me despertaba, mi primer pensamiento, el primer deseo, era que no entrara nadie en la habitación hasta que pasara revista a mi aspecto. Lo pensaba al ver la almohada manchada de sangre seca. Las postillas de los labios se desprendían y las heridas debían de sangrar por la noche. El primer contacto con el cuerpo, al despertarme, era la boca. Todavía tenía las encías llenas de aftas y se me caía el pelo cada vez que me pasaba el

peine. Por nada del mundo quería que mis hijos o mis nietos me vieran antes de poder arreglarme un poco. Salía de la cama sigilosamente, con los ojos inundados de lágrimas, deseando haberme podido refugiar en el sueño férreo, profundo de cuando era joven..

Después me acercaba a la ventana y veía toda la llanura que se extendía ante mí, la incomparable luz ampurdanesa, el Montgrí al fondo, y en alguna parte de mi fuero interno renacía por fin una voz conocida, la voz de Valèria cuando era joven y sana, optimista y vital.

A veces, un día laborable cualquiera, aparecía Martina por sorpresa. Cuando no me traía una vara de nardo perfumada, bellísima, me traía un puñado de higos de cuello de dama, mis preferidos. Martina siempre le da un toque de delicadeza y de extravagancia a mi vida.

De pequeña, era una niña divertida, tenía unas ocurrencias que nos hacían reír a menudo. De adolescente fue problemática, extremadamente independiente. Y ahora es una mujer de una belleza salvaje, un poco inquietante.

Martina es arquitecta, pero ya hace años que se dedica exclusivamente al paisajismo, al diseño de jardines. Es una profesional de reconocido prestigio en ese ámbito. Se gana muy bien la vida. Viaja mucho. No sé si es feliz. Creo que tiene ataques de felicidad que le duran un suspiro, pero tampoco la he visto nunca triste más de un ratito. Sabe huir de la tristeza y de la angustia, por eso venía poco a verme aquella temporada.

Cuando venía —con un libro de poemas de Pavese o un ramo de mimosa—, me invitaba a pasar juntas el atardecer en el jardín. Nos sentábamos en los sillones de mimbre, una al lado de la otra, y contemplábamos el cielo a esa hora, dulce y triste al mismo tiempo, cuando el día inicia una despedida que matiza el color de la luz, del amarillo hasta el malva, y recordábamos a Max de pequeña, cuando se ponía mis gafas de sol y decía: «Lo veo toodo lila...».

Hablábamos de la forma de una nube que se deshilachaba en el horizonte o escuchábamos atentamente el silbido de la tramontana que se iba acercando. Conseguía olvidarme un rato del cáncer, de la quimio y de las llagas de la boca. Mis otros hijos no ven el mundo con los mismos ojos que yo, pero Martina sí. Aunque enseguida le entraba prisa y tenía que irse. Ese es el

secreto de su felicidad: no alargar los momentos buenos, no desgastarlos. Se iba y yo me quedaba allí sentada hasta que Neus me mandaba entrar porque refrescaba.

En casa de Valèria siempre hay flores frescas. Hoy son tulipanes amarillos los que presiden la mesa de centro en un jarrón de cristal. Está sentada en el sofá, apoyada en un almohadón cuadrado enorme de tonos azules y verdes. Mientras conversamos, coge un cojín un poco más pequeño, forrado con la misma tela azulona, y se lo pone discretamente en el regazo. De cuando en cuando pasa una mano por la tela, como si la acariciara. Estoy tan concentrado en sus palabras que no oigo ningún ruido, como si estuviéramos encerrados en una habitación de cristal herméticamente aislada.

Me iba recuperando a medida que pasaba el verano y contemplaba con cierta calma la posibilidad de volver a mi casa, en L'Escala, para recibir tranquilamente el otoño. Pero a finales de agosto, una comida frugal en casa de Guillem desembocó en un vómito violento y en un temblor intenso que no se me pasaba. El médico decidió ingresarme inmediatamente en el hospital.

Pasé allí doce días, inmersa en la mierda —con perdón—, y no lo digo en sentido figurado. La quimio me provocaba unas diarreas cada vez más frecuentes y me deshidrataba. Tenía un aspecto tan lamentable que pedí que mis nietos no vinieran a verme.

—¿Cuántos nietos tienes?

Desde hace ocho días, ¡cuatro! No creía que Neus quisiera tener otro, ¡después de tantos años! Me daba mucho miedo, pánico, morirme antes de que naciera este niño. Y no por mí. Ya sé que no voy a verlo crecer..., es por ella, por Neus. Imagínate, no poder ofrecerle su hijo a su madre...

Porque este es el sentimiento que tenemos cuando nos encontramos en medio de esta cadena, entre nuestros padres y nuestros hijos: somos el eslabón que la une con fuerza, que impide que se rompa, y los recién nacidos son como una ofrenda a las personas que nos han permitido llegar hasta aquí.

Eso era lo que sentía cada vez que le decía a mi madre: «Mira, esta es tu nieta», refiriéndome a Neus, tan gordita y llorona; y dos años después: «Mira, aquí tienes a tu nieto», un niño de ojos líquidos que dibujaba sonrisas solo para mí. Y por tercera vez: «Mira, tu segunda nieta», Martina con su piel blanca y sus ojos transparentes, y en último lugar: «Mira, esta es tu nieta Màxima», una niña menudísima, aislada de nosotros por un cristal, que luchaba esforzadamente por respirar.

Mi madre sentía predilección por mi pequeña Max (creía que no la vería crecer), quizá porque la veía débil, quizá porque en sus rizos rojos me veía a mí de pequeña...

Pero... volviendo al hospital... Por extraño que parezca, la temporada que pasé en un estado físico tan lamentable me devolvió la bondad.

Dejé de ser la mujer exasperada de los primeros tiempos de la enfermedad y me convertí en una mujer agradecida. De repente empecé a ver buen corazón por todas partes: las enfermeras, los celadores, las señoras de la limpieza, cada una de estas personas tenía un gesto, una palabra o una sonrisa que me llenaba de agradecimiento. Tal vez porque, cuando vemos la cara de otras personas desde la posición horizontal, se nos aparece como envuelta en un aura: la que les confiere no saber que su actividad, su autonomía, su movilidad pueden desaparecer en cualquier momento. El aura de la inocencia, pero no la de la ingenuidad infantil, sino la de una confianza inocente en la vida. Me inspiraban gratitud, compasión y envidia a un tiempo.

Cuando me quedaba sola en la habitación, en la cama de sábanas limpiísimas, yo misma purificada y perfumada, cerraba los ojos para vivir plenamente ese instante de bienestar y de fe en los hombres y en las mujeres, en la vida.

Antes de darme el alta apareció el arcángel san Gabriel. Era una chica rubia, de ojos azules, con un elegante pañuelo de seda natural en el cuello... no sé qué clase de cargo administrativo ocupaba en el hospital. Aunque ya me había visto tres o cuatro veces, me saludaba simplemente con la misma sonrisa correcta e iniciaba el interrogatorio, que ya me sabía de memoria. Me preguntaba si había tenido alguna enfermedad importante. «No.» Si, aparte de este cáncer, había estado sana como una manzana. ¿Abortos? «No. He tenido cuatro embarazos y ninguno problemático.» «¿Cesáreas?» «No, los cuatro

nacieron por el método tradicional: empujando con todas mis fuerzas.» «¿Crianza natural?», pregunta el arcángel. Respondo afirmativamente mientras echo una mirada elocuente a mis pechos, mustios debajo del camisón. «¿Fuma? ¿Bebe?» «No y no. He fumado y me ha gustado el vino, pero ya hace años que no me apetece.» Si duermo bien, cómo funcionan mis intestinos... Y la chica rubia cierra la carpeta y guarda el bolígrafo. «De acuerdo, entonces, muchas gracias.» Y cree que ya lo sabe todo de mí. Pero no me pregunta cuántos muertos llevo dentro, cuánta violencia he visto, cuánto dolor se acumula en mi interior, como las cajas que llenan las tripas de los barcos de carga, cuánta rebeldía he sofocado, qué clase de frustraciones y desengaños he ido acumulando para llegar a ser la mujer que soy ahora. Creen que todo esto no tiene nada que ver con el diagnóstico. Quizá no. O quizá, si los médicos hicieran esa ficha paralela, entenderían cosas que ahora les resultan científicamente inexplicables y aplicarían remedios más eficaces que los convencionales.

Vino el oncólogo a explicarnos que había que detener —en realidad, suspender— el tratamiento de quimioterapia. Mi pobre cuerpo no lo resistía. Lo dijo en medio del silencio sepulcral de la familia y a continuación empezó a divagar: que si buscaríamos una solución alternativa, que de momento lo importante era que me recuperara —había perdido cuatro quilos en las dos últimas semanas.

Supongo que en ese mismo instante tenía que haber entendido que estaban comunicándome oficialmente mi sentencia de muerte, pero si te digo la verdad, estaba eufórica. Solo podía pensar que se había acabado el tormento de la quimioterapia y que poco a poco recuperaría la piel, el pelo, el sueño, el apetito y el gusto por la vida.

Es curioso, aquel día fue probablemente el principio del fin, pero me sentía como si fuera el primero del resto de mi vida, como dice el tópico.

Volví a casa de mi hija mayor. Ella entraba y salía, los niños llegaban de la escuela cargados con las mochilas, las carpetas y los abrigos, los del supermercado traían la compra, sonaba el teléfono y era el padre de los niños, mi yerno, desde la consulta... La vida circulaba alrededor sin parar,

envolviéndome en una burbuja de cotidianidad, en la tibieza de la vida familiar que ya no recordaba, y me dejaba llevar. Era consciente de que esa no era mi vida, pero era vida. Sin proyectos, pero sin miedo. Me conformaba.

—¿Te encontrabas bien?

¡Sí! Cada día mejor. La comida volvía a tener sabores distintos, el viejo caparazón iba recuperando energía, podía dormir tres y cuatro horas seguidas...

Dos semanas más tarde sentí necesidad de hacer algo. La señora de la limpieza no me dejaba ayudarla con ninguna tarea de la casa: creo que tenía miedo de que la regañaran, a pesar de que yo insistía en que me gustaría hacer algo. Así que al final me atreví a preguntar a mi nieta si podía ayudarlos a estudiar o a hacer los deberes. Fue un auténtico descubrimiento.

Judit tiene diez años y es una niña discreta, como los dibujos que hace con tanto esmero, pintados con lápices de colores de tonos pastel, muy suaves, muy suaves. Es una niña sin estridencias, con los ojos color de avellana, el cabello color de mostaza, lleno de suaves ondas, y la piel clara y lisa como una playa. Su hermano, Àlex, tiene cinco años y se atolondra. El cerebro le funciona demasiado deprisa para la edad que tiene y la lengua no lo alcanza. Entonces se traba, tartamudea un poco, se enfada y al final tira al suelo lo que tenga a mano en ese momento. Los ojos, oscuros y muy grandes, se le encienden de rabia y hay que hacer un gran esfuerzo para contener la risa que da ver a este enanito tan indignado.

Pasar largos ratos con ellos fue todo un descubrimiento. A partir de entonces empecé a encontrarme mejor. Hace tantos años que mis hijos son adultos que se me había olvidado la fuente de estímulos, diversión, sorpresas y reflexiones que son los niños. Por la tarde, cuando Judit volvía del colegio, me acompañaba a dar un paseo. Me costaba un gran esfuerzo, pero sabía que necesitaba airearme, la piel se me estaba poniendo amarilla. Cuando volvíamos, me sentaba con ella a repasar los deberes que había hecho y a ayudarla si tenía alguna duda. El pequeño se nos unía y nos molestaba con su subir y bajar de la silla, sus preguntas absurdas, su risa estimulante.

El segundo o tercer día que hacía los deberes con Judit, me preguntó si yo era maestra. Por lo visto, le parecía que lo hacía bastante bien. Le dije que no, que yo era, había sido, arqueóloga y, por descontado, quiso saber qué significaba una palabrota tan impronunciable.

Y, para una niña de diez años, ¿qué es ser arqueóloga? Me armé de valor y le dije que me dedicaba a buscar cosas que habían quedado escondidas, cosas que utilizaban personas que habían vivido antes que nosotros, mucho antes.

—¿Cosas de tus padres? —preguntó Judit, a quien supongo que mis padres le parecían tan antiguos como el hombre de Cromañón.

Entonces empecé a explicarle que, hacía muchísimos años, este país nuestro en el que vivimos ahora lo habitaban otras gentes que habían llegado en barco de muy lejos, y que fundaron ciudades y vivieron en ellas a su manera, y que yo quería saber cómo vivían y las costumbres que tenían, y que la forma de hacerlo era buscando lo que quedaba de sus casas, de sus calles, y de los objetos que utilizaban.

Justo en el momento en que había pronunciado las palabras «llegaron en barco de muy lejos», Àlex, que no me había prestado atención ni un segundo, levantó los ojos y se quedó escuchando con el lápiz en el aire, a medio camino de la mesa en la que estaba pintando.

Y a partir de ese momento se inició una relación diferente y muy intensa entre mis nietos y yo. A estas alturas de la vida, la arqueología me tenía reservado todavía otro regalo que no esperaba.

Por la noche, cuando llegaba Neus, nos encontraba a los tres sentados alrededor de una mesa repleta de libros, papelotes y fotografías que me habían traído de casa. Neus miraba a su hija y no daba crédito al nuevo interés que la hacía abrir tanto los ojos y los oídos. Y su pequeño atolondrado, ¡quieto y en silencio, para variar! A veces mi hija se quedaba un rato en la habitación oyéndome hablar de ánforas que transportaban vino, aceite y *garum*, de barcos hundidos en la costa de Empúries, de vasos de cerámica desportillados, de minúsculas figuras femeninas de mármol. Me parece que no me equivoco si digo que Neus descubrió en su madre a otra mujer, una mujer que tenía una

pasión oculta, todo un mundo secreto lleno de tesoros; en cierto modo me recriminó que no hubiera hallado la manera de compartirlo con ella y sus hermanos cuando eran pequeños.

A finales de septiembre me llegó la noticia de la muerte de Jordi Trias, el marido de Rosamaria Forcada, mi amiga de la infancia... no te he contado nada de ella, ¿verdad?

—No, pero si quieres hacerlo ahora...

Éramos amigas íntimas desde pequeñas, lo fuimos hasta que entré en la universidad. En aquel momento creía que la distancia entre L'Escala y Barcelona, que entonces era mucha, acabaría con nuestra tierna amistad. Nos habíamos acostumbrado a vernos a diario, y pasar un mes separadas me parecía un obstáculo insalvable para continuar con una relación íntima.

Pero la verdad es que lo que nos separó al final no fueron la distancia ni los largos alejamientos. La distancia que se creó entre nosotras no se contaba en kilómetros ni en semanas...

Nuestra amistad fue diluyéndose muy poco a poco, casi imperceptiblemente. De vez en cuando Rosamaria me decía que yo había cambiado, y supongo que era verdad: había incorporado nuevas amistades, costumbres diferentes, vocabulario moderno, sueños que ella no podía ni imaginarse.

Cada vez que volvía a casa notaba que la comunicación entre nosotras, que siempre había sido facilísima, encontraba ciertas dificultades. Era un proceso que avanzaba con lentitud y muy levemente, pero sin detenerse.

Cuando empecé el noviazgo con Quim, creí que la relación con Rosamaria volvería a ser como antes, porque de nuevo teníamos un lenguaje común, pero me equivoqué. En esa misma época ella empezó también su relación con Jordi Trias y, con la aparición de los hombres en nuestro círculo íntimo, la distancia se hizo insalvable. Jordi Trias —en paz descansa, pobre— era la personificación de todo lo que Quim y yo rechazábamos: pretencioso y pedante, presumiendo a todas horas de su recién estrenado título de «doctor»,

nos miraba desde su pedestal, sobre todo a Quim, que, además de no tener carrera, permitía que su mujer la tuviera y ejerciera, aunque fuera tímidamente, su profesión.

Las citas y las llamadas telefónicas a Rosamaria se fueron espaciando y la relación se redujo a los encuentros casuales en el casino o por la calle.

A pesar de todo, cuando me enteré del fallecimiento de Jordi Trias la llamé por teléfono. Había muerto de un cáncer de páncreas fulminante y Rosamaria me pareció, más que triste, muy desvalida.

Cada vez que muere alguien de cáncer es como si todos los enfermos estuviéramos en la cola del cine, uno detrás de otro, avanzando poco a poco hacia la taquilla. La única esperanza es que, al llegar, nos digan que se han agotado las localidades, que cierren la ventanilla y que debamos —o podamos— esperar a la próxima sesión.

—¿Has vuelto a ver a Rosamaria?

Sí, fui a verla a su casa para darle el pésame. No puedo decir que estuviera incómoda, pero me pareció que había pasado la tarde haciéndole compañía a una señora mayor que se había quedado viuda, como si no fuera una mujer igual que yo, la mujer que había estado tan cerca de mí, hace muchos años.

Ella era una abuela que había reducido el mundo a la salita de su casa, donde recibía la visita de sus hijos, de sus nietos y de alguna amiga. Me dijo que no salía de casa ni para ir al mercado. Es curioso: ella, que tiene buena salud y tanta fortaleza física, solo quiere que sus días pasen plácidamente, uno tras otro, en una modorra que a mí me mataría más deprisa que el cáncer. Quizá sea porque yo sé que tengo un plazo, que en cualquier momento pueden volver a abrir la taquilla del cine... Precisamente aquel día, volviendo de casa de Rosamaria, empecé a encontrarme mal. Me dolía el vientre y no podía conciliar el sueño de ninguna manera. Neus quería llevarme al hospital, pero le dije que esperaríamos a que se hiciera de día. Pasé la noche entre la cama y el sillón, tomando tila y mirando el reloj. A las siete de la mañana llamamos a los chicos y fuimos al hospital.

La expresión del médico me anunció la recidiva antes que sus palabras. Al ver que no reaccionaba, Guillem, que había llegado el primero, me dijo, afectuoso: «¡Qué bien, mamá, qué valiente eres!». Lo miré con una gran sonrisa: «Todo saldrá bien, hijo».

Y no le dije que no era ni valentía ni serenidad, sino pura incredulidad. Yo sabía que una recidiva tan rápida era el final de todo, que ya no había salida, que esta vez habría localidad en el cine para mí.

Me ingresaron en espera de la operación. Pero todo eso te lo cuento mañana, ahora estoy cansada.

Valèria me recibe con un vestido de color verde hoja. El pelo, corto y abundante, gris como de piedra, parece más suave que otras veces. A lo mejor ha ido a la peluquería. Le digo que tiene muy buen aspecto y, cuando sonrío para agradecerme el cumplido, se le achican los ojos y los pómulos sobresalen. Aparece la enfermedad, me enseña su rostro diabólico para dejar patente que todavía la habita.

—Pues tú no tienes muy buena cara —me dice con sorna.

—Es que no me he afeitado —me excuso—. ¿Qué tal te encuentras hoy?

Mejor, he descansado bastante esta noche. A ver. ¿Dónde estábamos? Ah, sí: también me quitaron el útero. Cuando me desperté de la anestesia tenía el pensamiento lleno de trocitos de ánfora. Fragmentos de cerámica, piezas de un rompecabezas que no encajaban. Partes de un todo que conformaba un envase precioso en el que se recogía líquido amniótico y latidos de corazón. Las manos de Quim, las que tantas veces había cubierto yo de lluvia de besos pequeños, ahora arrugadas y llenas de arena, insistían en unir los trocitos, se esforzaban por reconstruir un cuerpo, pero faltaban pequeñas esquirlas de arcilla y no lograba encontrar la silueta de ninguna manera.

Tuve mucha fiebre en el posoperatorio y pasé los primeros días en un extraño estado de vigilia, entre el sueño y la consciencia; no sabía cuándo estaba despierta y cuándo volvía a soñar.

Una noche oí su voz murmurando palabras antiguas, llamándome cuerpo de ánfora, pero cuando quise responder, cuando toda yo, los ojos, las manos, la voz, luchaba por responder, el ánfora se resquebrajó y se hizo añicos.

Pasaron unos días interminables hasta que pude levantarme y me autorizaron a dar un corto paseo por el pasillo; me sentía ingrávida. Pensé que la sensación de no pesar, de tener el cuerpo vacío, se parecía mucho a la de

acabar de parir. Esa sensación la había experimentado en cuatro ocasiones, pero entonces el vacío era solo físico, porque el recién nacido que me reclamaba desde la cuna me llenaba enseguida de calidez.

En cambio, ahora, al vacío interno se añadía la despoblación del espíritu. No sé cómo explicártelo porque me resulta difícil hablar contigo de premoniciones y malos augurios, pero lo cierto es que presentía el final y era como si la vida se me escurriera por el agujero virtual que notaba en el vientre.

Mis hijos venían y hacían planes para ver a qué casa me llevarían ahora, y yo me callaba porque no me atrevía a decir que esta vez el plazo era corto, que no era necesario hacer grandes planteamientos, que tenía un pie y medio fuera de este mundo.

Pero, claro, llegó el día de salir del hospital y había que hacer algo conmigo. Esta vez pedí que me dejaran volver a casa. Estaba segura de que tenía los días contados y quería vivirlos entre mis libros y mis cuadros, oyendo mi música, mirando mis viejas fotografías, cerca de mi paisaje. Max se ofreció a hacerme compañía por la noche. De día se turnan Neus y Guillem, que son los que viven cerca. Se lo agradezco mucho, aunque tal vez no sea necesario...

Max es la menor, aunque ya tiene treinta y cuatro años. Es la única que no se ha casado y vive sola en un apartamento pequeño y luminoso, en Girona, pero viaja mucho. Se dedica a la fotografía. Hace reportajes para revistas y dominicales o para catálogos de moda. Es una vocación que me sorprendió, aunque en verdad siempre había tenido una gran capacidad de observación. Su carácter también es así: observa la realidad sin atreverse a penetrar en ella; tal vez —quién sabe— ese es el motivo por el que no ha conseguido comprometerse en una relación de pareja.

Al final de la tarde, cuando llega a casa, prepara algo, nos sentamos a cenar y me cuenta anécdotas que me hacen reír de las modelos que posan en bañador a temperaturas gélidas o con abrigos de piel en plena canícula, o de los reportajes fotográficos con niños de pecho, en los que el conflicto no lo plantean los pequeños, sino sus padres, que son unos metomentodo.

A veces, en lugar de hablar de fotografía, nos zambullimos en los álbumes familiares. El otro día le dije que ella también podía haber hecho anuncios, de pequeña. Era una niña muy guapa, con sus coletas pelirrojas, rizadas, y los ojos verdes y almendrados. Tenía —tiene todavía— un hoyuelo en la barbilla, como su padre.

Sin apartar la mirada de las fotografías del álbum, pasando suavemente la mano por encima del papel transparente, me contradijo: «No, yo no habría podido hacer anuncios, porque era una niña triste».

Ni ella ni probablemente nadie sabrá nunca cuánto me dolieron estas palabras. Las dijo sin reproche, sin compadecerse, pero tanto ella como yo sabíamos que se ajustaban cruelmente a la verdad. Max solo tenía doce años cuando el tejado de casa se nos vino encima, los cimientos empezaron a temblar y las paredes se agrietaron. Dejó de ser la menor, la más protegida de una familia feliz, y se convirtió en la más olvidada por parte de todos los demás, aunque involuntariamente, pues ninguno, cada cual en su rincón, teníamos fuerzas más que para lamernos las heridas.

Su mirada, inocente todavía, acusaba el miedo y el dolor que vivíamos en casa, el silencio que la recibía cuando llegaba de la escuela, la indiferencia —o la atención forzada y teatral— que le dedicábamos.

Todo esto es cierto y lo he sabido toda la vida, pero aquella tarde, sentada con ella en mi casa, con las fotografías antiguas en el regazo, la constatación me pareció lo más triste que podían haberme dicho. Mi Max, la última de mis hijos, mi pequeña, para la que continuamente inventaba nombres distintos porque sabía que el suyo no le gustaba, como tampoco le gustaba el diminutivo que le pusieron sus hermanos. La niña a la que dedicaba palabras dulces, como *azúcar*, *miel*, *dulzaina* o *biscocho*, había crecido sin darme tiempo ni oportunidad para compensarla por haber llenado de tristeza unos años que tenían que haber sido alegres. No pude consolarla como me habría gustado, abrazándola, mimándola, murmurándole palabras amorosas al oído. Y cuando los años cubrieron las cicatrices con la capa que las disimula, cuando pude volver a mirar a mi alrededor para ver qué podía hacer, Max ya no era una niña pequeña, era una adolescente reservada y discreta y, en efecto, todavía tenía la mirada triste.

Aquel día, el de las fotografías, se me escaparon unas lágrimas gruesas y calientes que me mojaron las manos, y mi hija no dijo nada: no quería hacerme sentir culpable, pero tampoco quería mentirme.

—Estás cansada. Me voy. Vuelvo mañana.

Retomo la libreta amarilla de los primeros años. Voy a las últimas páginas y continúo con la historia de amor adolescente.

Barcelona, 8 de noviembre de 1946

Residencia de las Teresianas

Ha llegado carta de Quim. Es la tercera desde el verano (y me la han dado abierta, como todas las demás; las monjas obedecen las órdenes de mi padre). Me caían las lágrimas por la cara incluso antes de leerla. Era una carta breve y sencilla, sin exigencias ni reproches. Decía que solo me escribía para que supiera que piensa en mí. Lo he echado tanto de menos que hasta me dolía el pecho, y entonces he comprendido que no voy a respetar las promesas que les hice a mis padres y, a pesar de la prohibición tajante, le he escrito para decírselo.

Por la noche se lo he contado a mis compañeras de habitación, Mercè, que es mallorquina, y Estrella, que es aragonesa. Me escuchan como si estuvieran viendo una película de Ingrid Bergman y Humphrey Bogart. Mi historia de amor les parece terriblemente romántica, pero no saben la angustia que me produce, el miedo que me dan mis padres y el desasosiego que me generan estos sentimientos que, estoy segura, me llevarán por el camino del pecado.

Mercè me recomienda que pida consejo al confesor y que siga estrictamente sus indicaciones. Me envidian y me compadecen.

Barcelona, 10 de noviembre de 1946

Residencia de las Teresianas

Todas las semanas, cuando llega el día de la confesión, me pongo enferma. Oigo al cura como de lejos, me cuesta mucho entenderlo todo, pero nunca dejo de oír las palabras temidas: *condena, tentación, infierno, penitencia, escándalo*.

Elisa se ríe de mí, las demás me recomiendan prudencia, pero todas dicen que les gustaría vivir una historia de amor como la mía, clandestina y dramática. Están locas. No tienen ni idea de las dudas y los remordimientos que me escuecen por dentro. Me da miedo y tristeza herir deliberadamente a mis padres, son personas buenas de verdad que siempre me han querido y protegido. Y todavía me asusta más, me horroriza, la idea de que este enamoramiento me arrastre a la condenación.

Esta breve entrada del 10 de noviembre cierra la libreta amarilla. La siguiente es un poco más gruesa. La cubierta es de color gris perla, con una cenefa dorada alrededor del rectángulo. Con tinta negra y unos números muy historiados, dice: 1947-1948.

Barcelona, 10 de enero de 1947

Residencia de las Teresianas

Esta Navidad, la mitad de la juventud de L'Escala se ha conchabado para que Quim y yo pudiéramos vernos sin riesgo. Las citas, dos, han sido en la playa, con extrema vigilancia. En la segunda, para despedirse —y como es previsible que pasará mucho tiempo hasta que volvamos a vernos—, me ha dado un beso en la mejilla. Me he encendido como una antorcha por dentro. No sé si lo que me quema es la vergüenza o el arrepentimiento. O quizá, Dios no lo quiera, sea la felicidad que me ha proporcionado ese beso.

Si es así, mañana tendré que confesarme...

Estos días he ido a misa a diario. La iglesia de San Pedro es más acogedora que la capilla de la residencia. En la confesión del miércoles tuve que hablar de lo que pasó en Nochevieja. El padre Anton me confirmó que la

alegría intensa que viví aquella noche y los días posteriores es desproporcionada y pecaminosa, y que no tengo que dar tanta importancia a los placeres terrenales.

Estoy tan avergonzada que ni siquiera había dejado constancia de lo que pasó en este pobre diario mío, pero a pesar de las advertencias del padre Anton, no quiero renunciar a constatarlo por escrito: volví a propósito a Barcelona el día de Nochevieja porque Elisa me había invitado a la fiesta que celebraban en su casa para anunciar además la puesta de largo de su hermana Júlia.

Mi madre, mamita querida, encargó un vestido de noche para mí a la señora Marcela, la modista. Era una nube de organdí blanco con un manojó de lilas en la cintura. «¡Ay, por Dios! —exclamó la señora Marcela—. ¡La abarco entera con las manos!» Yo no quería que me lo ciñera tanto porque el contraste destacaba mucho la amplitud de las caderas, me hacía «cuerpo de ánfora», como dice Quim, pero hasta mi padre me dijo que estaba preciosa. La fiesta me hacía mucha ilusión... hasta el momento en que me vi sentada en el taxi, vestida de hada, y me pareció que todo el mundo se iba a dar cuenta de que era una chica de pueblo que se ponía un vestido de noche por primera vez. Me dejé llevar por los nervios y, cuando Elisa vino a recibirme al umbral de la puerta, vestida de azul marino, yo temblaba como una hoja. Detrás de ella se veía un salón resplandeciente, los músicos vestidos de esmoquin, chicas guapísimas que se reían y movían la melena. Me encontré totalmente fuera de lugar y habría dado lo que fuera por estar en la salita de casa de mis padres, en L'Escala.

Pero Elisa me agarró del codo con firmeza y me presentó a sus padres, a sus hermanas —dorado, fresa, negro y malva— y a su hermano Gabriel —Cary Grant en *Historias de Filadelfia*—, que me sacó a bailar.

Más tarde, en el jardín, oí hablar por primera vez de Juan de Borbón y de un general monárquico llamado Aranda, al que Franco ha desterrado porque es un estorbo para el régimen.

En esta conversación sobre política, hice el mismo papelón que bailando con el vestido de noche.

Barcelona, 17 de mayo de 1947
Residencia de las Teresianas

¡Pobre diario mío, cuántas semanas sin escribir! Imagínate en qué situación me encuentro: estudiar, estudiar y seguir estudiando. Hoy no hay clase porque ha venido el Generalísimo a Barcelona.

Me llegan cartas de L'Escala cada vez más a menudo y la semana pasada ¡Quim me puso una conferencia...! Es un sol. ¡Lo quiero! ¡Qué fatalidad tan dulce!

He terminado de leer *María Antonieta*, de Stefan Zweig. Es una obra, mejor dicho, una vida realmente maravillosa, y el retrato del escritor es tan exacto, tan personal... Las escenas se suceden de una manera que se te olvida la frialdad de la historia y te da la sensación de que las cosas tienen que pasar fatalmente, que nada se puede oponer. Escribe de manera tan admirable que es como si el XVIII estuviera aquí mismo, con todos sus lujos y las bajas pasiones de la corte.

La verdad es que María Antonieta fue una mujer muy desafortunada que no entendía nada hasta que empezó a entenderse a sí misma..., se podría decir que su carácter se depuró con los horrores de la Revolución francesa. Creo que con la Revolución francesa la humanidad descubrió que las monarquías solo pueden sobrevivir si hay comprensión entre la aristocracia y el pueblo, por eso están desapareciendo las monarquías absolutas, porque, desde entonces, el pueblo sabe que tiene en sus manos la fuerza bruta y que puede defenderse. Yo creo que los regímenes que humillan a los gobernados se equivocan y a la larga...

Barcelona, 3 de junio de 1947
Residencia de las Teresianas

Hace tres días que no salgo a la calle, vivo entre libros. Pero Quim me ha salvado de la tristeza en un momento providencial. Cuando más agotada y desanimada estaba, me han avisado de que había llegado a la portería un paquete para mí. He pensado que era de casa, con galletas o cualquier otra golosina. Pero ¡era de Quim! Lo he abierto muerta de curiosidad, porque no

me imaginaba qué podía ser. ¡Y la sorpresa ha sido mayúscula! Era una foto suya haciendo de Jesús en la pasión del centro parroquial, el año pasado en Semana Santa. Con la túnica, la barba postiza y una especie de aureola alrededor de la cabeza, que seguramente era un truco de la casa de fotografía... ¡qué impresión me ha dado! Como tiene la piel oscura, los ojos pequeños y negros y la nariz muy recta, la verdad es que podía pasar por judío. Acompañaba la fotografía, que él mismo había colocado en un marco de madera, una nota: «Las prohibiciones absurdas se combaten con ingenio». He entendido inmediatamente lo que quería decir: las monjas nos prohíben tener fotografías de los amigos, pretendientes o prometidos en la habitación. A Quim siempre le pareció una medida exagerada e injusta y ahora quería ver si las Teresianas se atreverían a prohibirme también tener al mismísimo Jesús Nuestro Señor en la mesilla de noche. ¡Qué cara!

También había una carta en la que me cuenta su obsesión, su «manía por las cosas viejas», como dice mi madre. Desde principios del verano ha empezado a recorrer el Empordà para localizar masías abandonadas y entrar en ellas. Es incapaz de llevarse nada, claro está, pero le gusta revolver en los desvanes, entre los cachivaches llenos de polvo. También me habla de su sueño: poder comprar una de esas casas medio en ruinas y reconstruirla, imaginársela de otra manera, llenarla de antiguallas que hablen de los abuelos y los bisabuelos, de fotografías amarillentas, algunas roídas por las ratas... Cuando me cuenta estas cosas, el mundo que describe parece teñirse de una luz dorada y me dejo mecer por sus palabras... Pero ¿y nosotros? ¿Cuándo podremos pensar en casarnos? Ahora que nuestros padres parece que empiezan a conformarse, ¿por qué Quim no combina los sueños con el realismo...?

¡Quién fue a hablar! Yo, que me paso todo el tiempo con la nariz metida entre libros que hablan de la Grecia clásica y de la Roma antigua, del mundo medieval..., siempre el pasado. Pero ¿y nuestro futuro?

Barcelona, 21 de octubre de 1947
Residencia de las Teresianas

Ayer Elisa me contó que fue a ver a su tía, que está ingresada en un manicomio desde hace años.

Me asegura que le gusta ir, que los dementes no le inspiran compasión, sino curiosidad. Para ella, un loco es una persona que ha perdido la razón persiguiendo una idea que considera trascendental. Según ella, nosotros, que estamos bien, tenemos el cerebro tan saturado de conceptos aprendidos o impuestos que no podemos concentrarnos en el pensamiento deseado. Cree que en esta mezcla de ideas que nos domina está la verdadera locura que, siendo tan generalizada, consideramos «normal».

Me ha convencido de que el pensamiento de un loco es a menudo más inteligente que el de cualquier persona sana, porque es libre. Los dementes concentran toda su inteligencia en la idea que consideran importante, básica en su vida. «Es como si apagaran todas las luces y solo dejaran un foco sobre una sola idea —dice Elisa—, un pensamiento lleno de claridad.» Me he imaginado pensando con esa libertad, con un razonamiento primitivo como el de un salvaje o intuitivo como el de un niño, y he sospechado lo sencilla que sería la vida.

Entretanto, mi cerebro «sano» sigue enmarañándose en las dudas, los miedos y las esperanzas. Quim me escribe una carta que acaba con un «Adiós, muñequita» que me ablanda el alma.

—¿Qué representa Elisa para ti?

Elisa sigue siendo imprescindible, aunque esté lejos. Hay una conexión inmediata e infalible entre nosotras, sea por carta, por teléfono, en directo o solo mental. Desde el momento en que se fue a vivir al extranjero, en cuanto terminó la carrera, nos hemos escrito regularmente. La he seguido por diversos países de Europa y de América, cuando iba a África a sus excavaciones... La verdad es que si echo cuentas de los días que hemos estado juntas físicamente... son pocos. Cuando vuelve es como si este país le quemara los pies. Tan pronto como llega quiere volver a irse.

Pero para mí, como te decía, siempre ha sido imprescindible: cuando las cosas iban bien, pero me preocupaba por cualquier pequeño incidente, por tonterías, o cuando llegaron los verdaderos cataclismos. De una manera u otra,

siempre me ha parecido que Elisa estaba cerca y que intervenía para serenarme. Es como... A ver si me entiendes, por ejemplo, una mesa que baila: me pone nerviosa que una pata sea más corta que las otras y que no haya forma de encontrar la estabilidad... Pues cuando en mi vida ha pasado eso, ha aparecido Elisa con un papel bien doblado y lo ha colocado debajo de la pata más corta. Un gesto discreto, anodino incluso, pongamos, pero que ha restablecido el equilibrio y me ha permitido encontrar la calma para reflexionar, actuar o simplemente quedarme quieta, pero tranquila.

Entre las páginas de mis diarios encontrarás muchas cartas tuyas. No las guardaba por motivos sentimentales, sino porque me daba pena destruirlas, me parecían valiosísimas. Las cartas de Elisa, sobre todo en los años cincuenta y sesenta, cuando aquí todavía era todo en blanco y negro, me abrían ventanas al mundo, me ponían al día de las terribles convulsiones que vivía Europa, me hablaban de libros de los que no tenía noticia, me dibujaban paisajes que yo no iba a ver nunca, me traían olores y ruidos de las noches de París, de Milán, de Berlín. Y ¡eran muy divertidas! Elisa es ocurrente, un tanto cínica, y manifiesta el afecto de una forma particular. Particular, pero sincera. Siempre he sabido que me quería gracias a sus cartas, y eso es muy de agradecer. Léelas, ya verás qué contraste con mis diarios, tan convencionales, tan timoratos. Yo vivía con temor, todos vivíamos con temor, menos los valientes y algunas personas libres por naturaleza, como Elisa. Leyendo los diarios te darás cuenta de lo asfixiante que podía llegar a ser Barcelona en los años cuarenta.

—Claro, la dictadura estaba en plena virulencia.

Sí, claro, pero para nosotras, para aquellas muchachitas ingenuas y desvalidas que éramos, era mucho mayor la presión religiosa que la política. El franquismo no intervenía directamente en nuestra vida diaria, o esa es la impresión que teníamos: no echábamos de menos lo que no sabíamos que existía. En cambio, la todopoderosa Iglesia católica, íntimamente ligada al régimen, dominaba la vida cotidiana, las relaciones personales, incluso el pensamiento de la gente.

Prefiero leer las cartas de Elisa cuando las encuentre entre las páginas de los diarios, para conservar mejor la idea del contraste que me sugiere Valèria. Ahora vuelvo a abrir la libreta de la cenefa dorada y leo.

3 de noviembre de 1947

L'Escala

¡Feliz! ¡Feliz! ¡Feliz!

Quim y yo estamos unidos para siempre. Nos hemos declarado el amor que sentimos y hemos prometido respetarlo toda la vida. El marco de nuestra cita ha sido, como siempre, la playa. Solo eran las cuatro de la tarde o poco más, pero, como estamos en noviembre, empezaba a oscurecer. En cualquier otra circunstancia me habría dado miedo ver la sombra de las olas y la silueta de las rocas en medio de la oscuridad. Pero Quim estaba conmigo, diciéndome que me quería y que hoy empezaba nuestra vida en común. Lo ha dicho con una seguridad que me ha hecho olvidar las amenazas de mis padres, los terribles augurios del padre Anton y todos los obstáculos que nos vamos a encontrar. No es ingenuo: él también sabe que lo tenemos difícil. Me ha hablado del tiempo que habrá que esperar, de los dos años de separación que nos quedan hasta que yo termine la carrera, de buscar una casa y un trabajo para mantenerla. «Pero, como nos queremos —ha dicho, con una sencillez que me desarma—, lo conseguiremos. —Y ha preguntado—: ¿No te parece, Valèria?» Y yo he contestado: «A mí me parece lo que te parezca a ti». Y entonces me ha cogido la cara entre las manos, se ha acercado mucho, mucho, y ha dicho, muy bajito: «Solo pienso en una cosa: que te quiero, y solo quiero pensar en otra: que tú me quieras». Y entonces me ha dado un beso en los labios, breve y delicado, pero suficiente para hacerme temblar por dentro.

Barcelona, 2 de febrero de 1948

Residencia de las Teresianas

Ayer estrenaron *Gilda*. Elisa y yo no resistimos la tentación de pasar cerca del cine, aunque a mí me daba reparo, como si solo por ver los carteles de los anuncios tuviera que ir a confesarme.

No se veía el final de la cola de gente que esperaba para comprar la entrada. ¿Puede haber tantas personas dispuestas a pecar? «¡Todos estos están condenados!», dije yo. Elisa se rio de mí, pero le recordé que la iglesia lo había dicho muy claro, y las teresianas también: «Aquel que vaya a ver *Gilda* tendrá que confesarse». «Pues entremos, y ¡ya nos confesaremos después!», dijo Elisa, burlona.

«¡Ni hablar!», contesté yo, muy digna, aunque... me muero de ganas, que conste.

25 de febrero de 1948

Lo he hecho. He ido a ver *Gilda*. Hemos ido un grupito de chicas de la residencia, más Elisa y tres o cuatro chicos del curso. En la cola, estábamos muertas de miedo por si nos veía algún conocido y se lo decía a las teresianas. A mí, además, me daba pánico que pasara alguien de L'Escala y me reconociera.

Rita Hayworth es realmente espectacular. Cuando ha llegado el momento en que se quita el guante que le llega hasta el codo, la gente de la sala ha empezado a silbar y la verdad es que no se sabía si eran silbidos de censura o de admiración por el tipo de la Hayworth. Pero cuando Glenn Ford le da la bofetada, muchos han aplaudido, de modo que debían de ser silbidos de censura.

De todos modos, a mí me ha gustado muchísimo la película, aunque he salido con dolor de cabeza..., por los nervios que he pasado, imagino. Tengo que ir a confesarme el viernes.

Volviendo del cine con Elisa, hemos hablado del amor y constatado que tenemos ideas muy distintas. Ella asegura que el amor es una cuestión secundaria en su vida. Yo le he dicho que es porque todavía no ha encontrado

el Amor de verdad, que no está suficientemente enamorada de Víctor. Me ha dicho: «Puede que tengas razón, pero de todas formas no soy como tú, nunca lo dejaría todo por amor».

Barcelona, 23 de mayo de 1948

¡Quim ha venido a Barcelona! ¡Ayer! Pasamos todo el día juntos. ¡Todo el día! Por la mañana fuimos a Montjuïc y por la tarde de paseo al barrio gótico. Íbamos cogidos de la mano y si en algún momento me soltaba yo, él volvía a cogerme enseguida, como si le diera miedo que huyera. Por la noche lo acompañé a la estación y fue muy difícil decirnos adiós. No sabemos cuándo volveremos a vernos ni qué pasará este verano. Le dije que sospecho que mis padres me van a mandar lejos. Me cogió la mano —siempre dice que le gustan mis manos—, me la abrió y empezó a besarme la palma con besos breves y suaves. Todavía los noto como una lluvia de besos.

Martina

La tercera hija de Valèria Isern es una mujer de aspecto delicado, casi frágil. Los ojos parecen llenos de niebla porque son de un azul grisáceo, como un cielo engañoso de primavera que puede soltar un chaparrón en cualquier momento.

El pelo le cae sobre los hombros como la espuma de una ola que va y viene alrededor de un cuello largo y flexible como una vara de nardo. Solo hay una cosa que delata su auténtica naturaleza, que insinúa verdadera fortaleza, y es su voz.

No quiero engañarme respecto a mi madre: creo que no superará el cáncer y que morirá en los próximos meses. ¿Te da reparo que lo diga? Lo siento: prefiero ser consciente de todo y poder mirarla de otra manera, más atentamente, sabiendo que la voy a echar de menos.

Mi madre... es una presencia muy poderosa en mi vida, lógicamente. Todas las madres deben de serlo... y supongo que mis hermanos te dirán lo mismo. Pero a pesar de todo y aunque resulte egoísta o arrogante, afirmo que estoy segura de que mi madre y yo nos comunicamos de una manera particular. Eso no significa que la relación sea mejor, ni siquiera más intensa, pero es diferente. Podríamos decir que mi familia crea una música en común y, después, por debajo, o por encima, o en otro plano, suena una melodía que solo interpretamos ella y yo.

También tengo que decir que creo que siempre ha confiado más en mi hermana Neus para las cuestiones prácticas, y que el afecto cálido de Guillem y la ternura de Max la reconfortan. En la vida cotidiana, en los aspectos

fundamentales, ya sean de orden material o espiritual, yo no cuento mucho. Esto no es un reproche: me he excluido voluntariamente. Nuestra comunión se da en otros ámbitos: en la contemplación del Montgrí en el preciso instante en el que declina la luz, en el descubrimiento de un verso que da en la diana del qué y el cómo, en el estallido de alegría cuando florece el primer almendro, en un silencio que acompaña o en una mirada más triste de lo que querías.

Claro que todo esto tan idílico que te estoy describiendo, esta especie de vínculo que nos une como una sombra del desaparecido cordón umbilical, se ha desarrollado en los últimos años. Hasta hace poco, mi madre y yo teníamos una relación madre-hija vulgar: dominada por las típicas peleas generacionales, estancada continuamente en las disputas domésticas. Siempre he sido rebelde y atrevida, tengo la lengua envenenada y una rabia que me resulta imposible controlar. Con los años, todo se ha ido apaciguando, también a medida que mi madre llegaba a comprender o a aceptar con resignación que no podía interferir en mis decisiones. Y ahora, con la enfermedad, que nos hace más sensibles a las dos, hemos aprendido por fin a dejarnos llevar únicamente por todo lo que nos une, que es mucho e igualmente intangible: la belleza, la serenidad, lo que no se dice, lo que se recuerda, lo que es efímero y lo que perdura, el jardín, la ternura, el viento.

Mi madre siempre dice que soy la más Danés de sus hijos, y creo que tal vez sea este el secreto: ejerzo sobre ella la misma seducción que mi padre. Siempre me ha parecido que, de alguna forma, le gustaría ser más exigente conmigo, tanto o más que con mis hermanos, pero siempre se rinde. De alguna forma puede decirse que está enamorada de mí.

No nos da miedo la verdad. Estoy segura de que no ha hablado ni una sola vez con mis hermanos de la posibilidad de una muerte próxima. Conmigo sí. Sabe que no voy a deshacerme en llanto como Max, ni me voy a encerrar en un mutismo un tanto agresivo, como Neus, ni voy a negar rotundamente la evidencia con el optimismo natural de Guillem. Mi madre y yo hablamos de su muerte, de cuando no esté, y eso la tranquiliza. Le he dicho que temo que, cuando se vaya, todo el mundo me tome por la roca que sostendrá a la familia. La he advertido de que no podré consolarlos, que solo he aprendido a consolarme a mí misma y a duras penas. Quién detendrá el llanto de Guillem,

que lo inundará todo como un río caudaloso que se desborda. Quién deshará la tristeza de Max para obligarla a salir del silencio. Quién calmará la indignación de mi hermana mayor, quién escapará a su cólera.

Le digo todas estas cosas, vuelco sobre ella todos mis miedos sin contemplaciones y lo encaja sin dar muestras de debilidad, sus facciones prácticamente no se alteran. No intenta convencerme de que todo saldrá bien, de que el camino será fácil. No. Mi madre solo me escucha y dice: sí, hija, vas a tenerlo difícil. Y añade: pero saldréis adelante.

Es exactamente lo que me decía cuando me separé y acudía a verla, perdida y desconcertada, sin saber qué camino emprender. Saldrás adelante, me repetía.

Y siempre le agradecí que me diera confianza, como si me pusiera el brazo sobre los hombros y me guiara mientras yo andaba a tientas, diciéndome: «Créeme, encontraremos el camino». Y todavía es más de agradecer teniendo en cuenta que en esos momentos la consideraba directamente culpable de mi fracaso. Mi teoría, elaborada en las noches de insomnio que llenaba de humo y de whisky escocés, era que yo había crecido a la sombra del amor de mis padres, un amor poderoso, indestructible, acaparador, que se mantuvo frondoso a lo largo de los años y que reverdeció con las adversidades. Un amor que me protegió y que yo admiré desmesuradamente, y aún más después de la muerte de mi padre.

Me enamoré buscando un amor como el suyo, deseándolo y confiando ciegamente en que Miquel y yo nos queríamos, en que nuestro árbol también crecería lozano, llenaría las ramas de verde y proyectaría una sombra acogedora como la de mis padres.

Pero con el amor no es suficiente.

Le reproché a mi madre que me hubieran hecho creer lo contrario, que no me hubiese advertido de que un amor como el suyo es excepcional, que solo se da uno cada cien años, y que habría sido realmente un milagro que precisamente me correspondiera uno a mí. Ellos, mis padres, habían puesto el listón muy alto, eran un modelo imposible de seguir. Habían propiciado mi ineptitud para mantener viva una relación amorosa, habían permitido que anidara en mí una frustración que al final devoró mi matrimonio.

Miquel y yo solo nos queríamos, y un amor como el nuestro, normal, no fue suficientemente fuerte para resistir los ataques perniciosos y reiterados de la convivencia y de nuestras respectivas y sólidas ambiciones profesionales.

Mi madre me escuchaba y decía: saldrás adelante. Y nunca se rebeló contra mi absurda teoría. Tampoco se disculpó nunca, es verdad, por su extraordinaria historia de amor. Seguramente porque no la consideraba extraordinaria.

Querer a mi padre le resultó tan natural como respirar.

Y ya que estamos haciendo un memorándum de los momentos en que más admiré y quise a mi madre, en que más sólidamente sentí su afecto y su protección, tendría que añadir otro. Fue..., todavía no sé cómo reuní el valor para ir a pedirle, precisamente a ella, que se pusiera de mi lado..., pero te juro que no vi expresión alguna de rechazo ni de censura. Me escuchaba con la mirada atenta y compasiva mientras yo le decía que me había quedado embarazada justo cuando acababa de tomar la decisión de separarme. Y que no quería tener ese hijo, y que no pensaba cambiar de idea respecto a la separación, y que quería abortar.

Primero me preguntó si ya tenía día y hora y, con un gesto muy suyo, moviendo las manos delante de la cara, me dijo que se las arreglaría para acompañarme. Las manos se mueven y te dicen que no es preciso que sufras, que no hay problema: «yo me organizo, tú tranquila». Es el gesto que hace mi madre veinte veces al día con cualquiera de mis hermanos, con la vecina, con los nietos. Que nadie se preocupe: «todo será fácil porque yo lo arreglaré».

La segunda pregunta, como no podía ser de otro modo, fue por qué rayos había hecho el amor con Miquel sin tomar precauciones, ya que quería separarme de él. Era una buena pregunta. Todavía me la hago a veces. ¿Por qué le dije que se quedara a cenar si él solo venía para llevarse las cajas de películas y cedés? ¿Por qué lo traté con tantísima amabilidad, quizá incluso, sin querer, un poco seductoramente? ¿Por qué no me negué cuando me propuso una despedida, solo sexo, decía, para recordar lo bien que nos lo habíamos pasado los años que habíamos estado juntos?

Y ¿por qué finalmente me dejé convencer cuando me pidió que, por ser la última vez, lo hiciéramos sin condón? Porque, si nunca había pasado nada, a pesar de la cantidad de imprudencias que habíamos cometido, sería porque no

me quedaba embarazada fácilmente... que...

Todavía no sé cómo lo hice, pero pude contarle todo esto a mi madre; ella hacía gestos afirmativos con la cabeza como si me entendiera, o tal vez me entendiera, al fin y al cabo. En realidad, me entiende. Quizá mejor que nadie, porque me conoce muy bien. Por eso sabía que yo no quería tener ese hijo, que en realidad nunca me había planteado tener hijos, y menos aún en ese momento, cuando había decidido que no quería a Miquel, cuando veía con cierta expectativa un futuro independiente y libre, lleno de promesas en forma de éxitos profesionales, de estancias en el extranjero para aprender más, de conocer a gente interesante. ¿Qué iba a hacer yo con un hijo?

Y a pesar de todo, me dolía pensar que le estaba pidiendo comprensión a una mujer que había hecho exactamente lo contrario. Que se había dedicado en cuerpo y alma a criar a sus hijos, dejando siempre en segundo plano su ambición personal.

En la adolescencia, la época en la que descubres verdades ocultas todos los días y necesitas difundirlas al resto del mundo, me enfrenté a mi madre por esta manera suya de querer. Es decir, porque a mí me parecía que era una mujer demasiado inteligente para dedicar su vida a cuidar y a amar a una familia. Me indignaba a medida que le lanzaba acusaciones y preguntas a la cara. «¿Cómo puedes haber desaprovechado tu talento de esta manera? ¿Para qué estudiaste, entonces? ¿Por qué te empeñaste en hacer una carrera si nadie te lo pedía? ¿De qué te sirve ser una de las primeras licenciadas en arqueología del país?»

Ella se encogía los hombros y sonreía: «No se puede tener todo», decía. Y después intentaba hacerme entender que mi visión no se ajustaba a la realidad, que ella había seguido estudiando y publicando, que había colaborado esporádicamente con museos o institutos arqueológicos y que ayudar a mi padre en la empresa también había sido un trabajo enriquecedor, ligado de una forma u otra a la pasión por conocer el pasado. Yo le respondía con la insolencia de mis dieciséis años: «¡No me hagas reír! Mira a tu amiga Elisa Saumell, ¡menuda diferencia!». Porque la amiga íntima de mi madre, después de licenciarse como ella, se fue al extranjero y se dedicó a la arqueología por completo. Después de viajar por todo el mundo y de asegurarse un lugar en los libros de arqueología con algún descubrimiento

destacado —establecimiento de las rutas comerciales cartaginesas siguiendo el rastro de las marcas de ánfora—, solo entonces, cuando ya pasaba de los cuarenta, Elisa se casó con un artista americano y se fue a vivir con él a Nueva York.

Yo admiraba profundamente a Elisa, quería ser como ella, la consideraba el símbolo de la auténtica liberación de la mujer y en mi fuero interno me preguntaba cómo podía haberse mantenido indestructible la amistad entre dos mujeres tan diferentes. Toda la vida había visto llegar a casa todas las semanas, sin fallar prácticamente nunca, una carta con sobre de correo aéreo, de papel muy fino, con matasellos de cualquier ciudad del planeta, «¡Carta de Elisa!», le anunciábamos cualquiera de nosotros, y ella sonreía de una manera que la rejuvenecía y luego se encerraba en la habitación a leerla. Al día siguiente, mientras se cocía la verdura o ayudaba a mi hermana pequeña a hacer los deberes, la veía coger papel y pluma y escribir: «Querida Elisa». Y yo pensaba: «¿Qué le contará? ¿Cómo puede creer que a esa mujer de mundo, a esa arqueóloga de prestigio que hace excavaciones en África, se enamora de actores de teatro en Milán, cena en casa de diplomáticos en París y recibe premios internacionales... le interese nuestra pequeña vida familiar en L'Escala?».

El otro día le pregunté si quería que llamara a Elisa y le dijera que viniera. Quería saber si necesitaba verla otra vez, despedirse de ella.

Me aseguró que no era necesario. «No tenemos nada que decirnos que no nos hayamos dicho ya», me tranquilizó. «Pero ¿le has dicho que estás enferma?», insistí sin la menor delicadeza. Quería asegurarme de que Elisa había entendido que había muchas posibilidades de que no superase el cáncer.

Y entonces, mi madre me dijo que me sentara enfrente de ella. Estábamos en la cocina de su casa y, a su espalda, se veía la ventana, que enmarcaba un trozo de mar y cuatro gaviotas que lo contemplaban desde arriba. Me cogió las manos y me miró. Se dio cuenta de que yo miraba más allá y se volvió para ver hacia dónde huía. Cuando me miró otra vez, los ojos le resplandecían de una claridad azul y metálica que acababa de capturar en ese vistazo.

Me cogió las dos manos y me contó la conversación que había tenido con Elisa cuando le dijo lo del cáncer. La llamó y le explicó la verdad sin ocultar ninguna información. Ella la escuchó en silencio, sin interrumpirla, y después

dijo: «Esto del cáncer es una auténtica mierda... Por suerte has tenido una vida tan plena, has amado tanto, te han querido tanto... Bien pensado, ¿qué más se puede pedir?».

Y después de tantos años de absoluta ceguera, entendí de repente por qué Elisa, en su deslumbrante y agitada vida neoyorquina, esperaba las cartas que mi madre le escribía desde su plácida y aburrida vida familiar en L'Escala.

Mi madre me acompañó el día del aborto. Lo hizo con una discreción total, tal como le pedí, sin decírselo a nadie. No me soltó la mano en todo el tiempo que estuvimos esperando. No me acariciaba, solamente me la apretaba de vez en cuando. Me dio un beso en la frente cuando me llevaron al quirófano y después, cuando volví a verla, a pesar de su sonrisa, supe que había llorado.

—¿Has dormido bien?

Sí, bastante... He soñado con mi madre. ¡Pobrecita! Ahora recuerdo que hacia el final de su vida confundía los sueños con la realidad y cuando la despertaba por la mañana y le preguntaba qué tal había pasado la noche me decía —con un brillo en los ojos impropio de su edad—: «¡Muy bien! Ha venido a verme tu abuela Rosa», su madre, que había muerto hacía treinta años. Al principio intentaba convencerla de que era un sueño, pero era imposible: «¡No, no! Te digo que ha venido. Me ha hecho compañía y hemos charlado toda la noche... Estaba muy guapa, muy bien peinada...». Para mi madre el aspecto físico siempre fue muy importante, era muy presumida.

He soñado con ella porque antes de dormirme estuve jugando a interpretar las sombras de la pared, como cuando era pequeña. Igual que entonces, necesito algo de luz en la habitación por la noche. No soporto la oscuridad total y dejo la persiana un poco levantada. La farola de la calle proyecta una luz amarilla que entra a rayas por la ventana y me entretengo mirando los dibujos que hace en la pared. Cuando era pequeña también lo hacía y le decía a mi madre, cuando venía a arroparme: «Mira, hay un campanario», y ella, que no tenía mucha imaginación, me decía que no, que solo era una mancha, una sombra.

Entonces venía mi padre a darme las buenas noches y yo insistía: «Papá, ¡veo un león!», porque a veces, a la luz de la luna, las sombras parecían un tanto siniestras, y me tapaba la cabeza con la sábana para no verlas. Y mi padre me preguntaba: «¿Dónde ves el león, Valèria?». Y yo: «¡Allí! ¡Mira los dientes!», y él se acercaba a la pared y pasaba la mano completamente plana de arriba abajo y me decía: «¿Lo ves? ¡Todo borrado, todo borrado!».

Ahora, por la noche, pienso en mi padre y en mi madre y, como me encuentro tan sola, las sombras de la pared me hacen compañía, y no quiero que nadie las borre.

—¿Cuántos años hace que murió tu madre?

He perdido la cuenta. Y mi padre... Hace mucho. Mis hijos eran pequeños. En el sueño de esta noche estaban todos: mi padre, mi madre, mi abuela Valèria, Quim..., todos mis muertos. Cuando me he despertado he sentido una placidez inmensa, como si los hubiera recuperado. No me dolía nada y me he quedado un rato en la cama. Me he imaginado que flotaba en una piscina de aguas transparentes. No hay nada que me resulte más sedante que el agua. ¿Será que tenemos alguna memoria de la vida intrauterina, de los meses que pasamos inmersos en el silencio de aquel líquido tibio? He pensado en Alfonsina Storni, la poeta, que entró en el mar andando lentamente, como si fuera un campo de flores azules, camino del horizonte, hasta la muerte. Y en Virginia Woolf, que se llenó los bolsillos del abrigo de piedras para hundirse en las aguas del río que pasaba cerca de su casa. Me gustaría volver a ver el mar de cerca, mojarme los pies, jugar con las olas. A lo mejor tengo que empezar a despedirme de algunas cosas, paisajes, personas.

Ayer llamé a Lluís, mi hermano, y le dije que viniera a verme una tarde. Quiero que venga solo y sin prisa para poder hablar tranquilamente. Hemos hablado poco en estos últimos años. Nuestra relación fraternal ha sido siempre tan plácida que hemos perdido la necesidad de hablar.

—A lo mejor es que no os hace falta...

Sí, nos hace falta. Es decir, me hace falta a mí. Tengo muchas cosas que decirle. Tengo que decirle, sobre todo, que, en cierto modo, él ha determinado mi vida. Sé que suena tremendo, pero estoy convencida.

Eso no significa que Lluís sea la persona más importante de mi vida, sería una auténtica tontería. Pero me parece que tener hermanos te regala una seguridad para ir por la vida como ninguna otra circunstancia. Los padres te dan protección y amor, los abuelos te dan afecto y ternura, los amigos te dan complicidad, la pareja... te lo da todo, bueno, en mi caso, porque mi hija

Martina me obligaría a rectificar inmediatamente..., pero los hermanos te acompañan y esta compañía te hace las cosas más fáciles, el camino más llano y más claro.

Cuando nací, Lluís ya estaba en este mundo. Y siempre estuvo presente en los dieciséis primeros años de mi vida, hasta que fui a estudiar a Barcelona. Entonces ya no me hacía tanta falta tenerlo siempre a mi lado. Y después llegó Quim, con el amor que lo desdibuja todo, y mi hermano se casó con Consol... Y dejamos de pelearnos para siempre; siempre hemos tenido una relación afectuosa, pero nuestras respectivas familias tiraban mucho de nosotros. Bueno, esto no es cierto del todo. Yo podría haber hecho perfectamente compatibles el tirón de Quim y de mis hijos con una relación más estrecha con mi hermano. Pero no me llevo muy bien con mi cuñada, esa es la verdad. Esto es lo que me incomoda, me siento mezquina, por eso quiero contarle también este pesar extraño que tengo en el corazón. Sé que Lluís no me lo reprochará, seguramente ni siquiera me eche a mí toda la culpa, pero, de todos modos, prefiero hablarlo con él.

—¿Cómo es Consol?

Consol. Consol es dramática. Ha ido apagando la alegría natural de mi hermano poco a poco, sigilosamente, con un pesimismo que le rezuma por los ojos, aunque no lo traduzca en palabras. Nunca confía en que pueda pasarle algo bueno. Siempre está preparada para recibir la adversidad, como para dar la razón a su tenaz pesimismo. Siempre con la misma expresión en la cara, como diciendo: «Os lo dije, esto no podía salir bien...». Y cuando le alcanza una alegría —un hijo, un mueble nuevo, un pequeño viaje, un encuentro familiar, un nieto—, tiene una facilidad extraordinaria para aguarla. Algunas personas son así, ¿no? Tienen una incapacidad natural para tragarse las pastillas de felicidad que la vida nos regala de vez en cuando. Lamento decirlo, pero siempre me pareció que el nombre no le pegaba nada: Consol. No creo que en todos estos años haya reconfortado, tranquilizado ni consolado a mi hermano ni una vez. Debes de pensar que critico y juzgo sin saber... Y

seguro que tienes razón. ¿Qué sé yo de lo que pasa entre Consol y Lluís? ¿Cómo va a saber nadie lo que hay entre un hombre y una mujer que se quieren?

—A lo mejor no se quieren.

¡Seguro que sí! ¿Por qué, si no, iban a seguir juntos después de tanto tiempo? Eso que dicen de que muchos matrimonios se mantienen por los hijos, para guardar las apariencias, por intereses económicos, incluso por pereza... es todo mentira. Los matrimonios sin amor duraban antes, en nuestra época, por obligación. Convivir es muy duro, hay centenares de pequeños detalles desagradables que tienen que soportarse, cientos de sacrificios, minúsculos o enormes, que tienen que hacerse por la familia, renunciando, preocupaciones y angustias que podrían evitarse; hay momentos de soledad en compañía, que es la peor de las soledades. ¿Cómo podéis creer que alguien resistiría todo eso sin amor?

Lo he visto en el matrimonio de mis hijos. Martina y Miquel se atraían, se admiraban, se divertían mucho juntos, compartían intereses e inquietudes. Pero no se querían. Y cuando aparecieron las primeras dificultades, como es lógico, decidieron que las resolverían mejor cada cual por su cuenta. ¿Qué necesidad hay de sumar angustias en una sola muy grande, si el amor no lo compensa?

En cambio, mi hijo Guillem y Cloe, su mujer, descubrieron —demasiado pronto, pobrecitos— que si sumaban sus dolores, la tristeza disminuía.

Se quieren.

—Quim y tú os habéis querido siempre así, desde el primer momento. Fíjate en esto:

Barcelona, 10 de octubre de 1948

Residencia de las Teresianas

Querido diario mío, qué abandonado te he tenido todos estos meses. Ahora que estamos solos tú y yo en mi pequeña habitación, voy a contarte lo que pasó este verano. Estuve en Arenys de Mar desde mediados de julio hasta primeros

de septiembre, en casa de mis primos. Mis padres me mandaron allí sin preguntarme si me apetecía y ni siquiera disimularon que no era más que una maniobra para alejarme de Quim. «A ver si así ves las cosas más claras y se te quitan los pájaros de la cabeza.» Por supuesto, huelga decir que tuve que obedecer. ¡Qué remedio! Por suerte, conté con la complicidad de mi tía Mercè, que desde el primer día me dijo que podía escribir y recibir cartas de Quim, que ella sería una tumba.

A pesar de todo, lo echaba muchísimo de menos y cuando volví a L'Escala, no fui capaz de ser prudente.

Nos veíamos todos los días, aunque solo fuera un ratito, y cometimos auténticas temeridades..., algunas. Por la noche, cuando volvía a casa y encontraba a mis padres y a Lluís sentados a la mesa para cenar, se me alborotaba el corazón al pensar que a lo mejor me habían descubierto. Un día mi padre me dijo que me habían visto en el Carrer Nou con un chico, que si se podía saber quién era. Le dije que no me acordaba, que no sabía a qué día se refería. Me contestó que si él no sabía de quién se trataba era porque no había querido saberlo, pero que podía enterarse fácilmente... No hubo consecuencias y, aunque la verdad es que pasé un verano bastante angustioso, la felicidad de nuestro amor borró todos los malos ratos.

Hago una pausa para aclararme la garganta y Valèria se impacienta. «¿Qué más? Sigue leyendo.» Estoy seguro de que revivir esa época le sienta bien físicamente, se lo veo en la cara.

Continúo.

La segunda semana de septiembre la pasé en Sitges, en la casa de verano de la familia de Elisa. Fue una semana muy interesante para ver cómo viven las chicas de buena familia. El señor Saumell está muy bien considerado en un pueblo pequeño como Sitges, y a sus hijos los tratan como si fueran auténticos aristócratas. Todos los hermanos son inteligentes y tienen un sentido del humor agudo, pero la mejor de todos es Elisa, sin duda.

En las comidas, en la sobremesa, padres e hijos hablaban de política y yo los escuchaba con admiración. Gabriel y su padre son monárquicos, las chicas mayores aseguraban que el franquismo había traído una paz que era de

agradecer y Elisa criticaba tanto a Franco como a los Borbones. Hablaban todos a la vez, se contradecían con argumentos que me parecían irrefutables pero que siempre encontraban respuesta y a veces incluso se insultaban: «Eres una estúpida, eres un ignorante, no sabes nada de nada, idiota». Eso sí: sin levantar nunca la voz. Y cuando se acababa la discusión, tan amigos: volvían las bromas y las risas, incluso los abrazos.

Por la noche, como los padres de Elisa siempre salían a cenar, nosotros cenábamos ensaladas y tortillas que nos preparaba la criada y después nos íbamos al jardín. A veces nos quedábamos hasta después de medianoche, a menudo tomando una copa de champán helado. Para mí era como estar en una película. Nada de todo aquello tenía que ver con mi mundo: ni las conversaciones de política, ni el jardín iluminado, ni el champán helado.

Tal como habíamos planeado, el sábado antes de volver a casa, Elisa y yo salimos pronto so pretexto de ir a pasar el día a Vilanova i la Geltrú, población vecina que yo no conocía. Nos dirigimos a la estación y esperamos a que llegara Quim. Verlo bajar del tren con una expresión desorientada, buscándome con la mirada, me enterneció hasta las lágrimas. Solo él sabía qué maniobras habría tenido que hacer para poder venir a pasar todo el día conmigo, tan lejos de L'Escala, y solo yo sabía lo mucho que le dolía engañar a sus padres...

Elisa lo saludó cordialmente y desapareció sin decirme cómo iba a pasar tantas horas. Hacía un día espléndido y Quim y yo paseamos de la mano por la orilla del mar; al final nos sentamos en un café, incapaces de dar crédito a nuestra libertad, a nuestra felicidad.

Aunque, claro está, cada uno lo manifestaba a su manera, tan diferente. Quim, con calma, con miradas dulces. Yo, hecha un manojo de nervios, parlotando sin parar, repitiendo una y otra vez lo mucho que lo quería y cuánto lo echaba de menos.

Cuando se marchó, recogí a Elisa en la playa, como habíamos quedado. El chófer de los Saumell nos llevó a casa y, mientras circulábamos por el paseo de Sitges, con la brisa del mar, que me despeinaba, supe que había catado la felicidad.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Qué cursi!

—Era el año cuarenta y ocho..., ¡tenías diecinueve años...!

—Y estaba muy enamorada...

Lluís

Lluís Isern vive con su mujer en una callejuela estrecha de Sant Martí d'Empúries, muy cerca de la playa y de las ruinas grecorromanas. Lo encuentro sentado detrás de un escritorio lleno de papeles y libros. Sé que este maestro jubilado, hijo de maestro, comparte el interés de su hermana Valèria por el pasado y que dedica las tardes al estudio de la historia local, con la cabeza hundida en los libros.

Desde la ventana me enseña las ruinas de Empúries con entusiasmo de propietario y me señala el pueblo de Cinc Claus, «fundado por las cinco primeras familias que habitaron el Empordà», dice, ufano.

Le acepto un café con leche y le pido que me cuente cosas de su hermana Valèria.

Valèria. Valèria... es mucha Valèria. Todos dicen que está fastidiada de verdad, pero yo creo que nos queda mujer para rato. Y nadie la conoce tan bien como yo, ¿verdad? Bueno, tal vez su marido, Quim, pero...

A mí me sigue pareciendo una niña. Si te fijas, tiene la mirada traviesa y siempre hace el mismo gesto con la boca cuando algo se le tuerce. Y casi veo las trenzas largas y pelirrojas, de las que yo le tiraba cuando reñíamos. Yo era un bicho, de pequeño: tenía tres años más que ella y la pobre siempre acababa llorando... aunque hubiéramos empezado jugando. Nuestra madre siempre decía: «Tanta risa al final es llanto».

Pero es que Valèria era tozuda como una mula, quería ir conmigo a todas partes y hacer todo lo que hacía yo. Y yo hacía cosas peligrosas para una niña. Iba a saltar por las rocas de cala Montgó o trepaba por el tejado de casa...

animaladas propias de un chaval, que una niña pequeña no debía hacer. ¡Pero no podía quitármela de encima de ninguna manera!

Y de pronto, la pequeñaja de las trenzas se hizo mayor, se fue a estudiar a Barcelona y ya no la tenía pegada a los pantalones. Fue muy curioso, porque la echaba de menos más de lo que pensaba.

Después llegaron Consol y los niños. Pero mis hijos también se han ido. Viven los dos en Barcelona y vienen a pasar el verano a L'Escala, con mis nietos.

Estoy seguro de que Valèria saldrá adelante de la maldita enfermedad. Primero, porque tiene el carácter de la abuela Valèria y, ya se sabe, de tal palo, tal astilla, y no es casualidad que lleven el mismo nombre... Se le parece en todo, en la manera de comportarse, en el físico... y ahora que va haciéndose mayor, más todavía. Que me perdone si me oye, pero incluso se arruga de la misma manera, con el mismo dibujo alrededor de los labios. Y es igual de tozuda: dijo que estudiaría arqueología y lo hizo; dijo que se casaría con Quim Danés y se casó con él; dijo que lo ayudaría a hacer prosperar aquel negocio tan raro de buscar cachivaches viejos y ¡míralos! Y cuando se quedó sola, dijo que se haría cargo del negocio y así fue, entre Guillem y ella. Tozuda como una mula, igual que la abuela Valèria, no hubo enfermedad que pudiera tumbarla: murió de vieja, como siempre había dicho.

Le he seguido siempre la pista, pero sin entrometerme en su vida. Sabía lo que quería desde pequeña y cuando se le metía algo entre ceja y ceja, nada ni nadie podía obligarla a cambiar de idea. ¡No te imaginas lo que le costó convencer a nuestros padres de que la dejaran casarse con su marido! Aunque tampoco sé muy bien por qué no les gustaba Quim, la verdad, porque era un buen muchacho. Tenía la cabeza a pájaros, eso es cierto..., pero, lo que son las cosas, al final todo le salió bien. ¡Qué mala suerte, pobre chico! Cuando el negocio iba viento en popa y se ganaban la vida holgadamente, ¡pumba! Un mal rayo y adiós. Pero ella supo salir adelante, viuda y con cuatro hijos; cuando no se preocupaba por uno, se preocupaba por otro; y además, el negocio y la casa. Y todavía encontraba tiempo para meter la nariz en los libros, hasta que me lo contagió. A lo mejor es verdad que nos viene de familia esta cosa de..., este gusto por mirar al pasado; no sé cómo llamar a esto que hacemos... En el pueblo dicen que nos viene de la abuela. Mi abuela

Valèria y su amiga Caterina, la escritora, ¿sabes a quién me refiero? Todavía me acuerdo de cómo se puso mi abuela cuando Martín Almagro acusó a Caterina de robar piezas de Empúries. ¡Huy! Por la cara que pones veo que no sabes de qué va. Martín Almagro era un arqueólogo que, justo después de la guerra, se puso al frente del yacimiento de Empúries. Aquí todo el mundo sabía que Caterina revolvía en sus tierras para ver qué encontraba..., en Cinc Claus también..., y el bestia de Almagro, cuando se enteró, ¡va y escribe en un libro que Caterina era una espoliadora! La abuela se puso como un basilisco cuando se enteró: «¡Primero la obligan a ponerse un nombre de hombre y ahora la llaman ladrona!», exclamaba, colorada como un tomate. Mi madre le decía que callara por miedo a que la oyeran desde la calle, y mi hermana y yo la mirábamos con los ojos como platos.

Supongo que por eso mi abuela siempre defendía a Quim Danés delante de nuestros padres. Cuando lo tildaban de soñador o se reían de su afición a rebuscar en los desvanes de las masías, ella siempre salía con argumentos a los que nadie prestaba atención: que si los cachivaches viejos nos cuentan cosas, que si las herramientas nos hablan del trabajo, que si los muebles nos confiesan secretos, que si las casas guardan misterios...

Son los mismos argumentos que le doy yo a mi mujer, y tampoco me sirven. A Consol le pone enferma mi «manía de guardar trastos y papelotes». Dice que soy un chatarrero. Y tiene razón. Tiene toda la razón del mundo...

Yo siempre supe que el amor de Valèria y Quim era auténtico y que llegaría lejos a pesar de las trabas familiares. Si ella era tozuda, él más todavía. ¡Menudo par!

El día en que se casaron, ella tan joven, tan guapa, tan feliz, no pude evitar la idea de que a partir de entonces ya no sería necesario que ejerciera mi papel de hermano mayor con tanta atención; podría relajar un poco la vigilancia, porque Valèria ya tenía quien la protegiera. Ya ves qué tontorrón: ¡como si mi hermana hubiera necesitado alguna vez la protección de un hombre! Pero me parece que, al fin y al cabo, hice bastante bien mi papel: me mantuve a una distancia prudencial, pero siempre atento, siempre dispuesto a ayudarla si me necesitaba. No olvidemos que es mi hermana menor.

El diario de 1949 es una libreta bastante delgada, de tapas negras y espiral blanca. La letra de Valèria es redonda y pequeña. Escribe llenando las hojas por completo, sin dejar márgenes, aprovechando el espacio hasta el último milímetro. Puede que tuviera mucho que contar o que en el año cuarenta y nueve las libretas fueran muy caras.

L'Escala, 7 de enero de 1949

He pasado las Navidades más maravillosas que podía imaginarme. Huelga decir que Quim y yo seguimos viéndonos en las mismas condiciones, clandestinamente, pero nos las arreglamos la mar de bien. No me canso de repetirle a mi madre que Quim es bueno y que me quiere, pero ella me dice que yo puedo aspirar a un «buen partido». Le contesto que yo no soy un buen partido, que nuestra familia no es nada del otro mundo. Me rebate el argumento: por lo visto, para ser «un buen partido», una chica solo tiene que ser buena, pero los chicos deben tener dinero y un buen trabajo para mantener a la familia. Ya ves tú.

Barcelona, 22 de enero de 1949

Residencia de las Teresianas

*Sobresaliente*¹ en Paleografía. El único de toda la clase. Quintana, el alumno más brillante de mi curso, al que nunca me he atrevido a dirigir la palabra, ha venido derecho hacia mí al final de la clase. Pensaba, ingenua de mí, que iba a felicitarme, pero me ha dicho: «*estarás contenta, eso de enseñar las piernas ha tenido su efecto*».

Me he quedado petrificada y, cuando he querido responder —seguro que tampoco hubiera sabido qué decirle—, había desaparecido. Elisa, que estaba a mi lado, me ha dicho: «Es un antifeminista y un estúpido, aunque saque nueves y dieces».

El incidente me ha dejado aturdida: cuando decidí que quería estudiar arqueología, contaba con las reticencias de mi padre y, tal vez, del hombre que tuviera que ser mi marido, ¡pero no con las de los propios compañeros de carrera!

12 de febrero de 1949

Residencia de las Teresianas

¡Ha venido Quimet! Después de una semana estudiando día y noche, el Señor se ha compadecido de mí y me ha hecho este regalo. A las ocho de la mañana me han llamado por teléfono y Quim me ha dicho que estaba en Barcelona. ¡Dios mío, qué alegría!

Me he vestido en un santiamén, pero con mucho cuidado, para estar muy elegante para él: me he puesto una falda azul marino, el niqui beis y la chaqueta azul celeste; abrigo y zapatos azul marino, el pañuelo de gasa, guantes blancos y bolso de charol.

Cuando nos hemos encontrado nos hemos emocionado tanto, nos hemos puesto tan nerviosos, tan contentos, que hablábamos los dos a la vez, nos callábamos al mismo tiempo, nos echábamos a reír y volvíamos a hablar los dos al mismo tiempo.

Íbamos tranquilamente por la calle Aribau, cogidos del brazo, y nos hemos cruzado con Guardiola, un vecino de mis padres. Hemos hecho como si no lo viéramos y él no ha dicho nada, pero estoy segura de que también nos ha visto. Me da tanto miedo pensar en las consecuencias que puede tener este encuentro inoportuno...

Hemos ido a Montjuïc y hemos visto Barcelona, gris y turbia, a nuestros pies. Soplaban un aire helado y húmedo, y nos hemos refugiado enseguida en un restaurante y, de paso, hemos comido algo. Hemos ocupado una mesita

pequeña y redonda junto a la ventana, con el invierno fuera, y Quim me ha mirado como no lo había hecho nunca. «Te quiero», le he dicho sin pensar. Cuando he empezado a sonrojarme me ha dado un beso largo en la mejilla.

Después de comer solo nos quedaba tiempo para ir a la estación, porque él tenía que coger el tren. Ha empezado a llover y, protegidos con el paraguas, he sentido una intimidad especial. Cuando le he dicho que me habían puesto dos *sobresalientes* más, me ha obligado a pararme y, sin más ni más, me ha besado en los labios. La alegría se me ha subido a las mejillas y he vuelto a sonrojarme, pero se me ha pasado enseguida porque estaba segura de que el beso había durado más de un segundo, como dice el confesor, así que mañana tendré que confesarme y me va a dar mucha vergüenza...

El día se me ha hecho muy corto y, cuando se lo he dicho, se ha puesto muy serio y me ha contestado: «Sí. Hoy haría un disparate». «¿Un disparate?», he preguntado. «Sí, me casaría contigo ahora mismo, esta misma tarde.»

Yo también me habría casado y así habríamos podido ir a nuestra casa a protegernos del frío y a descansar tranquilamente, sentados en el sofá, sin tener que mirar el reloj. Cuando nos hemos despedido, con dos besos, me ha costado mucho separarme de él, como si nuestros cuerpos fueran imanes.

Cada vez me cuesta más.

Por la noche me he puesto triste sin remedio. Mi estado de ánimo ha decaído, ha empezado a adelgazar hasta quedarse como una cáscara de cebolla. Solo tengo ganas de llorar. Sin él estoy sola y desamparada. Quiero estar con él, pero tengo remordimientos. Quiero estar con él, pero quiero estudiar. Quiero estar con él.

L'Escala, 8 de agosto de 1949

He aprobado todo el curso, y con nota. Felicitación expresiva de mi padre que no servirá, me temo, para evitar conflictos este verano.

Hoy, mientras desayunaba, he leído en el periódico las declaraciones de Ingrid Bergman; anuncia que se divorcia de su marido para casarse con Roberto Rossellini y que dejará la pantalla. Se enamoraron en el rodaje de la película *Stromboli*, es decir, que su amor nació literalmente al pie de un

volcán. Se lo he leído a mi madre en voz alta y se he escandalizado por esa forma de reconocer el adulterio. En Estados Unidos dicen que no la dejarán volver a entrar en el país... A mí no me parece tan..., no me parece tan reprobable, claro, ella tiene una niña pequeña y abandona a su marido, que lo dejó todo para acompañarla a América... ¡Pero qué narices, es muy romántico, me parece a mí!

Y hablando de América: estoy leyendo a William Faulkner, siguiendo el consejo de Elisa. Estábamos juntas cuando anunciaron por la radio que le habían concedido el Nobel y a Elisa le sorprendió mucho —a mí me avergonzó— que yo no lo conociera.

Antes de irme de Barcelona me compré *El ruido y la furia* y *Mientras agonizo*. He empezado por la primera novela y me está gustando mucho, aunque no es nada fácil de leer. Está llena de sobreentendidos, como si el autor considerara que el lector está informado de todo.

De lo que se escribe aquí, mi preferida sigue siendo *Nada*, de Carmen Laforet, una novela maravillosa que transcurre en «mi» calle Aribau y en «mi» universidad.

L'Escala, 20 de septiembre de 1949

Dentro de quince días empiezo quinto curso, el último de la carrera. Me resulta un tanto inverosímil, un tanto incomprensible terminar tan pronto. ¿Cómo puede ser que el tiempo haya pasado tan deprisa? La vida está llena de cosas incomprensibles que todo el mundo acepta, así que tendré que hacerme a la idea de que solo me queda un curso —unos meses— de vida de estudiante. No sé si sabré llevar otra clase de vida. ¿Qué voy a hacer con mis veintiún años y una carrera terminada? No quiero disimularlo: crezco un palmo de orgullo solo de pensarlo. ¡Licenciada! ¡Arqueóloga!

En cuanto a la actitud de mis padres, no puede decirse que hayamos resuelto nada, pero hemos llegado a una especie de pacto implícito. Ante mi tozudez —mi padre llama así a mi amor por Quim—, han preferido hacer la vista gorda para no estar en conflicto permanente.

Mi hermano y Consol se han casado este verano y no sé por qué me parece que esa boda me favorece.

También tengo la esperanza de que el trabajo nuevo de mi amado, de contable en la farmacia de su familia, con un sueldo como Dios manda, ayude a convencer a mi padre de que su hijita no va a pasar hambre.

Quim y yo hacemos planes de futuro en serio. Hablamos de casarnos cuando termine la carrera y no tenemos ninguna duda de que al final convenceremos a mi padre para que nos dé permiso. ¡El amor nos presta optimismo!

Barcelona, octubre de 1949

Residencia de las Teresianas

La última visita de Quim ha estado a punto de acabar como el rosario de la aurora. Todo había ido muy bien por la tarde, con sus novedades en la farmacia y el relato de sus trabajos en la vieja masía de Can Jordà, donde ha encontrado una consola isabelina de nogal que le han vendido por dos reales...

Pero ha llegado el momento de despedirnos, el momento que todos tememos y deseamos a la vez. Lo esperamos impacientes porque es el momento del beso. Son mis normas, es decir, las normas que yo tengo que cumplir si no quiero tener que confesarme cada vez que salimos. «*Un beso breve y casto para despedirse es lo único que le está permitido*», dice el confesor.

Y yo se lo digo a Quim. Y Quim protesta, pero lo acepta. Es tan creyente como yo, pero solo va a confesarse cuando le parece necesario. No tiene un seguimiento tan estricto como yo con el padre de la residencia.

Hoy me ha dado un beso de despedida, pero lo ha alargado más de la cuenta. Ni uno, ni dos, ni tres segundos. Ha sido mucho más largo. Se estaba tan bien que yo tampoco me he echado atrás, pero en cuanto nos hemos separado he empezado a arrepentirme y a recriminárselo a Quim. Y se ha enfadado, y me ha dicho que le parece una tontería tener que contar los segundos que dura un beso. Que nos besamos porque nos queremos y que no puede ser nada malo.

Ha subido al tren un poco enfadado y a mí se me han llenado los ojos de lágrimas. Se ha asomado por la ventanilla y ha dicho: «Anda, no llores».

Mañana voy a confesarme.

Barcelona, noviembre de 1949

Residencia de las Teresianas

Este último curso de carrera se me escurre entre las manos con más rapidez incluso que los anteriores. En la facultad todo va como la seda y en la residencia también. Quim viene regularmente cada quince días. Sé que mi padre está informado de ello y, si no dice nada, es que empieza a hacerse a la idea de que lo nuestro acabará en boda pase lo que pase. Cuantas más veces le digan que nos han visto juntos, mejor. Cada vez que se lo dicen es como si yo misma le confirmara mi amor por Quim.

Barcelona, 3 de diciembre de 1949

Residencia de las Teresianas

Cada día que paso con él le descubro nuevas virtudes. Es extremadamente indulgente conmigo y con mi carácter, tan inestable. Cuando estoy triste me consuela, siempre paciente. Cuando me enfado me tranquiliza sin reproches. A su lado estoy protegida de todos los males, incluso —sobre todo— de mí misma.

Me doy cuenta de que es cien veces mejor que yo. ¿Y entonces? ¿Cómo puede haberse enamorado de mí? ¿Cómo puede quererme tanto? Yo creo que no me quiere a mí, sino a la imagen que se ha hecho de mí. Da igual: mi misión en esta vida es parecerme a la Valèria que él quiere.

Barcelona, 25 de enero de 1950

Residencia de las Teresianas

El domingo, a propuesta de la directora de la residencia, vino Quim a hablar con ella. Hace tres años que saben que tenemos relaciones y, con el tiempo, ella ha ablandado su actitud. De interceptar mi correo, por orden de mi padre, han pasado a hacer la vista gorda en todo. Nosotros hemos respetado las normas y Quim nunca ha entrado a buscarme, ni siquiera al portal, como hacen los prometidos de otras muchas compañeras.

Cuando la directora me dijo que quería hablar con él pensé que habría llamado mi padre o algo parecido y que nos iba a caer una prohibición radical o quién sabe qué. ¡Pero no! La directora quería conocer a Quim para cerciorarse de que es un buen chico, tal como le he dicho miles de veces. Y se convenció, desde luego: charlaron un ratito y, al final, le dio permiso para entrar en la residencia a buscarme, y cuando me acompañe también. No le he preguntado si mi padre está al corriente.

En el fondo, tengo la certeza de que el día en que mi padre quiera conocerlo, escucharlo, hablar con él, también cambiará de opinión radicalmente.

Barcelona, 17 de junio de 1950
Residencia de las Teresianas

No puedo creer que sea la última vez que escribo estas palabras: *Residencia de las Teresianas*.

El baúl está cerrado y las bolsas, preparadas a lado de la puerta. He guardado la ropa, los libros, la fotografía de mis padres y la de Quim, el tapete de ganchillo que hizo mi abuela Valèria y una caja de zapatos llena de cartas y de fotografías de las compañeras de la residencia, de los compañeros de la facultad, de Elisa. He llorado como una niña mientras lo recogía todo. Son los recuerdos que me llevo de mis cinco cursos de carrera, mi vida universitaria, mi época en Barcelona.

Vuelvo a L'Escala con el título de licenciada en el bolsillo y no sé qué queda en mí de la adolescente que llegó a la ciudad con mucho miedo y muchas ambiciones. Se ha acabado una etapa de mi vida. *C'est fini*.

He tenido un par de días para leer los diarios a mi gusto: me llamó Martina para anular la cita con su madre. El médico quería verlas. Estoy preocupado: me temo que no sean buenas noticias. A pesar de todo, me dicen que Valèria quiere recibirme esta tarde.

Como sé que con ella sobran los cumplidos y que no está el horno para bollos, nos sentamos uno frente al otro y voy directo al grano.

—Me han dicho que habéis ido al médico...

Sí, al oncólogo. Me han acompañado Martina y Màxima, así que sospechaba que no serían buenas noticias, porque si no, con una de las dos habría sido suficiente... Nos ha recibido con cara seria, aunque siempre está serio, creo que ya no se acuerda de cómo se sonríe. Me ha hecho varias preguntas para ver cómo me encontraba y después me ha pasado a un cuarto anexo y le ha dicho a la enfermera que me pesara y me tomara la presión. Me ha parecido una tontería. Estoy muriéndome de cáncer y quiere saber si tengo la presión alta o baja.

Mis hijas se han quedado con él en el despacho. Mientras me desnudaba lo oía hablar en voz baja. Lo más seguro es que estuviera confirmándoles que no tengo futuro, es lo que he pensado. La enfermera ha querido bromear para distraerme: «A ver si hemos engordado..., me parece que un poquito. ¡La veo más guapa!».

Me he puesto a rezar para mis adentros, un *acordaos* tras otro, como cuando era jovencita, pero te prometo que no lo hacía para encomendarme a Dios..., sino para no oír la vocecita de esa mujer bienintencionada que estaba poniéndome tan nerviosa. No quería soltarle una grosería, ella no tiene ninguna culpa... Hace lo que le mandan.

Cuando he vuelto al despacho del oncólogo he mirado las caras de mis hijas, primero una, después la otra. La de la pequeña es impenetrable y la de Martina no es de fiar: sabe disimular muy bien. Y en realidad disimulaba, porque sonreía abiertamente. El médico me ha mirado a los ojos y ha anunciado: «Continuaremos con la quimio, pero por vía oral, solo tendrá que tomar una pastilla y no será necesario que venga aquí ni que se pinche...».

—¿Le parece que vale la pena? —le he preguntado, y he oído el latido acelerado del corazón de mis hijas. No tengo la menor duda de que han decidido engañarme.

El médico me ha dicho que sí (procura hablar con convencimiento, pero no lo consigue), que tengo el corazón bien, y el hígado, y la tensión... Es decir, estoy muriéndome, pero estoy la mar de bien. Supongo que he puesto cara de puro escepticismo, porque ha añadido:

—De todas maneras, es usted la que tiene la última palabra: su cuerpo es suyo, usted manda. Si no quiere volver a pasar por lo mismo...

No me atrevía a mirar a las chicas, aunque quería hacerlo. Me gustaría saber si quieren que luche hasta las últimas consecuencias, que me agarre a la vida, o si les parece más razonable que tire la toalla y me evite —y les evite a todos— sufrimientos que no llevan a ninguna parte... El oncólogo ha dicho que podíamos pensarlo unos días, que le digamos algo la semana que viene. Se ha levantado, nos ha dado la mano y nos hemos ido.

En la calle, Martina me ha agarrado por la cintura, me mirado con esos ojos de cielo azul que anuncia tormenta y dijo:

—Mamá, si estás hasta...

—¿... hasta los ovarios, quieres decir? Ya no tengo ovarios.

Martina suelta una carcajada libre y sonora. Me sumo y al final Max también se apunta. Debíamos de parecer tres bobaliconas, paradas en medio de la Vía Augusta, riéndonos a mandíbula batiente.

Está fatigada, lo veo, así que me invento una cita y me voy antes de tiempo. Le prometo volver mañana otro rato. Valèria me recuerda que «vamos con retraso» y que hay que avanzar más deprisa.

Llego a casa y cojo el diario del año 1951 (no hay ningún cuaderno que corresponda a 1950). Es una libreta con tapa de cartón de color azul, sin espiral, cosida con hilo blanco.

L'Escala, 21 de enero de 1951

Mi casa es, por fin, una casa como cualquier otra. Voy y vengo por el pasillo cantando, oigo hablar a mis padres y la radio, que me acompaña desde la cocina; me siento delante del papel en blanco. Estreno libreta —hace casi un año que no escribo en el diario, desde que estaba en la residencia— y estreno también una nueva etapa de mi vida. Por eso he querido recuperar la vieja costumbre de escribir, para dejar constancia de esta fecha, 21 de enero del cincuenta y uno, en que la casa de mis padres, mi casa, vuelve a ser un lugar lleno de paz. Ya no hay enemigos, ni ignorancia, ni mentiras, ni inquietud. Todo se sabe y se acepta: ¡por fin! Y esta nueva situación nos transforma a todos.

Me transforma a mí, que vivo en un milagro, permanentemente maravillada, sintiendo el fluir de nuestro amor como un río que nunca se seca, de ti a mí, de mí a ti, sin saber dónde empieza ni dónde termina.

Puede ser, Quim, que dentro de mucho tiempo volvamos a leer estas páginas. ¿Qué pensaremos? ¿Cómo seremos? Tengo seguridad absoluta en una sola cosa: todavía nos querremos como ahora. Tal vez más. Seguramente nos querremos también a través de dos o tres hijos que jugarán y se reirán por toda la casa.

Deseo que la «vida pública» de nuestro amor no le haga perder este sabor agridulce de la rebeldía, del triunfo clandestino, de la intimidad secreta que ha tenido tanto tiempo. Nos hemos querido por encima de todos los obstáculos y ahora nos querremos en libertad. Esta libertad no hará más fuerte nuestro amor, pero sí más gozoso.

Le he escrito una carta eufórica a Elisa. La echo mucho de menos y estoy segura de que ella también se acuerda de mí. Está muy sola porque su prometido se ha ido a Francia a buscarse la vida.

L'Escala, 7 de febrero de 1951

Respuesta de Elisa:

Barcelona, enero de 1951

Me gusta mucho lo que dices de Quim y el amor. Es lo mismo que pienso yo de Víctor: lo quiero porque ya es todo un hombre y a su lado mi vida será interesante, muy diferente de todo lo que me rodea.

Lo animo todo lo que puedo en mis cartas. Lo hago para contrarrestar las que le deben de escribir sus padres: ellos solo quieren que vuelva y se ponga a trabajar en el negocio familiar. Parece que ahora le han mandado dinero para que venga a Barcelona a pasar unas semanas. Yo me opongo, porque creo que si vuelve lo convencerán para que se quede. Y él, claro, se ofendió, porque le parece que, después de un año, yo tendría que estar deseando verlo.

El caso es que vendrá pronto y quiero convencerlo de que deseo casarme con él, pero solo si podemos tener una vida propia, independiente, hecha por nosotros y solo por nosotros. ¿Sabes una cosa, Valèria? No me importaría ser pobre: quiero vivir y luchar, no vegetar, porque me moriría de aburrimiento y haría cualquier barbaridad.

Reza por mí, por él, por nosotros. Reza por que no se quede en Barcelona, porque si se queda discutiremos, lo sé con toda certeza.

Discutiremos porque yo sé lo que quiero y no pienso transigir ni un poco. A un prometido se le pueden sacrificar dos, tres años, pero una etapa indefinida, a mi edad, es imposible.

De momento ya tengo mi trabajo —solo unas horas a la semana, 450 pesetas al mes, pero es el primer paso— en el Museo de Arqueología, viajaré y lo más importante será mi trabajo, no mi prometido. Él ha sido mi prioridad cuatro años seguidos, pero no puede pretender que sea así toda la vida.

Uf. Sé que me regañarás cuando leas esto. Yo también te riño por ser tan romántica. Estamos en paz.

Escríbeme en cuanto Quim confirme su ascenso: estoy deseando ir de boda. Y, para terminar, un consejo: no hace falta que intentes leer *Lo que el viento se llevó*, por mucho que te lo hayan recomendado. Es un plumazo que no vale la pena. No vale un pimiento.

Adiós, pequeña. Recuerdos a todos y gracias por acordarte tanto de mí,

ELISA

L'Escala, 26 de febrero de 1951

Mi abuela Valèria me ha pedido que fuera al cementerio a llevar flores a la tumba de su marido, mi abuelo Ramon, al que no conocí. Hoy hace veinticinco años que murió.

El cementerio de L'Escala es muy bonito. Se llega por un camino flanqueado por cipreses. Lo he recorrido despacio, oyendo —casi escuchando— el crujidito de la tierra a cada paso.

Un pie, otro pie... Y de pronto se me ha ocurrido que algún día volveré a recorrer este mismo camino sola, mucho más sola. La arena no crepitará con mis pasos.

Todo lo que hay dentro de mí, todos los sentimientos que tengo ahora, los deseos, las angustias, las pasiones de todas clases, se habrán convertido, así lo espero, en seres vivos, sangre de mi sangre, hijos que me llevarán consigo como un peso del que se resistirán a librarse. En la verja ennegrecida que protege el cementerio hay una inscripción: Alfa y Omega. Principio y Fin. Está bien. Detrás de la verja está el país del fin. Cruzo el umbral con el rumor de la tierra todavía en los oídos. Estoy viva, todavía hago ruido.

Todo es polvo y silencio, por todas partes. Llego al nicho y, de refilón, veo correr a una lagartija por encima de la piedra. El laurel ha crecido tanto que casi me impide leer el nombre: «Ramon Isern Castells —y debajo—: sus virtudes, fiel esposo y padre generoso, nunca serán olvidadas».

¿Qué dirán de mí? ¿Puedo esperar que en mi tumba haya un epitafio semejante? ¿Quién me acompañará cuando recorra este mismo camino pero la arena no crepite con mis pasos? ¿Quién me llorará?

L'Escala, 4 de junio de 1951

El lunes el señor Danés comunicó a Quim que ya es oficialmente el encargado de la farmacia. Eso significa que se hace cargo de la contabilidad y del contacto con los laboratorios. Con el nombramiento todavía fresco y el compromiso de un sueldo aceptable, vino a hablar con mis padres ayer.

Lo habían citado a las once y media y mi madre me insinuó discretamente que sería mucho mejor que yo no estuviera en casa, que me fuera a dar un paseo con Rosamaria.

Le dije que sí, aunque no tenía ninguna intención de hacerlo. Sabía que me pondría muy nerviosa y no me sentía capaz de soportar el parloteo de Rosamaria mientras él estaba allí, en casa, enfrentándose a mis padres.

Salí de casa a las once y empecé a pasearme de un lado a otro, rezando *acordaos* sin parar para que todo saliera bien. Tenía unas incomprensibles ganas de llorar.

A las doce en punto salió a la calle y silbó, como habíamos acordado. Eché a correr para darle un abrazo, pero... estaba tan terriblemente serio que no me atreví. Me dijo que mi padre nos esperaba arriba para hablar con los dos.

Mi padre me soltó un sermoncito de diez minutos. Mientras hablaba, muy circunspecto, de nuestro futuro, que esperaba próspero, y de nuestras responsabilidades, y todo sin hacer referencia alguna a la oposición férrea que había mantenido tantos años... todas las ganas de llorar desaparecieron y me entró una alegría desbordante. Quería saltar y gritar, y abrazarlo y besarlo, y reírme, reírme mucho.

Y el mismo día que podemos considerarnos prometidos, mi tía nos anuncia la boda de mi prima Montserrat. El futuro marido es un vecino suyo, mayor y de aspecto bastante repugnante. Dije que no entendía que se casara con él. Mi madre dijo que si viera la lista de fincas que tiene por todo el Empordà lo entendería. Y que Montserrat ya no está para elegir mucho, porque tiene veintinueve años.

De acuerdo. Lo entiendo. Pero la compadezco.

L'Escala, 11 de julio de 1951

He hablado con Quim de los pensamientos que me atormentan últimamente. Me ha costado un gran esfuerzo, pero sabía que él encontraría palabras tranquilizadoras para mí. Y no me ha decepcionado: le parece que este ímpetu que nos empuja a darnos unos besos tan largos es totalmente natural y responde al íntimo deseo que compartimos de fundirnos en una sola persona. Ha pronunciado estas palabras sin darles importancia y, a pesar de ello, se ha sonrojado. Él me acariciaba y me decía «no sufras, muñequita». Pero me sigue

asustando esta fuerza que nos subyuga, más poderosa que nosotros, y veo claramente que en las largas miradas que me dedica después de cada beso hay tanto amor como súplica; puede que incluso no lo sepa ni él.

Tampoco sé si cuando estemos casados se producirá el milagro de la unión total, o si toda nuestra vida será un beso apasionado e interminable, pero inútil para hacernos un solo ser. Sospecho que hay una barrera invisible e irrompible que aísla a todo ser humano. Supongo que me resultará muy difícil aceptar que un hijo nuestro, suyo y mío, nacido de nuestro amor, sea también un alma exterior, periférica.

Quim me consuela y quiere tranquilizarme de este desasosiego, pero en ningún momento lo he visto dispuesto a renunciar al deseo que considera tan natural. Al final le he propuesto un pacto: los domingos nos permitiremos ir un poco más allá, solo una vez a la semana. «¿Un beso de día de fiesta?», ha dicho Quim con sorna. «Eso es —le he contestado, muy digna—, un beso de domingo.»

Carta de Elisa:

Barcelona, julio de 1951

Querida Valèria: Víctor está aquí. Ha venido por sorpresa y todavía estoy impresionada por el aspecto que tiene. Está muy delgado, muy cansado, con la mirada muy triste.

Ha tardado unos días antes de decirme lo que venía a decirme: no quiere volver a Francia. Todos, incluso mi padre, le dan la razón y aseguran que allí no tiene futuro. Yo no estoy de acuerdo, pero no puedo decirlo. Yo prefiero que vuelva a Francia, pero no porque crea que va a encontrar un trabajo mejor ni que ganará dinero, sino porque deseo que su futuro se lo construya él solo.

Sin embargo, en el fondo creo que, aunque volviera a Francia, sería inútil: Víctor no cambiará, no habrá nada que lo haga independiente y libre, como me gustaría a mí.

El problema es que yo sí estoy haciéndome libre e independiente. Desde que llegué sigo yendo a clase y al museo y salgo con mis amigas cuando me apetece. Él me quiere mucho, pero se ha abierto un abismo entre nosotros y no confío en que podamos salvarlo con amor.

Tengo muchos proyectos de los que no sabe nada y estoy segura de que no le gustarán: pienso irme a estudiar tres meses a Alemania en otoño y antes, este verano, participaré en el Congreso de Arqueología de Galicia y pasaré un mes en Tarraco.

¿Comprendes ahora por qué no puedo compadecerme de tu prima Montserrat, como haces tú? Una mujer puede tener un papel importante en la vida y llenarla con algo que no sea forzosamente un marido. Si me caso con Víctor, seguramente no seré feliz. ¿Tendría que compadecerme alguien por eso? Ni hablar, porque lo haría por cobardía, porque espero alguna compensación o por seguir la costumbre.

Qué distintas estas palabras mías de tu himno al amor, ¿no? Pero me temo que soy tan egoísta que no tengo tanta capacidad de amar. Te lo digo con franqueza: Víctor me atrae físicamente, cuando me besa, cuando me abraza. Entonces es cuando lo quiero. Ya lo ves: ¡qué amor tan perfecto...!

Si fuera hombre, me bastaría ese sentimiento para casarme con una mujer, y después haría mi vida independiente, cumpliría mis aspiraciones, pero la mujer, aunque quiera, no puede hacer eso. Tiene las obligaciones de la casa, del marido, de los hijos. Yo no sabré hacerlo, Valèria. O tal vez sí: quizá todas estas ideas que bullen en mi cabeza, todas las aspiraciones profesionales e intelectuales, desaparezcan si me caso y llevo una vida plácida y burguesa y solo aspiro a tener una casa bonita y unos hijos rubios e ir alguna noche al Liceo.

Bueno, como te gusta tanto preocuparte por todo, supongo que acabo de darte un buen motivo de preocupación. No te rompas mucho la cabeza, no vale la pena. No creo que tenga la valentía de romper con todo este lastre de costumbres y religión. Pero ¡hay tantos proyectos que fracasan por culpa del matrimonio! Y no me refiero a grandes proyectos de hombres y mujeres que pasan a la historia. No, se puede ser un personaje discreto pero conseguir cumplir tu proyecto. Tú lo conseguirás, probablemente. Y digo probablemente solo porque quien pone su ideal en un ser humano siempre está en peligro: valemos muy poco.

Lo peor es que yo me busco y no me encuentro, todavía no sé lo que quiero. Pero sé que no quiero crear una familia. Si encuentro el motivo, el proyecto..., entonces quizá no me case. Y, bien pensado, una búsqueda minuciosa puede llenar dignamente una vida.

Tienes que venir a Barcelona, Valèria. ¡Y no te dejes acobardar por tus padres, caramba! Es una tontería que a estas alturas no puedas venir a Barcelona cuando quieras. Dentro de poco cumplirás los veintiuno y serás mayor de edad. Te espero pronto,

Después de leer el diario de 1951 me cuesta un poco volver a ver a Valèria tal como está ahora, envejecida y enferma. Busco en sus ojos la chispa de la chica que estaba a punto de casarse y que confiaba plenamente en que su vida sería muy feliz. Pero en esta mirada solo hay un velo de nostalgia y, de cuando en cuando, unas décimas de oscuridad, como si alguien apagara la luz interior.

—Y ¿qué has decidido? ¿Tomas las pastillas?

Sí, pero sin confianza. La parte positiva es que no tienen prácticamente ningún efecto secundario. Aunque estoy terriblemente cansada, eso sí, pero me da la impresión de que no es por culpa de las pastillas, sino de mi cuerpo, que va frenando la marcha como un tren porque sabe que se acerca al final de trayecto.

Casi no salgo de casa, pero recibo visitas continuamente y así el tiempo pasa más deprisa y, sobre todo, de una manera más agradable. En cambio, las llamadas, que son muchísimas, me preocupan un poco: son de conocidos, de parientes lejanos, de amigos de amigos, de antiguos colegas que se han enterado de que «estoy pasando una mala racha». Sé que son llamadas de despedida, que toda esta avalancha de gente que se interesa por mi salud significa que corre por ahí el rumor de que estoy en las últimas.

Me dejan pocos ratos para la soledad y por eso los espero y los valoro más. Me siento en el sillón del comedor y paseo la mirada por los cuadros, los libros, las fotografías. Me detengo en la cómoda que heredé de mi abuela Valèria y me imagino que, como en las películas de ciencia ficción, tengo la facultad de ver el interior de los cajones, de atravesar con la mirada la madera de nogal, vieja y probablemente carcomida. Dentro de esos cajones todavía está el juego de mesa blanco de las margaritas que yo misma bordé unos meses antes de casarme, y la cubertería de plata de mis padres, con las iniciales grabadas en cada cubierto, entrelazadas para siempre.

A veces pongo un disco —boleros tristísimos, o el piano de Satie— y vuelvo a sentarme en mi sillón. Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos. Llega Guillem, me invita a bailar y damos vueltas los dos como un solo

cuerpo por el comedor de casa. Casi sin darme cuenta entro en la zona dulce del sueño, donde no existen el miedo ni el dolor, esa pequeña muerte.

Me parece que nunca la he visto tan triste, rendida. De repente se me ocurre una idea para reconfortarla. Le digo que al día siguiente le traeré un pequeño regalo.

Me presento en casa de Valèria con una libreta de tapa gruesa de cartón teñida de azul. Lleva escrito, en números enormes: 1952.

Valèria acepta gustosamente repasar conmigo la libreta del año en que se casó. Voy hacia la segunda mitad del cuaderno, donde empieza a aproximarse el gran día, para que los recuerdos sean más poderosos que el presente.

L'Escala, 31 de diciembre de 1951

Esta noche vamos los seis al *réveillon*: mis padres, Lluís y Consol, Quim y yo. Cuando suenen las doce campanadas voy a pedir el deseo de que el año nuevo, 1952, sea el de nuestra boda.

L'Escala, 5 de febrero de 1952

Sopla una tramontana helada y da miedo salir a la calle. Me ronda la migraña y he preferido quedarme en casa toda la tarde, en mi habitación, para que nadie vea lo que estoy leyendo. Es un libro que me ha prestado Anna Roca, una antigua compañera de bachillerato con la que últimamente salgo algunas veces a merendar. Anna se va a casar pronto y dice que se lo compró «porque mi madre no me cuenta ni quiénes son los Reyes». El libro se titula *La vida sexual sana* y lo han escrito entre un médico, un obispo y un abogado.

Lo leo con la máxima atención y un poco de angustia. Es un libro fuerte, indiscutiblemente, pero no soporto la idea de que sea mi madre la que me cuente estas cosas tan violentas; sin embargo, quiero saberlas. Leerlas es la opción más adecuada, porque el libro no tiene ojos para verte mientras lo lees.

He descubierto muchas cosas, claro, digamos pequeños detalles que complementan la información desdibujada y simple que tenía hasta ahora. Entre otras, la existencia del único sistema anticonceptivo que permite la Iglesia... Tendré que dejárselo a Quim porque, en este terreno, todos estamos igual de perdidos.

L'Escala, 7 de febrero de 1952

Ayer murió el rey Jorge VI de Inglaterra y el país está desconsolado. Lo sucederá su hija Isabel, que tiene... ¡veintiséis años! Solo dos —menos de dos— más que yo, y será reina de Inglaterra. Mientras que yo, fijate, no tengo más misión importante en la vida que conseguir casarme...

Carta de Elisa:

Barcelona, enero de 1952

Valèria: ¡léete La colmena sin falta! ¿Quieres que te la mande o te la compras tú? Tienes que leerla enseguida. Es una novela fantástica, diferente, impresionante. Este Cela es un genio.

Hola, guapa. ¿Qué tal estás? Yo, atareada, la verdad: el trabajo en el museo, un curso de arte que hago en la universidad, ir al cine, a ver ballet en el Liceo, leer..., como puedes ver, tengo poco tiempo para echar de menos a Víctor. ¿Crees que es significativo? Sobre este tema tengo que decirte que mi hermana Júlia, desde que se casó, tiene mejor carácter —no era empresa difícil, la verdad sea dicha—. Ella dice que es la felicidad. ¿Tú qué opinas? Quizá, después de todo, el matrimonio no sea tan malo y, hasta ahora, yo solo contemplaba el lado oscuro... ¿Sabes cuál es mi problema, Valèria? Que entre todos, tú incluida, me habéis hinchado el ego, me habéis sobrevalorado, y ahora tengo unos anhelos que no puedo frenar. ¿Por qué no me basta con una felicidad hogareña, ir a pasear del brazo de mi marido y hacer trajecitos a los niños?

Bueno, ya basta de hablar de mí. Y ¿vosotros? ¿Ya tenéis fecha para la boda?
¡Escríbeme!

ELISA

L'Escala, 4 de marzo de 1952

Hoy hace tres semanas que no voy a comulgar. No puedo hacerlo teniendo, como tengo, la certeza absoluta de que no me arrepiento sinceramente y de que dentro de unos días volveré a pecar. Ayer, miércoles, nos dimos un beso de domingo para despedirnos. Quim insiste una y otra vez en que nuestros besos larguísimos no pueden ser pecado «si son tan dulces», pero no me convence.

Le he dicho que no volvamos a besarnos de esa manera «sin motivo» y él, que me lo concede todo, esta vez se niega rotundamente. Dice que el motivo es que nos queremos y que no hay motivo más poderoso. Dice que no puede haber nada malo en esos besos. Yo le digo que en algunos sí y, al final, hemos quedado en que procuraremos evitarlos. Pero hoy —jueves—, al acompañarme a casa, me ha dado uno larguísimo y, ante mis protestas, me ha dicho, en un tono casi infantil: «¡Que sí, mujer! ¡Hoy es domingo...!».

Quisiera mantener nuestro amor tan puro como antes, pero, por otra parte, tengo que reconocer que a mí también me resulta difícil entender que estas expresiones de amor tan sinceras puedan condenarnos al infierno.

Tú y yo, Quim, no somos peores que todos los hombres y mujeres que se han querido antes que nosotros. Estos besos que aprendimos juntos, tú de mí y yo de ti, no pueden ser pecado.

L'Escala, 5 de marzo de 1952

Ya estamos otra vez. Sin haberlo previsto, nos hemos quedado solos en casa después de comer. En cuanto nos hemos dado cuenta, casi se olía la pasión que flotaba entre nosotros. Ha dicho que quería darme un abrazo y cuando yo, con astucia mal disfrazada de inocencia, me he acercado muy lentamente, me ha aprisionado entre los brazos y me ha besado. Era el beso de la culpa, de la desobediencia, del abandono, de la caída, del amor. Era un beso de domingo.

Levanto los ojos de la libreta y veo que Valèria ha apoyado la cabeza en el sillón y ha cerrado los ojos.

—¿Quieres que lo dejemos aquí?

—No, no. Te escucho.

L'Escala, 25 de marzo de 1952

Carta de Elisa desde París:

París, marzo de 1952

Querida, queridísima Valèria: ¿podrás perdonarme algún día? Hoy hace cuatro meses justos que te llamé por teléfono para contarte a toda prisa que rompía con Víctor y que me iba a París. Te prometí que te escribiría enseguida y, ya ves...

En primer lugar, no te preocupes por mí. Cuando hablamos, aunque me hice la valiente, en realidad estaba completamente asustada, agotada y triste. Imagínate lo difícil que fue tomar la decisión de construir mi futuro sobre el dolor de tantas personas.

Ahora soy otra mujer. ¡De verdad! Seis semanas en SaintGermain-des-Prés me han transformado. ¿Sabes que en este tiempo que hemos estado sin contacto me he enamorado y me han dejado por otra? Es curioso: incluso el dolor me hace feliz. Cualquier cosa que signifique vivir me hace feliz, todo menos cerrar los ojos y permitir que la vida pase a mi lado sin tocarla.

Además, tengo a Claude, tan alto, tan charmant, con su habitación llena de libros y de discos en una buhardilla; y tengo a Paul, que escribe poemas y roba fruta en los mercados parisinos para poder comer algo, y que dice que no se acuerda del nombre de su padre; y tengo a Olivier, el anarquista de buena familia, extremadamente inteligente y sarcástico; y tengo a Nathalie, con sus collages, su habitación húmeda y maloliente, siempre llena de gente que fuma y bebe; y a Théo, que es muy feo, muy atrevido y muy divertido... Me divierto mucho, Valèria, y iconozco a mucha gente interesante! Y Magalie y su marido, y sus dos hijos, y su casa con un jardincito lleno de hierbajos, y las comidas que hacemos en él los domingos, debajo de la parra. Allí me enamoré de Jérôme, el que me dejó por otra, cosa que todavía no comprendo pero que acepto.

He conocido a un arqueólogo francés que, en cuanto se enteró de que era catalana, se puso a hablarme del profesor Bosch i Gimpera. Fíjate, aquí lo conocen todos los que tienen algo que ver con nuestro mundo. Mi amigo arqueólogo no puede entender que lo hayan obligado a marcharse de España, en lugar de rendirle el homenaje que se merece.

El mundo, Valèria, es mucho más ancho de lo que pensábamos.

ELISA

L'Escala, 16 de abril de 1952

Escribo muy poco en el diario y, cuando lo hago, me doy cuenta de que tengo poco que decir. Releo los meses anteriores y veo que siempre hablo de lo mismo: mi amor, las ganas de casarme..., me empalaga hasta a mí.

No ha pasado nada destacable: salir a pasear, tomar el fresco en un café de la Rambla, ir al teatro a Figueres con alguna pareja de amigos. Lo único que rompe la monotonía son las cartas de Elisa, que cada vez está más entusiasmada con su vida en el extranjero.

París, abril de 1952

Querida Valèria: qué alegría recibir otra carta tuya... Tu ausencia es seguramente lo único que puede llevarme a la nostalgia en esta nueva vida que, por otra parte, me proporciona tanta felicidad. Todo es nuevo, todo es emocionante, todo me interesa. ¿Cómo quieres que me concentre en una sola persona? Tiempo habrá para el amor.

¿Y tú? ¿Por qué te agobias tanto con esa tontería de los besos de fiesta y de diario? ¿Es que no ves que nos han engañado desde pequeñas? ¿Por qué te parece tan tremendo lo que es un acto natural? Es, tal vez, el acto más digno de la escala animal y nosotros, seres inteligentes, lo sublimamos con el amor y por tanto lo elevamos a un rango superior.

Al día siguiente de mi primera experiencia, me levanté y era la misma de siempre. La misma cara, la misma mirada... Prácticamente no me dejó huella. Pensé: lo que era tan terrible pasó y ya ves, como si nada. Ni siquiera sentí placer. Estaba muy asustada. Pero es verdad que miré al chico que había dormido conmigo

y pensé que tenía una intimidad distinta con él. Quizá no me inspiraba amor verdadero, pero sí una gran ternura. Seguramente más que la que sienten por sus maridos la mayoría de las castas mujeres españolas.

Sé que este no es ni será tu caso y por esa razón me angustia más tu preocupación. ¿Por qué ha de torturarte demostrar amor al hombre que has elegido y con el que vas a compartir la vida?

Piénsalo.

ELISA

L'Escala, mayo de 1952

Han pasado tres semanas sin novedad. Ya lo sabes, diario mío: Quim es un sol, lo quiero, ¿cuándo vamos a casarnos? He cumplido veinticuatro años y hace cinco que deseo que llegue el momento de casarme y de tener una vida independiente.

Estoy haciéndome un mantel que es un primor: tela blanca y margaritas amarillas bordadas. Estoy a punto de terminarlo y tengo ganas de verlo planchado y doblado, listo para estrenar. La impaciencia de esta larga espera me devora y dejo pasar el tiempo solo porque sé que me acerca al día en que seré suya.

Mis padres han empezado —¡por fin!— a pensar en una fecha. Lo hacen con pesimismo, expresando dudas constantes sobre nuestra economía... Finjo que no los oigo y sigo insistiendo en que el próximo mes de octubre sería una buena fecha.

L'Escala, 20 de julio de 1952

El último verano de soltera se me hace eterno. La impaciencia no me da un momento de reposo desde que me levanto hasta que me acuesto.

Coso, leo, paseo con Quim o con alguna amiga, pero los días se estiran y presiento que una vida más feliz, más plena, me espera escondida a la vuelta de la esquina.

No sirvo para esperar.

L'Escala, 7 de agosto de 1952

Todavía no puedo creer lo que ha pasado. Esta mañana, al despertarme, no me atrevía a abrir los ojos por miedo a que todo fuera un sueño, ¡pero no!, la noticia sigue siendo cierta: ¡tenemos casa!

Ayer por la tarde mis padres nos pidieron que los acompañáramos a dar un paseo. Me extrañó que mi padre estuviera en casa tan temprano, siendo viernes, pero como Quim tenía la tarde libre, salimos con ellos.

Íbamos paseando tranquilamente, Quim y mi padre comentaban la muerte de Stalin, que los soviéticos ocultaron todo el jueves y finalmente se supo a primera hora de la mañana. Mi madre y yo íbamos detrás, del brazo. Cuando estábamos a punto de salir del pueblo, al ver que no se paraban, pregunté a mi padre adónde nos dirigíamos, pero hizo un gesto negativo con la cabeza, sonrió misteriosamente y siguió andando hacia Sant Martí. Quim, mi madre y yo lo seguimos.

Caminábamos por la orilla del mar y la brisa nos despeinaba. Al llegar a la altura de la roca del caracol, mi padre se detuvo de pronto frente a una casita de dos pisos con un jardincito en la entrada. Los demás hicimos lo mismo y, entonces, mi padre se adelantó, abrió la cancela de madera de la entrada y dijo: «¡Hala, pasad! ¿No queréis verla?».

Quim y yo nos quedamos mudos —diría que él se puso blanco— y al final pregunté de quién era la casita. Dijo: «Vuestra».

¡Nuestra casa! ¡Qué bien suena! Lo abracé tan efusivamente que se tambaleó, y después empecé a besuquear a mi madre, mientras Quim sonreía. Nos han comprado esta casita que es una monada: pequeña, bien distribuida, soleada y... ¡con un poco de jardín!

Después de ver la casa —¡nuestra casa!—, fuimos a tomar un helado al Café y fijamos la fecha de la boda. Si todo sale bien, podría ser el sábado, 4 de octubre.

Sábado, 6 de septiembre de 1952

Mi vestido de novia será fabuloso, ¡el más elegante que se haya visto jamás! Hoy he ido con mi madre a casa de la modista, la señora Anita. Hemos elegido la tela —organdí de un blanco luminoso y satén de un blanco roto— y he aceptado la sugerencia de la señora Anita, que considera que «con este tipito que tengo» puedo permitirme el lujo de llevar un vestido ceñido. Será preciosísimo. Quim se va a volver loco.

11 de septiembre de 1952

El banquete será en Ca la Neus: cóctel de gambas y pollo campero con ciruelas y piñones. Tenemos preparadas, a punto para enviar, cerca de cincuenta invitaciones.

Todo va bien con los muebles que nos hace Miquel: he visto el tocador, la cama, las mesillas de noche y el armario..., todo de líneas sencillas, como de estilo colonial inglés, muy bonito.

Quim y yo nos llevamos muy bien desde hace dos meses largos. Menudean los besos de domingo, pero cuando digo basta, él obedece, a regañadientes pero con docilidad, porque sabe que este tormento de la abstinencia va a terminarse enseguida.

12 de septiembre de 1952

¡Es bonito con locura!

20 de septiembre de 1952

El ramo de novia será de calas. En la cabeza llevaré una diadema de satén, muy discreta, lo justo para sujetar el velo.

He acompañado a Quim al sastre: le están haciendo un traje gris, de gales, que le apetecía mucho, y el de boda, negro con unas rayas blancas casi imperceptibles.

La casa está preparada, impecable. Mi madre mandó pintar hasta los tiestos de la galería, todos iguales, de un color verde claro acertadísimo.

De vez en cuando, mientras como o voy a hacer un recado, oigo una voz en la cabeza que me dice: «¡Me caso! ¡Me caso con Quim Danés!», y, sin poder evitarlo, se me dibuja una gran sonrisa, aunque esté sola. La felicidad se me escapa por las comisuras de los labios...

29 de septiembre de 1952

Con mucha ceremonia, mi madre y mi abuela Valèria me han regalado todo el ajuar íntimo: ropa interior y de dormir. El camisón de novia es de color marfil, con mucha blonda —tal vez un punto demasiado transparente en el pecho—, y un par de medias, todo envuelto en papel de seda con grandes lazos de color azul celeste.

Pienso cada vez más a menudo en la noche de bodas y, como cualquier chica en mis circunstancias, o eso espero, me entra de todo: entusiasmo, miedo, esperanza, angustia, todo mezclado. Son momentos de esperanza, de expectación y de ignorancia. ¿Cómo será el día después, cuando haya cruzado el puente y esté al otro lado? Me da miedo que no esperar ni desear nada más, cuando ya todo esté descubierto y poseído, me deje un regusto agrio.

Está claro que tendremos la vida en común, y los hijos..., pero me refiero al Amor, al descubrimiento del amor que solo sucede una vez en la vida. Dentro de unas horas pasará lo que ha llenado de cavilaciones los últimos cinco años de mi vida, las conversaciones en el dormitorio de la residencia, las lecturas prohibidas y las películas fuertes que solo las chicas más atrevidas iban a ver y después nos contaban, las confidencias sobre nuestro primer beso de verdad...

1 de octubre de 1952

¡¡¡Solo faltan tres días!!!

Ayer no llegamos a leer el diario de la boda. Valèria reconoció que estaba cansada y demasiado emocionada para seguir. Hoy hemos salido al jardín y le digo que me limitaré a hacerle compañía. Hace una tarde suave de primeros de septiembre y solo se oye el murmullo de las hojas muy de vez en cuando.

Valèria me mira y el sol poniente que me da en la espalda la deslumbra. Se protege con la mano, huesuda, con manchas, y empieza a hablar sin que le pregunte nada.

Mis hijas vienen a verme todas las tardes sin falta, Màxima y Neus, más a menudo, a veces con los niños. Son monísimos y me encanta verlos, pero tengo que reconocer que, últimamente, me marean y prefiero la conversación íntima que pueda tener con las chicas cuando los niños no están mariposeando alrededor.

Las chicas y yo no siempre logramos hablar amablemente. Discutimos a menudo. Somos discutidoras por naturaleza y siempre surgen disputas, pero al final hacemos las paces. Lo cierto es que ahora las diferencias suelen ser a causa de los consejos que no paran de darme. Que tengo que salir a la calle, que tengo que moverme, que por qué no quedo con mis amigas... ¡Uf! ¡Si me dejaran en paz...!

Martina, como siempre, dosifica las visitas y, aunque sea injusto, se lo agradezco y la recibo con más entusiasmo.

Max me lo recrimina y además me reprocha incluso con más contundencia la actitud que tengo con Guillem. Dice que, aunque esté muy cansada y desanimada, cuando llega su hermano me esfuerzo por animarme y poner la mejor cara, y que con ellas todo son lamentaciones. Algo de razón tiene, suelo protegerlo porque los hombres, en este terreno, son más débiles. Pero también es cierto que Guillem ilumina la casa cuando entra tarareando alguna canción y me saluda desde lejos con su tono alegre: ¡Buenos día, mamá! Se sienta a mi lado y me cuenta cómo va el negocio, comenta con sorna la visita de un cliente muy pesado, me hace reír con ironías sobre su tía Consol...

Las chicas, lo reconozco, también se esfuerzan por evitar a toda costa que caiga en el desánimo. Se lo agradezco, pero se equivocan en el método. Me preguntan continuamente cómo me encuentro, qué me duele, y les digo que me

siento sola y desvalida, que tengo miedo. Claro: no hay aspirinas para estos males, y ellas se incomodan. La debilidad —cuando no es física, sino moral— se vuelve totalmente impúdica.

Para tratar de evitar que pasemos todas un mal rato, les digo que estoy bien, que pueden irse tranquilas; estas palabras aparentemente inocentes —a estas alturas ya no creo en la inocencia de las palabras—, les despiertan agresividad, la que genera el orgullo herido. Que soy injusta, que no me dejo ayudar, que qué más quiero de ellas, si vienen a verme a diario y me llaman y viven pendientes de mí... ¿Cómo hacerles comprender, sin ofenderlas, que es precisamente esta vigilancia extrema la que me merma ante mí misma? Que no quiero que me tengan entre algodones, que, al fin y al cabo, solo aspiro a vivir estos días, que seguramente serán los últimos, con plena lucidez, a pelo, intensamente. Me niego a vivirlos como una viejecita enferma, protegida y engañada, como una niña ingenua, como una minusválida sentimental.

A lo mejor es que no soporto saber que no soy necesaria para nadie. Quizá me dé miedo saber que hace muchos años que dejé de serlo.

Mucho más que el consuelo y el abrazo compasivo, necesito la conversación sincera que me permita revisar el camino que he hecho, diseccionar el recorrido que, para bien o para mal, me ha traído hasta aquí. Y eso solo puedo hacerlo contigo, que me ves como si todavía fuera una chica de veinte años.

—¿Una chica que va a casarse dentro de tres días? —le pregunto, esbozando una sonrisa.

Valèria asiente con un gesto de la cabeza y yo saco de la mochila el cuaderno del año cincuenta y dos.

Busco la fecha del 4 de octubre y no puedo evitar una expresión de sorpresa: la letra es diferente. Valèria suelta una risita. «¡Ya no me acordaba! ¡Es letra de Quim! Aquel día estaba tan cansada que le pedí que lo escribiera él.»

L'Escala, 4 de octubre de 1952

Hemos ido a comulgar juntos a las ocho de la mañana. Valèria, que ha tenido migraña los dos últimos días, se encuentra hoy perfectamente. El tiempo amenazaba lluvia, pero ha cambiado y va a hacer un día magnífico. Ha llegado «nuestro día».

Valèria quiere que deje constancia de todo lo que ha pasado hoy, dice que está muy nerviosa y muy cansada, demasiado emocionada. De acuerdo. Procedo.

De pie, junto al altar, espero la llegada de Valèria. Espero y... ¡ya! Suena la marcha nupcial. Avanza por el pasillo del brazo de su padre, con una gran sonrisa, anda lentamente. Hasta ahora estaba tranquilo, pero al verla acercarse se me aflojan las piernas. El vestido es una maravilla. Le veo los ojos a través del velo, me mira como solo ella sabe. La quiero. Me gusta.

Va todo como la seda. Mi «sí» suena firme y rotundo; el suyo, emocionado y suave. Nos damos la mano, muy fuerte. Ya estamos casados. El padre Reniu nos advierte de que ya podemos soltarnos.

Al salir de la iglesia nos llueven los besos y los abrazos: los padres, los amigos, todos nos felicitan. Valèria prodiga simpatía por doquier. Todo el mundo se alegra por nosotros.

El banquete es fantástico, bien presentado, bien servido —ella, pobrecita mía, tiene que comer otro menú por culpa de los vómitos de los dos últimos días—. Los familiares de fuera empiezan a irse durante el baile. Todo ha salido perfecto, tendremos un recuerdo precioso.

Vamos a casa, nos cambiamos de ropa, cargamos el equipaje en el coche que nos lleva a Barcelona. Y allí, en el asiento de atrás del automóvil, nos damos un beso largo y sin prisas. ¡Ya no soy malo!

Al llegar a Barcelona vamos a la Residencia de las Teresianas. Nos detenemos ante la puerta que tantos recuerdos nos trae y nos miramos. ¡Somos marido y mujer!

Nos reciben la directora y tres monjas, que abrazan a Valèria y la besuquean. La quieren mucho. (No me extraña.) Dejamos el ramo en el altar de la Virgen.

Vamos al hotel Oriente y subimos a la habitación que hemos reservado. En cuanto cierro la puerta tengo una sensación extraña, muy extraña. Estamos los dos solos en una habitación de hotel. Vamos a pasar nuestra primera noche

juntos.

Me gusta hablar en plural. Desde esta mañana somos «nosotros» para siempre.

Al día siguiente

Nuestra primera noche juntos ha sido un auténtico fracaso: nervios, vergüenza, miedo, angustia... Todas estas cosas han pesado mucho más que el deseo ferviente, que tampoco faltó. No sé por qué, pero me lo esperaba. Esperaba este primer fracaso de dos enamorados inexpertos y mal informados. Esto no significa que me diera igual, ni mucho menos.

Valèria se ha dormido llorando hacia las tres de la madrugada. Yo me quedé despierto. Cuando ha abierto los ojos con las primeras luces del día hemos iniciado el segundo intento, y después el tercero, que han acabado igualmente en fracaso. Es curioso, pero a partir de entonces se me ha ido pasando la tristeza, y también la rabia. Cuando hemos empezado a oír ruido en la Rambla casi estaba contento: Valèria es mi mujer, está dormida a mi lado y su intimidad es totalmente mía. Lo demás ya llegará. Habrá muchas noches.

13 de octubre de 1952

Vuelvo a ser yo. Valèria. La señora Danés (!). La segunda noche fuimos a cenar a un restaurante del Tibidabo. Antes de entrar dimos un paseo. Nos habría gustado ver Barcelona, pero la ciudad se escondía bajo una niebla espesa. Nos dio igual: andábamos abrazados, hablando de la noche anterior, confesando nuestras frustraciones, y la niebla parecía de atrezo, porque nos venía bien para estar protegidos de las miradas, incluso prácticamente de nosotros mismos.

La cena fue agradable. Y la noche, también. Nos amamos con más pasión y con más maña, con menos vergüenza y con menos miedo. Y ambos, Quim también, según me ha dicho, dormimos después ocho horas seguidas.

Figueres, 25 de noviembre de 1952

Carta de Elisa:

París, noviembre de 1952

Querida: me alegro muchísimo por tu felicidad sin paliativos. No me cabía duda de que Quim triunfaría absolutamente en tu corazón, como por otro lado ha hecho siempre, ¿verdad? Y veo que el embarazo no ha hecho más que acrecentar vuestro amor. Enhorabuena.

Celebro que te gustara el juego de café que te regalaron mis padres. A decir verdad, no me acuerdo de cómo era... ¿Te dije que estabas realmente preciosa el día de la boda?

¿Por qué no dejas de preocuparte por mí? No soy desgraciada, Valèria, me conoces (aunque a lo mejor se te está olvidando cómo soy, icon lo poco que nos vemos...!), no soy nada tiquismiquis. Me gusta vivir lo que se me presenta, soy feliz casi todos los días, pero no lo expreso tanto como tú, no es más que eso. Tonta.

Naturalmente, como me dices en tu carta, la felicidad nos vuelve más vulgares, y quizá por eso mis cartas te parecen poco emocionantes.

Tu felicidad, Valèria, es más completa que la mía, porque reposa sobre algo importante. Yo soy feliz sin motivo, simplemente porque soy optimista por naturaleza. La felicidad, para mí, no es un volcán, es un estanque de agua quieta. ¿Hay algo en este mundo tan milagroso y que a la vez se asuma con tanta naturalidad como ser feliz? En cambio, el dolor, que tendríamos que reconocer como una cosa natural, nos sorprende y nos desconcierta cada vez que nos alcanza.

Y tú dices que quieres ser más feliz todavía... ¿qué más puedes desear? Eres un caso especial: además de ser feliz eres consciente de ello.

París me vuelve loca, ¿te lo he dicho alguna vez? (Estoy en una mesita del Café Florette, en el Boulevard Montparnasse). Lo único que no me gusta son los precios: está todo carísimo, especialmente el café, y ya sabes que tomo mucho. Creo que al final voy a aceptar la invitación de un chileno pesadísimo que quiere salir a cenar conmigo... Tiene dinero, y para algo ha de servir. También me llevará al teatro, creo.

¡Ostras! Ahora se me acaba la tinta de la pluma, justo ahora, que estaba cruzando miraditas con un hombre la mar de interesante de la mesa de enfrente... Aquí los chicos son muy seductores, muy bien educados y, sobre todo, muy cultos.

El señor educado de la otra mesa me ha prestado una pluma para seguir escribiendo y, entretanto, lee el periódico.

No sé si te he contado algo del matrimonio de pintores que me alquila la habitación en la que vivo ahora: siempre se les llena la casa de amigos, que son músicos, filósofos, poetas o actores. Aquí la gente tiene toda clase de inquietudes y habla de política, de arte y de religión. Yo asisto a las reuniones y participo con mi francés, tan precario todavía. Y cuando se acaba la fiesta y me acuesto, estoy tan emocionada que no puedo dormirme. Siento un placer casi físico con esta vida trepidante que llevo. Estudio cerámica griega y escultura griega clásica en la Escuela del Louvre, pintura romana y escultura griega clásica en el Instituto de Arte e Historia de Grecia en la Facultad de Letras. Me queda poco tiempo libre, pero quiero trabajar por horas para ganar algunos francos. ¡Gasto mucho! Estoy asustada. A veces incluso paso hambre. ¡Todo es tan fantástico...!

Me he comprado *Le blé en herbe*, de Colette y *Le vieil homme et la mer*, de Hemingway. De este último habla todo el mundo aquí. ¿En España también? ¿Se ha traducido al castellano? Tengo que dejarlo: el señor educado empieza a mirarme mal. Mañana sigo.

El hombre de la pluma se llama Pierre Bertrand y es periodista, ayer nos fuimos a cenar, al final, y me prometió que me llamaría otro día...

He recibido carta del director del Instituto Alemán de Arqueología de Madrid; me ofrece la posibilidad de la beca de estudios en Alemania que había solicitado.

Valèria: ¡qué difícil sería encontrar un marido que me compensara de perder todo esto! ¡Qué suerte has tenido! Son muchas las chicas que se dejan engañar creyendo que aprender a cocinar fricandó para su marido es su misión en esta vida. (Verás cómo al final yo también aprendo a hacerlo.)

Bromas aparte: aquí las chicas de veinte años tienen más cultura que yo, que tengo veintiséis y he estudiado una carrera. La educación en España es muy deficiente, de verdad.

Valèria querida, tengo que dejarte, vienen a buscarme. Besos a Quim de mi parte y acaríciate la barriga como si fueras yo saludando a tu niño.

ELISA

Valèria se reacomoda en la silla de mimbre. Sé que le duele la espalda. Le propongo seguir yo en casa hojeando los diarios y que ella repose hasta la hora de la cena. Acepta enseguida, pero me advierte de que su vida, en los años que siguieron a la boda, no es muy entretenida: embarazos, pañales, papillas y nada más. Y tiene mucha razón. También hay largos periodos de silencio y alguna sorpresa, por ejemplo: abro el cuaderno de 1954 por una página cualquiera y la entrada está fechada en Barcelona.

Barcelona, 3 de octubre de 1954

Son las siete de la tarde de este domingo de octubre que todavía prolonga la claridad de los días. Quim trabaja en el despacho, en silencio, y la niña duerme plácidamente en la cuna, a mi lado. La casa respira pacíficamente al ritmo de estas tres vidas enlazadas en una. Ha sido este momento tan cercano a la felicidad lo que me ha impulsado a hurgar en la cómoda hasta encontrar este diario. El último día que escribí fue el 25 de noviembre del cincuenta y dos, hace casi dos años. En la última página escrita grapé una carta de Elisa desde París.

Vuelvo a leer sus palabras emocionadas de los días previos a la boda, la irrupción de la letra de Quim relatando el luminoso día en que nos convertimos en matrimonio y la escritura descerebrada y vital de Elisa haciéndome partícipe de su descubrimiento de la libertad lejos de casa.

No puede decirse que no me hayan pasado cosas en estos dos años, al contrario, pero debe de ser verdad que la felicidad lo envuelve todo en un papel de seda que atenúa las vibraciones. La verdad es que no he tenido necesidad de escribir, por eso no he escrito.

Los tíos de Quim, que tienen una farmacia en Barcelona, le propusieron que fuera a trabajar con ellos, ahora que ya tiene experiencia. Era una oportunidad de prosperar económicamente y, sobre todo, él veía muchas posibilidades de que pudiera yo encontrar algún día un trabajo relacionado con el mundo de la arqueología. A mí me pareció difícil y me dio cierto miedo

irme de casa con la niña, pero al final nos decidimos, de modo que ahora vivimos en el barrio de Sarrià, en una calle estrecha y bonita, en un piso moderno y muy soleado.

Dicho así parece fácil, pero no lo fue en absoluto. Necesité hacer un gran esfuerzo para no dejarme dominar por la indignada reacción de mis padres, que se resistían ferozmente a perderme por segunda vez, es decir, a dejarme marchar a Barcelona y, en esta ocasión, con el presentimiento de que sería para siempre. Así es que fue muy doloroso alejarnos de nuestras respectivas familias, de los amigos, de nuestro queridísimo Empordà.

Hicimos la mudanza en el mes de septiembre, con la pequeña Neus de dos meses en el moisés y un miedo cervical en las maletas. Con lágrimas en los ojos, cerramos nuestra casa recién estrenada y, para sentirnos acompañados y protegidos, cubrimos las paredes de este piso de marinas y cielos ampurdaneses.

Y aquí estamos los tres, con el piso arreglado a medias; Quim, muy pero que muy atareado, y yo, pendiente a todas horas de esta chiquilla de ojos risueños que no nos deja dormir por la noche.

Estoy muy cansada y esta vida de pañales, llantos nocturnos y eructitos no me apetece tanto como pensaba.

Tengo ganas de hacer algo que me ponga el cerebro en movimiento.

Barcelona, 10 de noviembre de 1954

El piso ya parece otra cosa y cada día me gusta más. Me gusta el portal, tan moderno, con las paredes pintadas de color azul verdoso, en contraste con las baldosas del suelo, que son muy oscuras, casi negras, con vetas blancas y grises.

Me gusta el tresillo de escay que compramos para el comedor y, sobre todo... Sobre todo me gusta el mueble bar que me regaló Quim porque vio que me había enamorado de él cuando lo descubrimos casualmente en el escaparate de una tienda muy importante de la calle Muntaner.

He puesto cortinas de tela muy ligera de color crema en todas las ventanas. Me gusta verlas ondear cuando abro por la mañana para ventilar toda la casa.

Neus es una auténtica preciosidad y es la niña más risueña que conozco. Cuando le doy el pecho, como tiene la boca ocupada y no puede sonreír, se ríe con los ojos. Y cuando lo hace y nos sostenemos la mirada un buen rato, me entra un escalofrío por toda la espalda que solo había sentido cuando me miraba Quim, al principio del noviazgo.

Barcelona, 21 de febrero de 1955

En Navidad pudimos ir seis días a L'Escala y la verdad es que pasamos unas fiestas muy especiales, sobre todo por Neus y Albert, el hijo de mi hermano, que nació el día 15 del pasado mes de diciembre.

Volvemos a estar en Barcelona, intentando sobrevivir a este mes de febrero tan frío... ¡con nieve y todo! A pesar de las temperaturas bajísimas, ayer Quim me convenció para ir al cine. Quería celebrar lo contentos que están sus tíos por el balance de sus primeros seis meses en la farmacia.

Le pregunté a Maria Mercè, la vecina del rellano, que me lo había ofrecido un montón de veces, si quería quedarse un par de horas con la niña. Ahora que ya no le doy el pecho resulta más fácil dejarla.

Fuimos a ver *Mogambo*, una película que transcurre en África, y casi me muero de envidia. Envidia de la belleza de Grace Kelly y de Ava Gardner, que no sabe una con cuál quedarse, envidia de estar en África, de ver las fieras salvajes de cerca, envidia de enamorarse de Clark Gable y vivir escenas tan románticas... Con todo, cuando encendieron la luz y volví a la realidad, me sentí culpable por no haber pensado en mi hija en toda la película y me entró una prisa desesperada por volver a verla. Llevé a Quim literalmente a la carrera y subí las escaleras de dos en dos hasta la puerta de Maria Mercè. Neus dormía en la cuna tan pacíficamente como siempre y no había hecho ni un ruidito en toda la tarde.

Barcelona, 3 de marzo de 1955

¡Elisa está en Barcelona! Para mí, la noticia —la excelente noticia— es que va a quedarse un par de meses, entre beca y beca. Pero ella está desesperada, dice que cuando viene aquí tiene la sensación de perder el tiempo (aunque estudia italiano y alemán, va a clases de tenis y su hermano le enseña a conducir).

Da igual: yo me alegro mucho de que esté tan cerca, de poder verla todos los días. Por la tarde salimos a pasear con la niña y vuelvo a reírme como hacía mucho tiempo que no me reía.

También hablamos en serio de muchas cosas... Ayer, por ejemplo, le confesé que a veces pienso que no quiero lo suficiente a Neus. Es decir, que no la quiero tanto como otras madres a sus hijos, y le conté que me resulta un poco pesado lo de los llantos por la noche y estar tan atada...

Y ella me tranquilizó diciéndome que todo eso es muy normal y que le pasa a todo el mundo, pero que las otras no lo dicen. Que cuando Neus tenga un par de años y razone, todo será mucho más emocionante y me parecerá fantástico poder «hacer» a una persona, mi hija.

Después de todo esto, tanto Elisa como yo nos dimos cuenta de lo curioso que resultaba que fuera ella quien me cantara las alabanzas de la maternidad a mí, y nos echamos a reír tan estruendosamente que asustamos a la niña y empezó a llorar con mucho sentimiento.

Barcelona, 19 de abril de 1955

Me he levantado con un dolor de cabeza terrible y un desasosiego que... He tenido que parar de escribir porque la niña ha vomitado la papilla que con tanta paciencia había conseguido que se comiera. La tenía en brazos mientras escribía y me ha manchado todo el diario...

Estoy muy inquieta: Elisa se marcha la semana que viene a Bonn y vuelvo a quedarme sola con la niña, sin hacer nada de provecho. Quim dice que sí, que hago cosas que valen: me ocupo de la niña, de él y de la casa..., pero no es eso. La verdad es que cada vez que pienso en la impaciencia que tenía por

llegar aquí, por verme casada y madre de familia..., me siento profundamente engañada. Me gustaría poder decírselo a las chicas jovencitas: no os caséis si no queréis convertirnos en mujeres cansadas, asexuadas y deprimidas.

Barcelona, 13 de mayo de 1955

Neus está muy acatarrada. Tiene mocos y no respira bien por la noche, tampoco tiene apetito y, cuando consigo que coma, se atraganta con los mocos y al final lo vomita todo. El médico dice que ahora, con el buen tiempo, se acabarán los constipados, pero...

Carta de Elisa:

Bonn, mayo de 1955

Querida Valèria: todas las mujeres casadas sois iguales. Lo queréis todo: un marido enamorado, unos hijos sanos, una casa muy bonita, bienestar y seguridad... y encima, emociones y romanticismo. ¡No pedís nada! Yo, de momento, tengo que conformarme solo con esto último, el romanticismo..., y con muchos inconvenientes.

Tengo un flirt con un holandés que se llama Hans. Es guapísimo, pero nos entendemos poquito en su alemán chapurreado, mi inglés a media lengua y una mezcla extraña que hablamos los dos. La verdad es que me gusta mucho más el director del Instituto Arqueológico, pero está casado y eso complica las cosas. ¡Pero es tan interesante! Tiene un sentido del humor que te morirías...

Pero, volviendo a tu tristeza... ¿No te parece que estaría bien tener otro hijo? ¿Crees que estoy loca? A mí me parece que esta niña tuya ya debe de ser, a estas alturas, una malcriada y una mimada, y que le conviene tener un hermano, y a ti..., porque como vas a tener otro tarde o temprano, cuanto antes, mejor, ¡y una cosa menos!

¡Anda, mujer, ámate! Besos y más besos.

ELISA

Barcelona, 5 de junio de 1955

Carta de Elisa:

Bonn, junio de 1955

Querida Valèria: ¡qué ridícula eres! ¡Coger el sarampión a tu edad! Chica, eso está bien para tu hijita, ¡pero no para una mujer con toda la barba, como tú!

Empiezo la cuenta atrás de la estancia en Bonn. Aunque la beca se acaba, podría quedarme; el Instituto Arqueológico me ha ofrecido trabajo, pero necesito cambiar de aires, la vida aquí me resulta aburrida y Hans es pesadísimo. Estoy preparando un viaje a Grecia...

¿Puedo pedirte un favor, Valèria? No me riñas más, anda. Ya soy mayorcita, ¿no te parece? Ni siquiera sé si tengo un lío con un señor casado (además, todavía no ha habido nada, era solo una idea). No voy a ir directa al infierno, como te imaginas: solo trabajo mucho, voy a iglesias y museos como loca, hago el amor muy de vez en cuando y hasta he ido dos domingos seguidos a misa (cuando vino mi madre a verme, lo reconozco).

Puedes considerar que llevo una vida pecaminosa, si te gusta la palabra, pero no me digas que «estoy tirándola por la borda».

Las que tiran la vida por la borda son las mujeres que van a la peluquería y a misa todos los días. Yo no. Yo estudio, trabajo, conozco a gente, aprendo cosas, visito lugares, tengo conversaciones interesantes sobre arte y política...

¡No me riñas más...! Si no me entiendes, acéptame como soy, ya que me quieres. ¿Cómo sabes que tienes la verdad absoluta? Tu vida no es mucho mejor que la mía, quiero decir que ni tú ni yo pasaremos a la historia por haber hecho grandes cosas... Tenemos una vida pequeña y cada una decide cómo quiere vivirla.

Ostras, Valèria, perdóname la filípica. Dale a Neus de mi parte un beso muy sonoro. ¡Y escíbeme pronto! Un abrazo enorme.

ELISA

L'Escala, 6 de agosto de 1955

Neus es un sol. Ya dice ma-ma y pa-pa y... ¡tat! Hace dos días que estamos en el Empordà y nos quedamos hasta el día después de la Virgen de Agosto.

Creo que estoy embarazada otra vez. A Quim le horroriza la idea, dice que es muy pronto, que la niña es muy pequeña..., pero yo me acuerdo de las palabras de Elisa y creo que tiene razón. Quiero tener un niño y quiero tenerlo pronto. Cuando haya criado a esta parejita, buscaré trabajo y, quién sabe, quizá me encuentre con Elisa en alguna excavación de un país lejano... Hace unos meses que vuelvo a leer todas las revistas y libros de arqueología que me caen en las manos.

Por ejemplo, me he enterado de que en Badalona están construyendo un museo sobre los restos de las termas romanas que descubrieron el mes de enero pasado en el Clos de la Torre. Son unos baños públicos milenarios, un descubrimiento espectacular... ¡Cuánto me gustaría trabajar allí!

Barcelona, 1 de octubre de 1955

Ayer se mató James Dean en un accidente de coche. Solo tenía veinticuatro años. Oí en la radio que en América los jóvenes, y sobre todo las chicas, lloran por las calles.

Yo lloro todas las noches y no es por James Dean. No sé qué me pasa: supongo que es por el embarazo. Estoy mareada todo el día y al anochecer siempre me entran ganas de llorar. Quim dice que está preocupado, pero...

Barcelona, 13 de enero de 1956

Estamos pasando un invierno muy frío. La niña siempre está acatarrada y yo me las veo y me las deseo para vestirme, con esta barriga inmensa que me precede...

El padre de Elisa murió antes de Navidad; huelga decir que ella vino a Barcelona. La consolé cuanto pude, pero me temo que ese dolor solo se pasa con actividades de todas clases. Elisa necesita viajar, trabajar, conocer gente, estudiar. Si tuviera que llevar la vida que llevo yo, se moriría.

Yo voy tirando, pero la verdad es que echo de menos con bastante desesperación hacer algo gratificante y le he dicho a Quim que cuando el niño o niña que esperamos tenga un par de años —Neus ya irá al colegio—,

buscaré trabajo. Está de acuerdo.

Marzo de 1956

Carta de Elisa:

Roma, marzo de 1956

Queridísima y añorada Valèria: no te preocupes tanto por mí, estoy mucho mejor. Pienso a menudo en mi padre y me preocupa mi madre, porque seguro que se pasa el día llorando, pero mi vida aquí, en Roma, es tan intensa que no tengo tiempo para deprimirme.

Me gusta mucho que me cuentes cosas de tu niña..., ¡faltaría más! ¿Por qué piensas que por no tener hijos no puedo entender los sentimientos que despierta la maternidad? Es como si yo me disculpara por contarte cosas de mi vida profesional o sentimental. Por cierto, tengo un flirt nuevo: es suizo, católico y arqueólogo. ¡Cuántos defectos en una sola persona! No estoy enamorada, pero él sí que lo está de mí y, ya sabes, es muy agradable que alguien esté pendiente de ti.

Aparte de esta frivolidad perdonable (¿no la perdonas? Yo sí), trabajo y estudio mucho.

¿Y tú? En tus últimas cartas se nota que ya tienes ganas de hacer algo más que cuidar niños. Cuando nazca este segundo —o segunda—, busca a una mujer que se quede con ellos unas horas al día y ponte a trabajar en un museo. ¿No te da miedo que se te oxiden los conocimientos? Y no me vengas con el cuento chino del dinero..., con lo que ganes podrás pagar a esa mujer. Da igual si te gastas todo el sueldo en eso, lo ganarás en salud mental, créeme.

Me fastidia que dediques toda tu inteligencia —más brillante que la mía— y toda tu creatividad —infinitamente más brillante que la mía— a las cazuelas y a las papillas.

¿Sabes una cosa? Este verano, cuando vaya a pasar las vacaciones en Barcelona, iré a buscar a tus dos incordios y me los llevaré unos días conmigo para que te quedes tranquila. Además de hacerte de niñera, también puedo ir a la compra y cocinar. A la limpieza no me comprometo.

ELISA

Barcelona, 11 de abril de 1956

El embarazo se me está haciendo interminable. Me paso el día en el sofá pendiente de Neus, que, pobrecita, se porta muy bien y se entretiene con los juguetes de encajar sin hacer ruido. Me matan el dolor de espalda y el aburrimiento. Leo y sigo leyendo —dos jóvenes autores castellanos que me emocionan: Delibes y Sánchez Ferlosio— y espero que llegue Quim y me cuente lo que pasa fuera de casa, en el mundo de los vivos.

El ambiente político está trastornado: muchos obreros de Barcelona se han puesto en huelga y el gobierno está que trina. Los trabajadores no están de acuerdo con la mejora de los salarios que aprobó el consejo de ministros. Parece que el gobierno ha cerrado algunas fábricas para acobardar a los trabajadores. No sé cómo va a terminar esto...

Barcelona, 25 de abril de 1956

El día 19 de abril nació nuestro pequeño Guillem. No había pensado en un nombre de niño porque tenía el presentimiento de que sería otra niña. Me gusta que sea niño.

En cuanto Quim entró emocionadísimo en la habitación supe que este niño sería su pasión. «¡Un niño!», decía una y otra vez, como si fuera un auténtico milagro. Por lo visto, él también creía que sería otra niña.

Guillem nació mientras el príncipe de Mónaco se casaba con Grace Kelly. Ella estaba tan preciosa que parecía de mentira.

—Entonces, Guillem y Neus se llevan muy poco, ¿no?

No llega a dos años. De pequeña, Neus era la niña más tranquila que te puedas imaginar. Se dormía enseguida por la noche, se entretenía jugando con cualquier cosa, silenciosa, siempre dispuesta a sonreír. Una niña deliciosa. Seguramente por eso enseguida me resigné con alegría a tener otro tan pronto. Menuda jugarreta para ella: con su buen carácter y su comportamiento impecable provocó el primero y más importante cataclismo de su vida emocional.

Cuando nació su hermano, Neus aún no tenía dos años. Era una niña dulce, de ojos pequeños y expresivos, risueña. Su padre estaba loco con ella. Por la noche, siempre se encargaba él de acostarla: «Déjame hacerlo a mí..., que no la he visto en todo el día...», y se pasaban más de media hora en la habitación; él le cantaba canciones, le hacía cosquillas, ella le contaba adivinanzas, le enseñaba los dibujos que había hecho... Yo admiraba a Quim, como siempre, porque supo relacionarse con la niña desde el primer día. Yo tuve que pasar un largo proceso de adaptación, superar la inquietud que me provocaba que aquella vida dependiera de mí, y estaba segura de que lo haría mucho mejor si tenía una segunda oportunidad.

En cuanto me quedé embarazada, Neus empezó a dormir peor por la noche. Se despertaba tres o cuatro veces, a menudo llorando, y no volvía a dormirse hasta que su padre o yo la acariciábamos y le decíamos palabras dulces en voz baja. Enseguida dije que la noticia del hermanito le había caído mal, pero todo el mundo quería quitarme esa idea de la cabeza, incluso Quim.

Cuando le preguntábamos si prefería tener un hermanito o una hermanita, Neus respondía con celeridad: «¡Un niño!».

Nadie más que yo detectó en ese deseo, formulado a media lengua, toda la angustia que sentía la pequeña de pensar que otra chiquitina dulce y afectuosa pudiera rivalizar con ella por el amor de su padre. Si el segundo era un niño, había alguna posibilidad de que el padre pudiera quererlos a los dos, a cada uno de una manera diferente.

Pero, aunque fue niño, Neus reaccionó según el manual de los niños celosos: agresividad y regresión. Fue doloroso ver a una niña tan pacífica convertida en una fierecilla imposible de amansar. Volvió a chuparse el dedo, a hacerse pis, a tener rabietas por cualquier tontería.

El pobre Guillem se quedó sin los ratos que Quim dedicaba a su hermanita, sin canciones ni cosquillas. «Es injusto», decía yo, pero Quim no tenía dudas: me dedico a quien más me necesita. Y ahora me necesita más la niña, es la más desgraciada.

Guillem sonreía en el moisés...

Albons, 3 de agosto de 1956

Estamos en Can Poc Oli, en Albons, en casa de los abuelos Danés, difuntos los dos, pobrecillos. Me he instalado aquí con Neus y Guillemet. Quim vendrá a pasar los fines de semana. De momento, de la posibilidad de vacaciones, nada de nada.

Parece mentira cuánto lo echo de menos. A veces me sorprende el deseo de volver a estar a solas con él, como cuando éramos novios. Lo necesito quizá más que entonces y nunca lo tengo del todo porque siempre se ponen por el medio su trabajo, los niños, la familia o mis ataques súbitos de pesimismo... Después me remuerde la conciencia porque, en el fondo, es como si deseara que los niños, mis soles, no existieran.

Se lo cuento a mi hermano y me sorprende confesándome que me tiene envidia. No me atrevo a preguntarle si él no echa de menos a Consol cuando está lejos. Aunque a lo mejor está siempre demasiado cerca. Le confío que cuando alguien, en una tienda o donde sea, se dirige a mí como «señora Danés», me sube por el cuello un calorcillo de pura satisfacción. Se ríe y me mira como si estuviera mal de la cabeza.

A pesar de todo me alegro mucho de haber venido al Empordà, porque he tenido ocasión de descubrir a mi padre en el papel de abuelo y de jubilado, y en ambos casos ha sido muy agradable. Los niños lo vuelven loco y se pasa el día fuera, en el jardín, jugando a las casitas con Neus, o a la pelota con Albert, o con Guillem en brazos, para dormirlo. Por otra parte, no tener la obligación de trabajar, lejos de angustiarnos como nos imaginábamos, le ha endulzado el carácter y nunca le había visto reírse tanto como este verano.

Can Poc Oli no es una casa muy cómoda, sobre todo porque tener el cuarto de baño en el patio de atrás es una lata, por no hablar de la humedad de las paredes... Y la verdad es que, después de comer, cuando cae el sol en vertical, el único alivio posible me lo proporciona el jardín, la sombra del níspero o de la magnolia, y allí me dejo acunar por las voces de los niños y por la escasa brisa que susurra entre las hojas de los árboles.

Barcelona, 10 de septiembre de 1956

Aunque ha sido delicioso pasar el mes de agosto en Albons, es muy agradable volver a nuestro piso de Sarrià, a nuestra casa, tan cómoda, con los muebles modernos y bonitos, y con nuestra intimidad recuperada.

Recibo carta de Elisa, que está desolada por la muerte de su admiradísimo Bertolt Brecht, y me doy cuenta, avergonzada, de que a mí se me pasó. Se lo cuento a Quim y me dice que es probable que la prensa de aquí no lo publicara. Si es cierto, significa que estamos sumidos en la ignorancia y que este régimen del general Franco nos obliga a vivir con los ojos vendados.

Roma-Friburgo, agosto de 1956

Querida Valèria:

Estoy pasando unos días muy tristes. Te echo de menos. La muerte de mi querido Brecht, al que he leído y releído con reverencia, me ha hecho pensar en mi padre que, a pesar de su talante conservador, fue quien me abrió las puertas de su biblioteca y me dio a conocer a Brecht y a otros muchos autores de los que aprendí muchas cosas.

Estoy perezosa como nunca, no tengo ganas de nada, como si todas las actividades que normalmente me ilusionan hubieran perdido sentido de pronto. También contribuye a esto que mi amor esté lejos de aquí: lo echo de menos...

Esta vida bohemia empieza a pesarme. Vivir en una habitación de dimensiones reducidas, con la ropa arrugada porque la guardo en la maleta —no tengo armario— y sin un espacio agradable para leer, sin poder recibir a amigos... ya no es emocionante, ahora me resulta terriblemente incómodo.

Ya sé que tu vida tampoco es muy fácil ni divertida, pero así son las cosas, chica, renunciaste voluntariamente a todo por un amor excepcional, que muy pocas personas pueden vivir. Y es un amor que, con los años, en lugar de mermar, crece constantemente. Es un auténtico milagro.

Esto de antes lo escribí hace diez días, pero aún no había cerrado la carta y ahora voy a terminarla en Friburgo. Ya estoy instalada. La habitación es cuadrada y luminosa, con una estufa de cerámica, que está encendida, un sofá cama con muchos cojines de colores, una estantería de libros, un armario, una especie de cómoda, un secrétaire de madera maciza, una mesita y dos sillones tapizados con

flores, una docena de cuadros horribles pintados por la propietaria de la casa, tres pinturas más que son reproducciones de impresionistas, una fotografía de una mujer que podría ser la mujer de un pastor protestante pero que, al parecer, es la madre de la propietaria, un reloj de pared, una lámpara con una pantalla que sería blanca en su día, con volantes de tela, y yo, perdida en este mar de objetos kitsch y viéndome obligada a apartar un sillón o a mover la mesa si quiero moverme. Hay una ventana repleta de tiestos por la que entra un poco de sol tibio que no es ni chicha ni limoná.

La habitación está en una casa de tres plantas, en el centro de Friburgo, a los pies de la Selva Negra, que es un bosque de abetos por el que puedes pasear la mirada hasta perder la vista. La ciudad es muy habitable, con jardines llenos de tulipanes, una catedral gótica que es para caerse de culo, fuentes y lagos artificiales, casitas de planta baja con tejados a dos aguas, cortinas blancas en las ventanas y señoras gordas que hacen pasteles. Así es el entorno en el que vivo y donde lucho a diario con esta lengua endiablada que hablan.

Empiezo el día con una ducha de agua helada, que resisto entre maldiciones, intentando convencerme de que debe de ser sano o de que, al menos, es más higiénico que no ducharse. A primera hora tengo clase de alemán y después voy al Instituto Arqueológico. Suelo comer en un restaurante de menú con una inglesa, un sueco y un alemán.

Ya está, ya sabes la vida que llevo aquí. Estoy bien, no te preocupes. Y ¿vosotros? ¿Qué hacen tus dos soles, la pequeña joya y el estorbo menudo? Cúbrelos de besos de mi parte, ¿eh? Y también puedes darle uno a tu atractivo marido...

Un abrazo muy largo para ti.

ELISA

Barcelona, 27 de noviembre de 1956

Carta (muy rara) de Elisa.

Friburgo, noviembre de 1956

Querida Valèria: lo que ha pasado en Hungría ha sido un mazazo horrible. Yo casi me había convertido al comunismo. Cuando lo de Polonia, parecía que se habían dado cuenta de que la fase de revolución se había agotado y que iban a poner en práctica las conquistas sociales. El hecho de dejar en libertad a los polacos para elegir a sus gobernantes parecía una prueba palpable... Y cuando empezó lo de Hungría, yo al principio estaba con ellos, me parecía lógico que quisieran defender su ideología. Dejar que Hungría se gobernara sola era perderla.

Pero no es justo matar a todo un pueblo para imponerle una idea, por muy sagrada que sea. Se equivocan. En lugar del gobierno de clase imponen el gobierno de partido. La política sobre la economía, el partido sobre la clase. El marxismo ha muerto.

¡Uf! Perdona la paliza. Seguro que todo esto te importa un pimiento, pero para mí era importante.

Y ¿se puede saber a qué vienen tus preguntas sobre el matrimonio? ¿Precisamente a mí? Naturalmente que no me parece mal dejar al marido por un gran amor, pero no me parece bien entregarse a la primera aventura agradable. ¿Qué te pasa? ¿Estás pensándolo? ¿Te has enamorado de otro? ¿Tienes un amante? No creo que sean recomendables los patinazos fuera del matrimonio, pero, si suceden, creo que tienen que perdonarse si el matrimonio lo merece.

No sé por qué me haces decir todo esto a mí, que no estoy casada. Te noto inquieta. Valèria: ¿de verdad pensabas que serías siempre feliz? Te casaste con el hombre al que querías, tienes dos hijos preciosos, todo te va relativamente bien. Ya debes de saber que absolutamente bien es imposible, ¿no?

Ya sé que nuestras pequeñas tristezas pueden hacernos sufrir, pero nunca tan desesperadamente como vivir una guerra, perder la casa o ver morir a un ser querido. Será porque, en las situaciones dramáticas, las personas somos capaces de crearnos pequeñas alegrías, y en la vida plácida, tristezas que no deberían serlo.

Aquí estamos tú y yo: la una, angustiada por la felicidad de su familia, la otra, preocupada por la revolución húngara. Pero todo saldrá bien mientras podamos hablar de ello, ¿no te parece?

Un beso para ti, uno para Quim, uno para Neus y uno para Guillem. ¡Que me dejáis sin besos!

Ya ves que a veces Elisa también lo pasaba mal..., pero en general la envidiaba. La veía crecer, progresar, hacerse más sabia, mientras yo me quedaba en el mismo sitio de siempre, pero el caso es que no sabía si ese era exactamente el sitio en el que quería estar.

Para evitar la sensación de inactividad leía mucho, constantemente. No me cansaba de leer ni de estudiar. Como ahora. Ayer vino mi cuñada y me encontró con la nariz metida en un libro de marcas de ánfora. No dijo nada, pero le leí el pensamiento: «¿Tiene cáncer y está de humor para estudiar?». Seguro que es lo que dice la gente: «¿Qué humor tiene todavía!», y no reparan en la crueldad que esconde la frase. ¿Acaso los enfermos, incluso los condenados, no tenemos derecho a «estar de humor»? ¿Debemos vivir sin ganas de hacer nada, sin reírnos nunca, en un rincón oscuro?

Estudio porque he estudiado toda la vida. Los libros me salvaron de la rutina, de la inactividad, de la frustración. He paseado por los libros porque no podía viajar a países lejanos a ver pirámides, ni sumergirme en el Mediterráneo a buscar barcos hundidos, ni excavar a pleno sol a ver si, con suerte, aparece un fragmento de ánfora.

Busqué refugio en los libros en los días más tristes, en las noches más largas, en las épocas de dolor. Leía y leía y, aunque a menudo lo hacía llorando y secándome las lágrimas con rabia, pasándome la palma de la mano muy deprisa por las mejillas, al terminar, cuando cerraba el libro, me quedaba como ingrávida, liberada de la opresión que antes sentía en el pecho y que me impedía respirar.

Ayer, en lugar de «estudiar» el libro de mi viejo colega Emili Farrés, *De la vinya a l'ànfora*, que me acababan de regalar, me concedí el placer de leer poesía. Susan Griffin, americana. ¿La conoces? Y en un poema titulado *La madre perfecta* encontré estos versos:

*¿Dónde está ella [la madre]?
¿Qué dice?*

Yo también me pregunté dónde estaba mi madre. Me lo pregunto a menudo, más que nunca. Al final, ¿será verdad el tópico de que solo la madre puede consolarnos cuando sufrimos?

¿Por qué la echo de menos, sabiendo que yo siempre había tenido una debilidad confesa por mi padre, que con mi madre no tuve ningún vínculo más allá del afecto más tierno, si al final habitábamos planetas diferentes, ella siempre más cerca de mi hermano que de mí...? Era la época en que tenía la sensación de que mi madre era un peso muerto sobre los hombros, siempre dispuesta a censurarme, a frenarme, a pedirme explicaciones. Y adopté una actitud de frialdad rígida, para protegerme de ese vínculo, que sabía que era para siempre. Por mucho que me molestara su mirada, amorosa pero evaluadora, sabía que no podía dejar de quererla, y eso me ponía nerviosa. Supongo que es habitual que el amor maternal acabe ahogando. Mis hijos también me han considerado un peso pesado sobre los hombros en algún momento. Incluso Guillem, con quien siempre me ha unido un lazo de terciopelo, más suave que con ninguna de sus hermanas.

Cuando mi hijo entró en un terreno al que yo no tenía acceso, cuando se hundió el puente por el que me acercaba a él, lo primero que sucedió fue que la perplejidad me congeló las palabras en la boca. ¿Dónde estaba nuestro antiguo diálogo? Después, poco a poco, aprendimos a convivir en el silencio. Yo empequeñecía, lo notaba. Le pedía amor, aunque no con lamentaciones ni lágrimas. Se lo suplicaba. Pero él se había endurecido tanto que no podía dármele y la lucha interna le dolía. Me hería con las palabras, pero también me dedicaba las miradas más tiernas y arrepentidas. Miradas de amor. Fue una larga travesía del desierto, áspera y reseca, la de su adolescencia tardía y sus paseos por terrenos inestables. Las noches de alcohol y no sé qué drogas, cuando su padre y yo teníamos que salir de casa por la mañana y él no había vuelto todavía. A mediodía lo encontraba dormido en la cama, vestido y apestando a humo. Y cuando finalmente conseguía que se levantara, no tenía fuerzas para sostenerle la mirada, que siempre había sido limpia y llana y ahora se enturbiaba como el mar antes de la tormenta.

Lo reconozco, su distanciamiento me dolía más que ningún otro, añoraba a mi hijo dolorosamente y me enfadaba mucho cuando Quim me decía que todo pasaría, que las chicas también habían vivido esa etapa, que estaba demasiado pendiente.

Pero tenía razón. Y la calma llegó con el amor, como tantas veces. Guillem conoció a Cloe, una muchacha de carácter sereno que evocaba las suaves ondulaciones verdes que llegan hasta el mar de su Bretaña natal.

Y Guillem volvió. Con su mirada risueña y su afectuoso optimismo. Pero en el preciso momento en que más cerca lo sentía, le fallé. Y todavía no sé si, en su noche más oscura, mi hijo se preguntaría, como en el poema de Susan Griffin: «¿Dónde está mi madre?».

¿Pensaría dónde está mi madre?, ¿pensaría que no estaba donde tenía que estar, que me necesitaba? Y cuando me viene a la cabeza, cuando entro en esta espiral loca de pensamientos negativos, no hay nada en el mundo que me dé serenidad. Aunque por fuera sigo impasible, con mi imagen de señora mayor y casi elegante pero moribunda, desde luego, por dentro ardo, tiemblo como si tuviera el epicentro de un terremoto en el vientre.

Hace muchos años que murió mi madre y ahora la echo de menos dolorosamente, tiernamente, como una hija.

Guillem

Fui a buscar a Guillem Danés a las oficinas de El Recer, la empresa que había fundado con sus padres y que ahora gobierna con la ayuda de su mujer. El Recer se dedica fundamentalmente a la rehabilitación de masías, casas rústicas y toda clase de locales, con especial atención a la restauración de los elementos antiguos y el mantenimiento de la estética propia del Empordà.

Guillem organiza todo lo que se refiere a la localización, compra y rehabilitación de masías y casas de pueblo, mientras que el negocio de compraventa y restauración de antigüedades, que en realidad es el núcleo por el que Quim Danés lo empezó todo, lo lleva personalmente su mujer, Cloe. Hasta hace muy poco, Valèria los ayudaba mucho en la sección de contabilidad, pero desde que cayó enferma, trabaja con ellos un joven administrativo.

En las oficinas de El Recer todo es bonito. El local —un antiguo establecimiento de salazón de anchoas— conserva las vigas catalanas del techo, el mobiliario consiste en piezas antiguas restauradas —una mesa de caoba con alas, una cómoda de marquetería en madera de boj, un reloj de pared isabelino— y hay flores frescas en todos los rincones. Guillem y Cloe son una pareja cordial y acogedora.

En estos momentos, esta mujer de ojos almendrados se ofrece, con su seductor catalán afrancesado, a cerrar El Recer y a quedarse con la pequeña Kwei-lan para proporcionarnos a su marido y a mí un rato propicio para que hablemos. Nos vamos al paseo y la conversación acompaña el caminar lento hasta el final.

De modo que quieres que te hable de mi madre, ¿eh? Para empezar, te diré que me gusta su nombre. Me gusta decirlo: Valèria Isern. También me gusta su voz, la reconozco aunque la oiga mezclada con otras voces, o de lejos, incluso si la deforma la tramontana. Me gusta recordarla cuando era joven y siempre llevaba a una cría pegada a las piernas, o cuando estaba con mi padre y se miraban de una forma que, en mi opinión, solo entendía yo. Pero también me gusta ahora, aunque esté vieja, enferma y asustada.

Me gusta acompañarla y saber que mi sola presencia la consuela. Me gusta cómo se asoma la sonrisa a su cara cuando entro en la salita y sabe que voy a abrazarla.

Seguro que te parezco el hijo más enamorado que has visto en tu vida. Y puede que tengas razón. Me lo dicen mis hermanas. Me lo dice mi mujer. Pero no creo que me lo reprochen. Mi madre y yo nos entendemos bien, nos gusta estar juntos y eso no hace daño a nadie. A nosotros nos abriga, nos conforta, nos alivia, y nos abandonamos como niños mimados que prolongan un baño de mar en agosto o disfrutan de un chocolate a la taza después de un chaparrón.

Siempre nos relacionamos con comodidad, del modo más natural posible, como si no hubiéramos modificado el vínculo de la madre y el niño. Haberlo restablecido es como un milagro.

He visto la transformación de la relación de mis hermanas con nuestra madre a medida que se hacían adultas. A veces la evolución se producía gradualmente y sin traumas, pero a menudo rectificaban el rumbo con brusquedad o sucedían alteraciones violentas. Actualmente es posible que Neus tenga una confianza más completa con ella que yo, quizá Martina ha establecido un lazo que no me puedo imaginar y puede que Max dependa de ella más intensamente que yo. Pero ninguna de mis hermanas ha estado a punto de perderla del todo. Yo sí. Fui yo el que se alejó, pero también el que la perdía a ella. No es fácil de explicar.

—¿Qué pasó?

En aquel tiempo vivía rodeado de tanto ruido que no oía lo que me decía, pero, como nuestro vínculo se basa en una comunicación fácil y directa, si no nos comunicamos, la relación se rompe, mejor dicho, se diluye hasta

desaparecer, y te aseguro que eso fue lo que estuvo a punto de suceder.

De adolescente tenía mucha energía y curiosidad, el prototipo, vamos: quería comerme el mundo, pero sin masticarlo, y la digestión prometía ser terrible. Vivir en la Costa Brava no siempre representa una vida plácida..., ya me entiendes. Los veranos, el turismo, la noche, demasiados estímulos para un alma inquieta y fácil de tentar como la mía. A los veinte años quería probarlo todo.

Mis padres reaccionaron de una manera comprensible, pero desproporcionada en mi opinión. Cuando empecé a suspenderlo todo en el bachillerato se alarmaron enseguida e iniciaron un asedio incesante que me asfixiaba. Querían controlarme a todas horas, evitar que me alejase de los amigos de siempre, garantizar mi continuidad en los estudios y, sobre todo, impedirme el acceso a un mundo a la vez oscuro y deslumbrante que ellos tenían cerca pero que no conocían.

A pesar de la presión conjunta de mis padres, no consiguieron ninguno de sus objetivos: dejé el instituto, empecé a apartarme de mis amigos de la infancia —sus padres conocían a los míos y el control era evidente— y me introduje en los ambientes nocturnos, rebosantes de experiencias tentadoras para mí, de peligros ciertos para mis padres.

Pasé dos años y medio completamente perdido. Sé que fueron dos años y medio de maltrato a mi madre y a mi padre. Y sobre todo a mí mismo. Las peleas con mi padre eran a base de gritos, palabras feas, portazos. Con mi madre no. Simplemente dejé de hablarle y ella se quedó paralizada, no supo encontrar otro camino para llegar hasta mí.

Creo que estaban a punto de ceder, me parece, a punto de soltar la cuerda de la que tiraba yo constantemente..., pero entonces conocí a Cloe. Estoy seguro de que mi madre la quiso enseguida por puro agradecimiento. Le atribuye unas virtudes casi milagrosas: una paciencia infinita, una sabiduría innata, mano izquierda. Yo siempre le digo que es mucho más sencillo, y, sin quitarle méritos a mi mujer, simplemente me enamoré de ella, mi primer amor de verdad, y ella habría podido hacer de mí lo que hubiera querido.

Afortunadamente, lo que quiso Cloe fue recuperarme para una vida completa, fuera del circuito infernal de la evasión nocturna, y que esta vida completa la compartiera con ella. No fue fácil, ten en cuenta que no hablo solo

de tabaco y alcohol...

Cloe solo tenía veinte años, pero el sufrimiento la había hecho madurar deprisa. Era una superviviente, estaba sola y me quería. Quería hacerme salir del cuarto oscuro, verme a la luz del día, y empezó a guiarme. Poco a poco, hasta dar con la salida.

Yo me dejaba llevar por sus labios, que suavizaban los míos, ásperos de tanta sed, y por su mirada, que era como una mañana clara y soleada después de muchos días de tramontana, y por su cadencioso acento francés, que parecía ordenar mi desorden. Y no hay nadie más tenaz que Cloe.

Después, una vez fuera del laberinto, reconstituí con facilidad la relación con mis padres y con mis hermanas y apareció la idea de fundar El Recer, el entusiasmo compartido con mi padre, la puesta en marcha del negocio, el cataclismo de su muerte justo cuando todo empezaba a marchar sobre ruedas...

—Pero has salido adelante...

No es ningún mérito, con Cloe y mi madre a mi lado, que me guían como si todavía fuera un niño pequeño. Te aseguro que solo me dejé llevar y recordé los sueños del joven Quim Danés, cuando en los años cuarenta y cincuenta iba a las masías abandonadas y hurgaba en ellas buscando trastos viejos que nadie quería, y se imaginaba aquellos cachivaches restaurados y bonitos, y nadie lo creía ni le veía futuro por ninguna parte.

Sí, en efecto, salimos adelante y con cierto éxito. Y ahora que tenemos a Kwei-lan ya he conseguido todo lo que quería. Hacía muchos años que esperábamos esto Cloe y yo. Hacía mucho tiempo que queríamos un hijo. Y ahora ya la tenemos y es perfecta.

—Perdona la indiscreción, pero... ¿por qué decidisteis adoptar?

Cloe se quedó embarazada hace cinco años. Estábamos eufóricos con la llegada del niño. Mejor dicho: yo estaba contento, ella... incrédula. Me lo decía muchas noches: «No puedo creer que se produzca este milagro, un hijo; es como si se me concediera la posibilidad de recuperar a mi familia, como si, en cierto modo, mi madre, mis abuelos resucitaran un poco». Pero cuando

estaba de siete meses, el niño murió. Murió en el vientre de Cloe y todavía no sabemos por qué. Tuvimos que provocar el nacimiento: qué paradoja, ¿verdad? Nacer y morir a la vez.

Cuando el médico me lo dijo no pensé en el niño perdido ni en mí, solo sabía que no iba a ser capaz de decírselo a Cloe. Creía que no soportaría más pérdidas. Otra más no. No podía decírselo.

Llamé a mi madre para que me ayudara. En realidad, quería que fuera ella la que se enfrentara a la tristeza inabarcable de mi mujer. Pero no estaba, no pudo estar allí aquella noche. Nunca la eché tanto de menos. Al día siguiente vino, y no se separó ni un instante de Cloe en las semanas siguientes. No sé si mi madre va a sobrevivir al cáncer. No sé si yo sobreviviré a su ausencia. Prefiero no pensarlo y hacer lo que he hecho siempre: ir a verla todos los días, abrazarla, quererla.

He vuelto al oncólogo. Visita de rutina, me dicen. Quizá sea esta la rutina de mi vida, como el juego de la oca: recorrer todas las casillas hasta que toca volver al médico, que te da aliento para jugar un poco más, hasta la próxima revisión... Y de oca en oca, hasta caer en la casilla de la muerte y ya está, se acabó la partida.

Lo peor es la sala de espera. Estamos todos allí y nos observamos disimuladamente. Intento saber quién está enfermo y quién tiene la suerte de venir solo de acompañante. En algunos casos es fácil: hay personas que llevan la enfermedad escrita en la cara —color roto, ojos tristes, fatiga—, otros, en cambio, gracias a la juventud o al maquillaje, consiguen encubrir el sufrimiento. Ellos, los otros, me observan a mí con la misma curiosidad: quieren saber si estoy enferma, si soy del grupo de los que ya estamos marcados con una cruz.

La mayoría llevamos radiografías o sobres con analíticas. La mayoría nos vemos sometidos a la conversación esforzada e intrascendente de nuestro acompañante. La mayoría acabamos cogiendo una revista, no para leerla, no podríamos, sino para usarla de parapeto, de pantalla, de protección contra las miradas ajenas.

El tiempo pasa con una lentitud enervante. Miro las litografías de la pared con detenimiento hasta que me las aprendo de memoria. Neus me ofrece un caramelo, dice que el ficus del rincón de la sala está precioso, que ella no consigue que las plantas de casa tengan ese verde tan brillante. Le digo, para tranquilizarla, que probablemente el ficus de la consulta sea artificial y por eso tiene un color tan reluciente y tan vivo. Una vitalidad falsa.

Tengo miedo. Miro el reloj y solo han pasado diez minutos. Me da miedo que me digan que me esperan sufrimientos y dolores de todas clases. Morir, y lo digo de verdad, no me asusta nada. Estoy convencida de que solo me

quedan unas migas de vida, las últimas gotas, y acepto evitarlas serenamente. He dejado atrás las gratificaciones del amor —el espiritual y el sexual—, del trabajo —físico e intelectual— y he sobrevivido, de modo que creo disponer de la suficiente valentía para perder lo que me queda: decir adiós a mis hijos, pedirles que se quieran, despedirme de mis nietos y desaparecer. Pero temo el sufrimiento, ya lo he dicho, y quizá más aún la angustia que les pueda producir mi sufrimiento. Lo encajarán, claro, qué remedio, cada cual a su manera: Neus, huyendo del dolor, fabricando palabras tranquilizadoras, que la consuelan más a ella que a mí; Guillem, dejándose consolar por la calidez de las lágrimas, la comprensión de Cloe, los besos de la pequeña Kwei-lan; Martina, negándose rotundamente a aceptar la derrota, rechazando la enfermedad, el sufrimiento, la muerte. Quiere que viva y me obliga a luchar. Y Màxima, con su mirada infinitamente triste, resignada, como un lamento.

Y yo: serena con Neus, afectuosa con Guillem, valiente con Martina, dulce con Max.

Después de oír estas palabras llego a casa y busco en los diarios de Valèria el rastro de estos hijos a los que tanto y tan sabiamente quiere. ¿Cómo eran aquellos niños?

Barcelona, 17 de enero de 1957

Cada día que pasa me organizo un poco mejor con los dos niños y las tareas domésticas, de manera que empiezo a tener tiempo para leer con atención el periódico y... con devoción los ejemplares de la revista *Ampurias*, que edita la Diputación. Ya he hablado con Quim de lo de buscar trabajo, algo que me haga sentir útil, aunque el dinero que gane tenga que invertirlo en pagar a una señora que cuide a Guillem mientras yo trabajo. Prefiero incorporarme en septiembre, porque al menos Neus empezará a ir al colegio y todo será más fácil.

No sé si Quim está completamente de acuerdo. Es decir, ni siquiera quiere opinar, dice que tengo que decidirlo yo..., pero me gustaría que me comprendiera de verdad y que mi regreso al mundo de los vivos le pareciera

tan imprescindible como a mí. Me da la impresión de que con esta vida que tengo ahora, tan pobre, ni siquiera puedo resultarle atractiva. Estoy apagándome, languideciendo, pronto no tendré nada que ver con la mujer de la que se enamoró. Cuando se lo digo, me cubre de besos y me dice que me quiere más que antes, «cada día un poquito más», dice.

Barcelona, 24 de febrero de 1957

He mandado cartas de presentación a todos los museos de Barcelona, a la Diputación y al Ayuntamiento. Mis padres no ven nada claro esto de que trabaje, siendo los niños tan pequeños. Tengo la sensación de estar un poco sola en esta batalla. Si no fuera por las cartas de Elisa...

Guillem es una preciosidad, de verdad, tiene unas facciones muy dulces, como los ángeles de las pinturas barrocas, con la cabeza llena de rizos y los muslos llenos de rollitos de carne.

Neus habla por los codos y te mueres de risa con ella. Es una niña muy despierta, lo entiende todo a la primera. También es extremadamente sensible y afectuosa. No puedo ser más afortunada.

Barcelona, 6 de mayo de 1957

Carta de Elisa:

Bonn, mayo de 1957

Querida Valèria: la vida en este país, atestado de alemanes, es mortalmente aburrida. Todo está muy limpio y ordenado, todo es racional, tienen muchas normas que todo el mundo respeta, pero no hay ni un soplo de fantasía. Después de haber vivido en Roma e incluso en la triste Barcelona de nuestra época universitaria, las ciudades alemanas me resultan completamente amodorradas.

¿Sabes lo que hacen los alemanes cuando se ponen transgresores y quieren desmadrarse? Beben sin parar, nada más. Bueno, también encienden velas en lugar de la luz eléctrica. Ya ves. Esta es su idea de alterar el orden.

Me rodeo de arqueología por todas partes: cerámica romana y escultura griega; escultura griega y cerámica romana. La verdad es que el Museo de Bonn me paga un sueldo que no está nada mal. No estoy descontenta: me encuentro bien, demasiado tal vez..., sin inquietudes, cosa que siempre es peligrosa, y con el campo de intereses muy limitado (la arqueología).

Leo poquísimos —literatura, se entiende; arqueología, hasta la indigestión.

Hace muchos días que no recibo carta tuya, ¿no? Escríbeme pronto, no me hagas sufrir pensando que a lo mejor te has enfadado o que estás desesperada.

Te mando un artículo que salió en la prensa alemana hablando de mi humilde persona. El periodista que lo escribió se enamoró apasionadamente de mí. ¡Quería casarse y tener hijos! ¿Me imaginas casada con un alemán? Enseguida lo convencí de que sería un fracaso rotundo..., ni siquiera quiero quedarme a vivir en Alemania. En realidad, todavía no quiero fijar mi residencia en ningún sitio. Tengo treinta y un años... Debería empezar a saber qué quiero hacer con mi vida, ¿no? De momento me engaño pensando que, si voy de un lugar a otro, conseguiré huir de mí misma. Quiero viajar, aprender, trabajar, conocer a gente interesante, quiero todo lo que pueda distraerme de estar a solas conmigo misma y de pensar en la inutilidad de todo.

Adiós, Valèria, escríbeme, que es muy penoso estar tan lejos de ti.

ELISA

Barcelona, 14 de septiembre de 1957

¡Sí, sí, sí! He recibido carta del Museo Arqueológico: iré tres veces a la semana para ayudar a organizar la biblioteca y el archivo. El sueldo es de risa, pero ME DA IGUAL.

Estoy eufórica, deseando que llegue el uno de octubre para incorporarme. Quim, un encanto: «Si tú estás contenta, yo estoy contento». Mi madre me repite continuamente la suerte que tengo de tener un marido que me deje trabajar.

Me voy a comprar un traje de chaqueta discreto pero elegante, y un par de faldas que combinen con las blusas que me hace mi madre. Supongo que no va a verme nadie, encerrada en el archivo, pero quiero estar guapa... aunque sea para mí misma y para creer que hago algo importante.

Estoy emocionada e inquieta, y preocupada por encontrar a la persona ideal para cuidar a Guillem y que yo pueda ir a trabajar tranquila (y echándolo de menos).

De momento he pedido a la vecina de arriba que pregunte a su madre. Es una mujer muy dispuesta, joven todavía, y estoy segura de que se alegrará de ganar algo por un trabajo tan agradable. Espero que me diga que sí.

Barcelona, 2 de octubre de 1957

Ayer fue el primer día. Pasé tantos nervios que incluso vomité a media mañana. Imagínate, el primer día de trabajo en el museo y me tuve que encerrar en el lavabo para echar el desayuno.

No había dormido nada y, entre unas cosas y otras, se me puso una cara que seguro que, cuando me presenté al director, debió de pensar que había contratado a una moribunda.

Por si fuera poco, estrené un conjunto de color rosa claro que seguro que me hacía más pálida y ojerosa todavía.

En el archivo trabajo a las órdenes de una bibliotecaria talludita, muy ordenada, aunque me parece que tiene pocos conocimientos de historia y arqueología... Se limita a hacer una ficha de cada libro, con el título, el autor y la editorial, y cuando tiene que archivar un documento diferente se aturulla. Me pareció un poco seca, pero creo que era una reacción defensiva ante una chica más joven y con un entusiasmo que debe de haberle parecido excesivo y fuera de lugar.

Quiero dejar constancia de una cosa en este diario, pero no tengo la menor intención de reconocerla delante de nadie, ni de Quim. Es que, aunque dejé a Neus en la escuela y a Guillem en casa con la señora Llúcia, me costó Dios y ayuda; bajé las escaleras llorando como una boba... El caso es que en el autobús, concentrada en lo que tenía que decir al llegar al museo y con la cabeza hirviendo de cavilaciones, no volví a pensar en los niños hasta el momento en que miré el reloj, cuatro horas después, y ya era la hora de salir.

No es que no quiera decírselo a Quim por temor a que se enfade, en realidad creo que le costaría creerlo. Yo, que he vivido pendiente, casi obsesionada por los niños estos últimos cuatro años..., ¿de pronto puedo pasar toda una mañana sin pensar en ellos! Tengo cierta sensación de desdoblamiento, como si Valèria madre y Valèria trabajadora fueran hermanas mellizas, idénticas, pero dos personas distintas. Supongo que es por la novedad y que más adelante podré hacer compatibles las dos personalidades. Eso espero, porque esta esquizofrenia sentimental es difícil de llevar.

Barcelona, 16 de noviembre de 1957

Hace seis días que me duele la cabeza. No me quedan lágrimas ni restos de comida en el cuerpo. Vomito dos o tres veces al día. Tengo los ojos enrojecidos e hinchados, me arde la frente, me paso la mañana en la cama y, aunque por la noche no duermo ni una hora seguida, estoy desvelada y el tiempo no pasa.

Mi pobre Quim se va a trabajar y me deja con una mirada de preocupación, compasiva, que recorre lentamente mi cuerpo dolorido. En la mesilla de noche ha puesto un vaso de agua, tres galletas maría, un pañuelo empapado en colonia para refrescarme la frente. Le oigo dar instrucciones a la señora Llúcia para que no me molesten, que me dejen dormir... ¡Ojalá pudiera!

Estoy embarazada de dos meses. Adiós, trabajo; adiós, Museo Arqueológico; adiós, arqueología.

Barcelona, 22 de diciembre de 1957

Oigo de fondo la cantinela de los niños de la lotería en la radio. He hecho las maletas: esta noche nos vamos a L'Escala a pasar las fiestas. Me encuentro mejor y, sobre todo, ya no lloro tanto. Todavía me remuerde la conciencia por este ser que llevo dentro...

Los del museo han sido muy comprensivos; el director me dijo que cuando estuviera dispuesta fuera a pedir trabajo, que seguramente no habría ningún problema para reincorporarme..., pero no sé, porque tres hijos dan

mucho que hacer para salir a trabajar fuera de casa. Soy consciente de que este embarazo pone punto final a mis aspiraciones profesionales. Ahora estoy desanimada, pero tengo la esperanza de que cuando me pongan al recién nacido en el pecho y le vea los ojitos, los labios, las mejillas...

L'Escala, 26 de diciembre de 1957 San Esteban

Ayer fue un día muy especial. Mis padres y Quim se habían propuesto rescatarme de la tristeza y prepararon una fiesta con tanta ilusión y delicadeza que les estaré agradecida mucho tiempo por esta demostración de amor.

La comida fue espléndida; la mesa, daba gusto verla. Consol vistió a todos los niños conjuntados, los dos míos y su Alberto, y te morías de risa.

Me regalaron un libro precioso de verdad, de tapa dura, con unas ilustraciones muy bonitas, que se titula *Historia y arqueología de las civilizaciones africanas*. Me come la impaciencia por llegar a casa y mirarlo con detenimiento.

Barcelona, 2 de mayo de 1958

Ha llegado el buen tiempo. La ciudad huele a limpio y estoy todo el día de paseo de aquí para allá, por todas partes, con el cochecito y la niña bien agarrada de la mano. Por la noche, Quim y yo volvemos a querernos como antes, con una ternura apasionada que creía que habíamos perdido. «Ahora te dejas dar besos de domingo todos los días, ¿eh?», me dice, burlándose de mis antiguos miedos.

Ayer celebramos el Día de la Madre. La verdad es que no nos acordábamos, pero Neus nos sorprendió al despertarnos, todavía en la cama, recitándome unos versos como regalo. Se los han enseñado en la escuela y dicen así (en castellano, evidentemente...):

A mi mamá(reverencia)

Mamita preciosa,

*mi dulce embeleso
deja que en tu cara
deposite un beso.
Deja que te estreche
con un tierno abrazo.
La Virgen me tenga
cerquita de ti,
sin tu fiel amparo
¿qué fuera de mí?
Te quiero, mamita,
te quiero y te quiero,
con cariño hondo,
con amor sincero.*

Quimet se puso de espaldas porque se le escapaba la risa, pero a mí me emocionó que la niña fuera capaz de aprenderse de memoria este poema tan largo, ¡y en castellano! Creo que la maestra está más dotada de paciencia que de buen gusto poético.

L'Escala, 24 de junio de 1958

¡Tenemos otra niña! Y no puedo imaginarme cómo será esta cría en el futuro: nació en el Empordà una noche de tramontana, mientras la gente encendía hogueras en la playa para celebrar el solsticio de verano.

El parto se precipitó (lo esperábamos para primeros de julio). Los planes eran pasar San Juan en L'Escala, dejar a los niños con los abuelos y volver a Barcelona para recibir tranquilamente al nuevo hermanito. Pero esta chiquitina decidió desbaratarlo todo: nació cuando quiso y donde quiso. Y también eligió ser una niña, porque Quim y yo estábamos convencidos, aunque no sé por qué, de que sería otro niño. Tenía que llamarse Martí: «Martí d'Empúries»,¹ dijo su padre bromeando. Bueno, aquí tenemos a una niña llorona y preciosa que ha nacido entre silbidos y estallidos de petardos, y que no tiene nombre.

L'Escala, 16 de octubre de 1958

La abuela Valèria sugirió que le pusiéramos Martina («No hay más que añadir una a»), dijo con su espíritu práctico y ahorrador). Al principio nos sonaba muy raro, pero, a fuerza de repetirlo, nos acostumbramos y al final nos gustó. Ahora me parece muy acertado para esta hija mía, rebelde y tozuda. Un nombre original para una niña con personalidad.

La pequeña Martina nunca duerme toda la noche seguida, no quiere comer a sus horas, tira la cuchara llena de papilla contra la mesa, patatea y manotea.

Estoy cansada y echo de menos a Quim. Ya no hablamos, ya no hacemos el amor, ya no leemos en voz alta poesías de Salvat-Papasseit. «Si conoces el placer del beso no te privas de besar...»

Los únicos que no se privan de besar son Neus y Guillem, que con sus voces balsámicas y sus abrazos torpes me consuelan de todas las tristezas.

He recibido carta de Elisa, hay novedades.

Bolonia, octubre de 1958

Querida Valèria: me imagino que estarás sentada tranquilamente en tu casa, que la pequeña Martina ya no llora tanto, que tu marido y tú seguís queriéndoos tiernamente, en fin, que estás en el Paraíso y por eso te has olvidado de mí. Estoy segura de que si hubiera algún motivo excepcional por el que no hayas podido escribirme lo sabría, de manera que sigamos como si no hubiera pasado nada con nuestra imprescindible (para mí, al menos) correspondencia.

Se acabó la beca alemana y ahora estoy en Bolonia como «enviada» del Diario de Barcelona para escribir artículos sobre la Italia monumental. ¿Qué te parece? ¿Te has quedado boquiabierta? Ya sabes que las influencias de mi familia llegan a todas partes. Le dije a mi madre que estaba harta de los alemanes y que me gustaría conocer Italia y... ¡dicho y hecho! Prefería empezar por el norte y por eso elegí Bolonia, que es una ciudad que me sedujo este verano, cuando pasé unos días

de vacaciones. Voy a estar en este país hasta que me canse de los italianos, que no son una maravilla, desde luego, sino más bien frívolos y superficiales, pero mucho más divertidos y creativos que los alemanes, claro.

Además, la arquitectura, la pintura, la escultura y el pasado de este país no se pueden comparar con ninguna otra ciudad de Europa.

Estos días puedes escribirme a casa de la familia Bonetti, que me alquila una habitación. Quiero buscar un apartamento soleado y trasladarme lo antes posible. Serás la primera en saber la dirección.

Entretanto escríbeme y cuéntame cosas de tu ya enorme familia.

Besos para todos.

ELISA

Barcelona, 25 de octubre de 1958

El jueves pasado enterramos a mi abuela Valèria. Nuestro Señor la premió con una muerte plácida —mientras dormía—, sin sufrimiento para ella ni para los demás. La muerte que preferimos todos. Quim me preguntó si me dolía no haberme despedido; le dije que de ninguna manera. He querido a mi abuela con una ternura y una constancia que no deja lugar a ningún cargo de conciencia. Me gusta que se haya ido sin avisar, sin despedidas dramáticas ni grandes aspavientos. Tal como era.

Hemos pasado el fin de semana en Albons con la familia Danés. Son unas personas buenísimas, especialmente mi cuñada Núria, la hermana menor de Quim. Hemos estado charlando un buen rato mientras mi suegra entretenía a los niños y me ha dicho que a su madre le cuesta mucho estar lejos de sus nietos. Le he confesado que yo, en Barcelona, me encontraba muy sola y que tenía una añoranza terrible. «Y ¿por qué no volvéis?», ha dicho ella. Y de repente ha sido como si se abrieran unas puertas y entrara la tramontana a sacudidas.

Naturalmente. ¿Por qué no volvemos? El trabajo de Quim no es gran cosa, se aburre, y el sueldo es discreto. Yo, con tantos niños, ya doy por perdida la oportunidad de trabajar y, para estudiar, lo mismo da aquí que allí.

Solo de pensar en la posibilidad de volver a L'Escala, a nuestra casita luminosa, a estar cerca de mis padres y de mi hermano... Voy a hablar con Quimet lo antes posible.

Al volver a casa me esperaba una carta de Elisa.

Querida Valèria: ¡ya tengo apartamento! Es una preciosidad, pequeño y nuevo, a estrenar, con el cuarto de baño decorado en verde claro, una cocina con mucha luz y un balcón cuadradito muy curioso. Está amueblado, no se puede decir que con muy buen gusto, pero lo arreglaré. Hay dos camitas que voy a colocar en ángulo y cambiaré las colchas marrones por unas de flores muy vistosas.

El armario no tiene remedio, es muy feo, pero la mesa y las sillas están bien. Voy a comprar unos grabados para colgar en las paredes y una alfombra de esparto que vi por poco más de 500 liras. Tengo calefacción y teléfono. Me gustaría que lo vieras. Podrías venir a verme, aunque no te daría de comer, porque, con tanta compra, me he quedado pelada.

He conocido a un chico chileno, un auténtico sabio de la Roma antigua. El otro día fuimos a cenar a una taberna y me presentó a un ingeniero milanés, que, cuando supo que no conocía Milán, me invitó a pasar un fin de semana y de paso a ir a la Scala. Sería fabuloso, ¿no?

Lo que voy a hacer de momento es quedarme en Florencia unos días con un amigo francés que tiene coche, para poder escribir el artículo para el Diario de Barcelona.

Ya ves que tengo muchos amigos, pero de amor en mayúsculas, nada de nada. De momento estoy bien así. ¿Y tú? ¿Eres feliz? A ratos, ¿no? Como todos, querida. Como todos. Besos para toda la chiquillería.

ELISA

L'Escala, 2 de septiembre de 1963

Hace casi dos años que no escribía en el diario. Han pasado muchas cosas y hoy, día de Santa Màxima, empiezo un cuaderno nuevo que compré ayer por la tarde en Torroella. Es una libreta de espiral con la tapa de cartón duro y

brillante, de color azul turquesa. En la parte inferior, en el centro, hay un espacio en blanco que imita a las etiquetas que pegábamos en los cuadernos cuando yo estudiaba. He puesto en tinta roja «1963».

No hemos venido a L'Escala para pasar la fiesta mayor. No tenemos que volver a Barcelona cuando empieza el colegio. ¡Vivimos aquí de nuevo!

Hicimos la mudanza a principios de verano y estamos otra vez en nuestra casa, un poco más encogidos y amontonados que en el gran piso de Sarrià, pero somos inmensamente felices. Este año, cuando la claridad de las tardes empieza a dorarse y se tiña de colores otoñales, aquí estaremos. Y a mediados de octubre, cuando la tramontana sople fuerte y nos corte el cutis, aquí estaremos. Y en Navidad, cuando se enciendan las lucecitas de los abetos en las casas detrás de los cristales, ¡aquí estaremos! Y recibiremos al buen tiempo en este mismo sitio y todos los domingos tomaremos el vermut en casa de mis padres, y mi madre preparará tostaditas con las anchoas que confitó el año pasado.

Nos espera una época de estrecheces económicas, lo sabemos, pero estamos dispuestos a afrontarlas. La familia nos ayuda en todo lo que puede: mi madre nos invita a comer a menudo, el cuñado de Quim le ha encontrado trabajo de camarero en el restaurante de un primo suyo. Aunque el trabajo es muy pesado, él está más contento que nunca, eufórico: dice que trabajar en un restaurante le permitirá conocer el mundo del turismo. Está convencido de que es el negocio del futuro, que cada vez van a venir más extranjeros —¡con la cantidad de ellos que ha venido este verano!— y que gracias a eso su viejo sueño se hará posible. Sigue pensando en buscar masías abandonadas para restaurarlas porque, según él, los franceses nos las quitarán de las manos. Dice (con tanta seguridad que me lo tengo que creer, aunque me parece que soy la única) que los extranjeros se volverán locos por pasar el verano en una masía catalana de piedra con el suelo de adobe rojo y las vigas del techo al aire, y con su cómoda y su mecedora... No sé yo.

Neus ya tiene diez años y es la que más protestó por el cambio de colegio. En Barcelona tenía ya unas cuantas buenas amigas. Pero este verano se ha pasado el día en la calle y en la playa con sus primos y los hijos de los vecinos, y me parece que ya no se acuerda de la ciudad ni de las amigas que no volverá a ver.

Guillem cumplió siete años en abril y está hecho un hombrecito. Es un escalense de pies a cabeza que solo es feliz en la playa jugando con las olas, recogiendo conchas o pescando con su tío.

Y la pequeña Martina... crece sin que nos demos cuenta. Es una niña muy espabilada y fuerte que se entretiene sola sin reclamar atención, como hacían sus hermanos. Prácticamente no ha estado nunca enferma y tiene la piel morenita y los ojos muy especiales, de un azul casi gris.

Estamos tan contentos que volvemos a querernos como antes, casi todas las noches. Quim dice que este reencuentro sexual se truncará si finalmente compramos, como yo le pido, un televisor. Aquí en L'Escala lo tienen algunas familias y a mí me pica la curiosidad. De momento, sin embargo, no tenemos posibilidades de comprarlo, con esta economía tan depauperada...

L'Escala, 26 de noviembre de 1963

Hace un mes que he empezado a «trabajar». Lo escribo así, entre comillas, porque no se puede decir que sea un trabajo de verdad. El Ayuntamiento quiere editar unos folletos para los turistas con información sencilla pero bien documentada de las ruinas de Empúries y del pasado grecorromano de la zona. Me han pedido que lo haga yo, y me pagarán. Poco, pero me lo pagarán.

No hay dinero que compre la felicidad que me ha proporcionado este trabajo.

Le he dicho a Quim que podríamos comprar la tele con el dinero que gane... La noticia del asesinato del presidente Kennedy me ha afectado mucho y creo que tener un aparato de televisión en casa, además de entretenernos, también nos ayudaría a recibir información del mundo exterior.

Cuando se lo digo lo niega rotundamente. Dice que la única tele que Franco va a dejarnos ver no va a aportarnos nada bueno... y ha añadido que sigue sin comprender cómo es posible que maten a un hombre bueno como Kennedy y que a los dictadores, con los que hay, ¡no les pase nada!

A mí la que me informa del mundo exterior es Elisa, como siempre.

Sus dos últimas cartas, ahora desde Bruselas:

Bruselas, noviembre de 1963

¡Valèria, Valèria, Valèria! Estoy enamorada. Muy enamorada. Terriblemente enamorada. Pero antes de empezar a decirte todas las cosas que sé que no te van a gustar, quiero darte las gracias por la fotografía que me mandaste. Tienes unos hijos realmente preciosos. Los cinco estáis magníficos, una familia que da gusto verla. Tu Quimet cada día está más atractivo, ¿eh? Enseño la foto a todo el mundo. ¿Te lo imaginas? Parezco una tía de verdad. Y todos opinan que tus hijos son muy guapos, todos sin excepción. Y esto tiene mérito, porque en general los europeos se ablandan más con los gatos que con los niños...

También estoy aprendiendo a cocinar, de modo que, entre una cosa y otra, me estoy convirtiendo en una auténtica amita de su hogar. ¡Ja, ja! Por cierto, no me habías contado lo divertida que puede ser la cocina.

¿Qué? Me estarás poniendo verde, ¿no? ¿Quieres que te hable de mi amor? Pues allá voy.

Se llama Pablo. Es chileno. Comunista. Casado. Ya está, ya lo he dicho. Y me gusta mucho, tanto que creo que podré superar mi educación represora, tantos años de conservadurismo en mi familia y el disgusto de mis amigas católicas...

He leído El Jarama y me ha gustado, sin entusiasmo. Claro que lo empecé nada más terminar La peste, de Camus, y era difícil que me gustara tanto, porque es una obra maestra. Y a Sagan, ¿la has leído? Un poco blanda, pero no está mal del todo.

Quizá vaya a casa esta Navidad. ¿Nos veremos? Espero que para entonces se te haya olvidado el pecado que he cometido y no me riñas. ¿Verdad que no? Valèria, que ya soy mayorcita...

ELISA

Bruselas, diciembre de 1963

Querida Valèria: dices que no me regañas, pero tu última carta se parece mucho a un sermón de las teresianas. Como debes de imaginarte, ya sé que tener un affaire con un hombre casado puede hacerme sufrir. He asumido el riesgo. Mi amor chileno es un hombre sincero que desde el primer día me dejó claro que cuando terminara su estancia en Europa regresaría a su casa, con su mujer y su hijo. Tal vez entonces tengas que secarme las lágrimas. Pero ahora, te lo ruego, idéjame compartir contigo esta felicidad que me dibuja una sonrisa permanente!

Fuimos a la Costa Azul, un recorrido en coche por carretera, junto al mar; cantamos canciones chilenas, nos llenamos los ojos de paisajes incomparables, recorrimos la Promenade des Anglais de Niza y ¡fuimos al casino de Montecarlo! ¿Te imaginas? Jugué a la ruleta... ¡y gané! Intenté convencer a Pablo de que esto del capitalismo no resulta finalmente tan malo... Es broma, claro. No hay nada más injusto que medio mundo tenga a su disposición toda clase de lujos mientras ciudades enteras de obreros viven una vida pequeña y desolada. Pero está bien ver un poco cómo viven los ricos. Y ahora estamos otra vez en la vieja Bruselas. Pobre Bruselas, tan gris, tan nublada, tan burocrática.

¡Y qué fantástico, el amor!

ELISA

L'Escala, 7 de enero de 1964

¡Los Reyes nos han traído la tele! Acaban de instalarla ahora mismo y parece que funciona. Nos quedamos todos un buen rato embobados viéndola. Es divertido tener «gente nueva» en casa. Los niños están entusiasmados y mi madre ha venido a casa solo para verla.

A mí me hace gracia, es cierto, pero los argumentos de Quim me han convencido y ahora me preocupa esta intromisión. ¿Vamos a encontrar tiempo para la lectura, para el trabajo, para el juego, para la conversación, para nuestros escasos silencios?

Los hijos de Valèria me advierten de que la salud de su madre se va deteriorando más rápidamente de lo que parece por su aspecto. Me pregunto si preferirían que no volviera y la dejara tranquila los últimos meses, tal vez semanas, de vida. Pero antes de que pueda formular la duda en voz alta, Guillem me pregunta si puedo venir a verla más a menudo, para que nos dé tiempo a hablar de todo. Me sorprende una vez más que a ninguno le moleste que haya irrumpido inesperada e intempestivamente en su intimidad familiar.

Es verdad que no me encuentro muy bien... Estas últimas semanas me duelen los huesos de una forma que no me deja vivir. Por eso me hicieron una gammagrafía, para descartar la temida metástasis. Mañana me hacen una ecografía y la analítica de todos los meses.

La espera hasta saber de qué me voy a morir, y nunca mejor dicho, me tiene angustiada. Esta mañana Neus me ha ayudado a ordenar los armarios, el caso es hacer algo para no pensar en los nervios. Mientras sacábamos la ropa y la poníamos encima de la cama, a mi hija se le ha escapado la risa: «Mamá, ¡no sé qué estamos haciendo! ¡Son los armarios mejor ordenados que he visto en mi vida!». Y he pensado, aunque no se lo he dicho, que no tiene mérito alguno. Porque no es que yo sea una maniática del orden, sino que no hay nadie que los desordene. Uso dos juegos de sábanas, cuatro o cinco toallas, y, para vestirme, poca cosa últimamente. Apenas salgo de casa.

No quiero hundirme en la tristeza, así que le digo a Neus que ordenemos la ropa —que está limpia, bien doblada y huele bien— por colores, que quedará muy bonito.

Los jerséis en dos montones: uno, siguiendo la gama cromática de los azules, y el otro, la de los colores terrosos. A la derecha, azul celeste, azul acero, azul marino. A la izquierda, beis, ocre, tostado, chocolate.

Entre las blusas colgadas hay más variedad de colores. Cojo un jersey de angora de color verde pálido y me lo acerco a la mejilla. ¡Siempre me ha parecido tan amoroso al tacto...! Y abriga mucho, le digo a Neus. Y entonces pienso que estamos a principios de octubre y que quizá, cuando llegue el frío del invierno, ya no estaré. Y de pronto me duele mucho no poder volver a ponerme el jersey verde de angorina. Ni la chaqueta de color avellana, que me quedaba tan bien. Y ¿la gabardina? Tal vez tarde en llover... Y los pañuelos, las joyas, los bolsos de piel, la lencería. Por un momento tengo la tentación de traducir los pensamientos en voz alta y proponer a mi hija —con mi diez veces macabro sentido del humor— que organicemos una tómbola en el porche de casa, como las que hacen en las películas americanas cuando quieren vaciar los desvanes de cachivaches. Da un poco de rabia saber que nuestras cosas son más duraderas que nosotros mismos.

Como los diarios que escribía, por ejemplo, que se han conservado casi intactos, con las hojas un poco amarillentas. ¿Qué cuaderno estás leyendo? ¿En qué año estamos?

L'Escala, abril de 1964

Ayer fue Domingo de Ramos. Fuimos a misa, todos *de estreno*. Todo el mundo miraba a los niños... y no me extraña. En Navidad había comprado una pieza de tela con la idea de hacer una americana a Quimet —lanilla fina, muy suave al tacto, de color gris con una rayita azul marino—, pero no encontraba el momento para llevarla a la modista. Una tarde se la enseñé a mi madre y me dijo que por qué no me hacía yo una falda. «Resultará muy original, con esta tela tan masculina», dijo. Y entonces me dio la idea: «La usaremos para los niños».

De modo que mi madre hizo dos falditas cortas, una para Neus y otra para Martina, y unos pantalones cortos para Guillem. Tuve la suerte de encontrar tres polos de color azul celeste para combinar. Neus llevaba cola de caballo, Martina, coletas, y una palma cada una, regalo de los abuelos Danés; a Guillem le tocó una hoja de palmera tan alta como un pino, y la blandía de un lado a otro como si fuera una espada, atemorizando a sus hermanas. Estaban muy graciosos. Yo estrené un vestido de color fresa ceñido en la cintura que me queda bastante bien. Quimet no paró de decirme cosas.

Al salir de la parroquia, mientras saludábamos a no sé quién, Guillem y Martina se pelearon mucho. El chico es un pesado y no para de hacer rabiar a la pequeña..., pero Martina tiene muy mal genio. Es tozuda y orgullosa y no quiere ceder nunca. Con un poco de suerte conseguirá todo lo que se proponga, pero como las cosas se le tuerzan, no sé cómo vamos a arreglarlo...

Guillem, en cambio, tiene un carácter travieso y juguetón. Solo quiere divertirse y pasárselo bien, pero es poco constante. Necesita distracciones continuamente...

Neus es una niña muy juiciosa. Quim me lo reprocha, dice que es muy pequeña para cuidar a sus hermanos, pero es ella la que lo propone, la que asume la responsabilidad sin que nadie le diga nada.

Siempre está dispuesta a ayudar, a cuidar, a recoger. Ahora bien, lo único que quiere a cambio es una atención especial por parte de su padre cuando llega la noche. Neus ha ido conquistando determinados derechos poco a poco, discretamente y con una constancia admirable. Antes de cenar, mientras se termina de cocer la verdura y yo acabo con el baño de los pequeños, consigue que su padre se siente en el sillón y ella se acomoda en su regazo. Ven la televisión y ella apoya la cabeza en el hombro de Quim. A veces él le acaricia el pelo o la mano que descansa sobre el muslo. Esta tierna estampa paterno-filial dura hasta que los dos pequeños entran corriendo en el comedor y se lanzan sobre su padre para besuquearlo o reclamarle atención de mil maneras diferentes.

L'Escala, junio de 1964

Hace un mes de junio tan cálido que por las noches dormimos con la ventana abierta. Ayer había luna llena y Quim me pidió que me quitara el camisón para contemplarme desnuda, encima de las sábanas, a la clara luz de la luna. Mientras él me acariciaba con la mirada, sentado a los pies de la cama, yo celebraba haber encontrado por fin, con los años, una tranquilidad de espíritu que me permite vivir la sexualidad con plenitud y sin la amargura de los remordimientos. ¡Qué lejos quedan aquellos besos de domingo!

L'Escala, agosto de 1964

Escribo con música de los Beatles de fondo. ¡Cuánto me gustan! Oigo una canción y pienso: «Esta es la que más me gusta». Y después, cuando suena la siguiente, digo: «No, no, ¡esta!». Y así sucesivamente.

Aquí, en la Costa Brava, los chicos —los extranjeros, pero también algunos del país— empiezan a dejarse flequillo como estos chicos ingleses. Es una moda poco favorecedora, pero supongo que nos acostumbraremos a ella...

Me preocupa Guillem. Le ha subido muchísimo la fiebre y el doctor Vila dice que tiene pus en las amígdalas. Evidentemente, no quiere comer nada. Y, como tiene mucha tos, no duerme por la noche. Está delgado y pálido. No parece él.

Túnez, octubre de 1964

Queridísima Valèria: ya ves desde dónde te escribo. Túnez. África. ¿Hay un sitio mejor para olvidar la tristeza de haber perdido a mi amor chileno? Se fue un martes y al día siguiente me ofrecieron la posibilidad de participar en unas excavaciones en las ruinas de Cartago. No tuve tiempo ni para pensarlo, como te puedes imaginar. El equipo lo dirige un eminente arqueólogo romano y parece que hay presupuesto para hacer un buen trabajo. Por cierto, el doctor Agazzini, cuando me conoció y se enteró de que me llamaba Elisa, anunció que él me llamaría Dido, como Elisa-Dido, la reina de Cartago. ¿Qué te parece? ¡Recibes cartas de la mismísima reina de Cartago!

Confío plenamente en la magia de este país y en el interés apasionado que me despierta su historia para poder mirar hacia delante con un poco de optimismo. El adiós de Pablo fue muy doloroso. Y ya sé que estaba avisada y que tú también me advertiste de que este amor me haría sufrir, pero ¿verdad que serás tan amable de no recordármelo?

Será mejor que llenes tus cartas de descripciones del ambiente de la Costa Brava en verano, que me hacen reír tanto, o de las anécdotas de tus hijos, tan graciosos, o de tus empalagosas declaraciones de amor por tu marido, que me ponen verde de envidia.

Con tanto amor reavivado se me ocurre que tal vez ampliéis la fantástica familia que habéis formado. ¿Es posible?

Cuídalos mucho a todos, aunque ya sé que lo haces y que aún te sobra tiempo para llenar folletos explicativos del pasado grecorromano de tu querido Empordà. ¿Cómo lo haces? ¡Eres una auténtica fuerza de la naturaleza, Valèria Isern!

ELISA

L'Escala, 1 de enero de 1965

Acabo de leer una novela que me ha trastornado. Se titula *La Plaça del Diamant*, de la escritora barcelonesa Mercè Rodoreda. Me la regaló Quim por Navidad. Qué maravilla. ¡Qué placer leer en catalán!

Compré un ejemplar y se lo mandé a Elisa. Tantos años descubriéndome autores de todo el mundo..., ¡esta vez voy a ser yo quien le descubra a una autora de primera línea! Estoy segura de que esta Rodoreda está destinada a ser un gran nombre de nuestra literatura.

La novela de la Colometa terminó de redondear unas Navidades felices. El día 25 pudimos reunir en casa a las familias Danés e Isern y ¡éramos diecinueve! Quim tuvo que pedir unos caballetes en el restaurante y mis cuñadas me ayudaron a cocinar. Los niños se lo pasaron tan bien que por la noche parecía que hubieran bebido champán.

Por la noche, después de habernos amado a conciencia, nos quedamos hablando hasta muy entrada la madrugada del acierto que ha sido volver a vivir aquí. Quimet me contó sus proyectos, en los que piensa y repiensa mientras sirve las mesas de franceses y alemanes.

El turismo aumenta de verano en verano y ahora tenemos visitantes incluso fuera de temporada. La fisonomía de todos los pueblos de la costa está cambiando mucho y dicen que, en las ciudades importantes, como Figueres, también empieza a notarse. Quim opina que pronto no vamos a reconocer «nuestra» Escala. ¿Y a nosotros? ¿Quién nos reconoce a nosotros?

23 de enero de 1965

Hace doce días que tendría que haberme venido la regla. ¿Será posible...?

12 de febrero

¡Estoy embarazada!

Túnez, marzo de 1965

Valèria: ¡enhorabuena! Este hijo va a cerrar el círculo de vuestra felicidad, ya lo verás. No le hagas caso a tu cuñada ni a sus comentarios perversos. Ni eres demasiado mayor, ni cuatro hijos es demasiado, ni sois unos inconscientes.

Yo sí lo soy, para que lo sepas. ¿A que no adivinas con quién tengo una aventura africana? ¡Con el mismo doctor Agazzini, el director de las excavaciones! No estoy enamorada de él, solo lo admiro profundamente y me parece muy divertido, con su aire de sabio despistado. Seré su pequeña Dido mientras dure la estancia en Cartago, después, tal día hizo un año.

Disfrutamos de unas veladas muy románticas paseando por la medina y hablando de literatura, de historia del arte, de política. A veces, cuando el doctor me recita a Dante Alighieri con la voz ronca y su acento romano, casi me parece que lo quiero.

Naturalmente sé que no se trata de amor. Ahora, visto con un poco de distancia, pienso que tampoco quise a Pablo. Creo que todavía no he conocido el amor y no sé si tengo muchas ganas de que suceda. Estoy bien así. Soy bastante feliz. Necesito una vida divertida, interesante, siempre diferente, y empiezo a pensar que esto es bastante incompatible con el amor y, por descontado, con la familia.

Esto no significa que tu vida con amor y con familia sea aburrida o menos atractiva, no creas. A veces, Valèria, te envidio sinceramente. Y siempre, siempre, te echo de menos.

Te abrazo tantísimo.

ELISA

L'Escala, agosto de 1965

Hace un calor inclemente. Parezco un transatlántico, esta barrigona no me deja maniobrar por la casa. A Martina le duelen los oídos. Guillem y Neus se pelean continuamente. Quim nunca está.

Rezo todos los días por mi estado de ánimo, tiene que mejorar antes del parto. No quiero recibir a mi cuarto hijo —ni siquiera hemos pensado en el nombre— con esta cara de mal humor.

L'Escala, 5 de septiembre de 1965

Mi cuarta hija decidió nacer el 2 de septiembre, día de la patrona de L'Escala, Santa Màxima. Ella sola eligió su nombre.

Como era pequeñita y respiraba con cierta dificultad, los médicos decidieron que se quedara en la incubadora unos días. Cuando llegué a casa sin ella me entró una tristeza enorme. Quim salió un momento y me trajo dos varas de nardo, una blanca y una rosada. Perfuman toda la casa.

L'Escala, 26 de diciembre de 1965

La pequeña Màxima es la recién nacida más pacífica que he visto en mi vida. Ayer se pasó todo el día en el capazo repartiendo sonrisas y ruiditos guturales para toda la familia, y... soportando estoicamente los pellizcos y las cosquillas de sus hermanos.

Hoy ha amanecido gris y lluvioso; Quim se ha llevado a los tres mayores a casa de sus padres para dejarme ordenar la casa en paz. El fregadero está lleno de platos sucios, hay que barrer el comedor y la salita, y tengo que planchar, y... ¿qué hago? Ponerme a escribir parando de vez en cuando para mirar a la niña, que duerme en la cuna. Tiene un perfil redondeado y las pestañas larguísimas, que le tiemblan de vez en cuando, como si suspirara. Es pequeña y redonda como las gotas que resbalan por el cristal del balcón. E igual de silenciosa.

Me llama Martina Danés para decirme que han ingresado a su madre en el hospital de Girona. Al parecer, es posible que no sea nada más que una simple gastroenteritis, pero, con los resultados pesimistas de las últimas pruebas, cualquier síntoma los pone en alerta.

Voy a verla con un ramo de tulipanes amarillos. Pensaba quedarme poco rato, pero insiste en que le haga compañía. Sus hijos hacen gestos de asentimiento.

Oye, dicen que me dejan salir un rato al pasillo, a estirar las piernas. Acompáñame. No, ponte al otro lado, que en este llevo el árbol de acero. Puedo apoyarme un poco en tu brazo, ¿verdad que sí? Vamos.

Tenemos que ir por el lado derecho porque, mira, el izquierdo está lleno de plantas y flores de los enfermos. Las sacan al pasillo para que no les roben el oxígeno. ¡Je, je! A mí ya me da igual y me gusta pasear la mirada desde la cama por los ramos que me regalan. Tus tulipanes son preciosos.

Es una de las pocas cosas buenas que me ha traído la enfermedad: vuelven a regalarme flores. No me regalaban tantas desde que tuve a mis hijos.

Quim nunca las repitió: cuando nació Neus, me trajo gladiolos rojos; cuando nació Guillem fueron rosas blancas; con Martina, una orquídea viva, y con Màxima, dos varas de nardo. ¿Descansamos un poco? Mira qué margaritas tan frescas...

Màxima

El día que había quedado con Màxima tuvimos que renunciar a la cita porque ella tenía migraña. Me dijo que suele coincidir con la tramontana. Al día siguiente, sin viento, con un cielo tan azul que parecía de mentira, quedamos para tomar café y detecté el rastro del dolor en sus ojos color de arena.

—¿Y qué quieres que te cuente, exactamente?

Ninguno de sus hermanos se había puesto a la defensiva, pero ella sí. A pesar de su aspecto extremadamente discreto, a pesar de sus gestos suaves, a pesar de su tono de voz, educado, casi dulce, la pequeña de los Danés estaba tensa y desconfiaba de mí.

—¿Cómo te encuentras? ¿Ya estás mejor?

Sí, gracias. Después de un ataque de migraña se me queda el cuerpo como la playa después de la tormenta, pero no me duele la cabeza, que ya es mucho. Mira, si lo que quieres es que te hable de mi madre, puedo empezar por esto, la fantástica herencia: la migraña. Aún la recuerdo cuando éramos pequeños, suplicando silencio con los ojos hundidos, escondida en su habitación. Yo siempre pensaba que se moriría, ponía cara de morirse. Mi padre nos mandaba a jugar fuera, a la calle, y se quedaba con Neus, que lo ayudaba. Cuando volvíamos, un par de horas después, la casa estaba a oscuras y en silencio, las persianas bajadas, mi padre y Neus hablaban en susurros. Y yo pensaba: ya está, mamá se ha muerto. Una vez, cuando a una amiga mía se le murió su abuelo, fui a su casa y era así: tinieblas y murmullos.

Pero al día siguiente mi madre se levantaba y se encontraba bien. Tenía el cutis ceniciento y los ojos hundidos, pero sonreía. Nos abrazaba a todos y aseguraba que ya no le dolía la cabeza. Y todo volvía a la normalidad: Guillem se metía conmigo a todas horas, yo respondía con patadas o pellizcos, él me tiraba del pelo y, al final, a llorar otra vez.

Y así hasta que una noche, a la hora de cenar, se oía golpear algún postigo de la casa. Mi padre se levantaba a cerrar las ventanas. «Parece que sopla la tramontana», decía, y mi madre asentía con la cabeza, como diciendo que ella ya lo sabía porque había empezado a dolerle la cabeza. Odio la maldita tramontana. Ya sé que es muy propia del país, que dicen que ilumina a los talentos creadores y que lo limpia todo, el cielo y el espíritu. Pero yo la odio. Por otra parte, también propicia el suicidio en los depresivos.

De pequeña aborrecía este viento que ponía enferma a mi madre y la alejaba de mí. Me parecía que tenía poca madre, que me tocaba poca, por decirlo así. Tenía que repartírmela con mucha gente, y, por si fuera poco, con la tramontana.

Y después, más adelante, cuando mis hermanos ya eran mayores y habría podido tenerla más para mí, pasó lo de mi padre. Desapareció de repente, y mi madre, como si no estuviera. Las primeras semanas, ella lloraba, todo el mundo lloraba. Yo también, pero yo lloraba porque sabía que mi madre ya no iba a poder estar pendiente de mí, y entonces me sentía mezquina, terriblemente egoísta. A veces todavía siento lo mismo.

A lo mejor es porque llegué tarde, cuando la familia ya estaba hecha y nadie me esperaba. A lo mejor por eso no habían pensado en un nombre para mí y me lo puso la casualidad, por nacer el día en que nació.

A lo mejor Guillem esperaba un hermano y por eso me acertó el nombre, masculinizándolo. Ahora todo el mundo me llama Max. Y me acostumbré, pero de pequeña me daba mucha rabia

Guillem siempre me hacía rabiar. Al principio nos peleábamos continuamente; ahora, en cambio, nos llevamos muy bien. Ya debes de haberlo comprobado: Guillem es tan simpático, tan *charmant*, que es imposible no llevarse bien con él. Con mis hermanas me llevo más años y las admiro demasiado para tener una relación íntima. Neus es tan eficiente..., lo ha hecho

todo muy bien, todo lo que se esperaba de ella. Y Martina tiene una personalidad tan extravagante... Sabe darle un toque único a todo lo que hace, a la forma de vestirse, a lo que dice.

—Tu madre dice que la más sensible eres tú.

... la más pánfila, la más vulnerable, la más desprotegida. Sin embargo, lo que mejor recuerdo de cuando era pequeña es que siempre había alguien cuidándome. Y la voz de mi madre: ¿Hay alguien con Max? ¿Quién está cuidando a la niña? Y mis hermanos ponían cara de fastidio y se pasaban a la hermana pequeña unos a otros como si fuera un peso muerto, un trasto inútil, una carga molesta. «Yo ya he jugado un rato con ella, ahora te toca a ti.» «Pero ayer me tocó llevarla a la playa, hoy te toca a ti.»

Siempre tenía la sensación de ser un estorbo. Como ahora, en realidad. ¿Por qué te cuento todo esto? Seguro que debes de tener cosas más interesantes que hacer. Parece que quiera darte pena... Creo que podemos dejarlo aquí, ¿no? Ya te he contado cosas de mi madre. Ya tienes lo que querías.

Después de la conversación con la hija menor de Valèria Isern, esta mujer que se niega a reconocer su belleza, busco a la pequeña Màxima en los diarios amarillos y azules de finales de la década de los sesenta.

Albons, julio de 1966

He venido a Albons con los niños y mis suegros. Quim va y viene porque, como es lógico, trabaja todo el verano. El turismo aumenta cada temporada. Este año han abierto diez o doce bares y restaurantes nuevos. Construyen apartamentos en dos o tres zonas de la costa. Como dice mi padre con pesar: «Pronto no vamos a reconocer el pueblo en el que nacimos».

En cambio, a mis hijos les encanta este fenómeno del turismo. Les parece que L'Escala se transforma en un lugar mucho más divertido y atractivo: siempre pasan cosas, hay más tiendas, los idiomas se mezclan en las calles, las chicas extranjeras lucen el cuerpo en la playa... Neus dice que es como si en invierno viviéramos en un pueblo pequeño y en verano, en una gran ciudad. No es exactamente así, pero la diferencia es evidente. Pero a mí me parece más nuestra L'Escala de invierno.

Sea como fuere, en Can Poc Oli estamos mucho más tranquilos y mucho más cómodos, sobre todo en el jardín, que me permite pasar las tardes sin tener que salir obligatoriamente, porque los niños pueden desahogarse y entretenerse. Juegan al escondite y las comiditas, trepan al níspero o saltan a la comba.

Entretanto, yo pongo una manta en la hierba, la lleno de muñequitos y piezas de madera y siento a Màxima en el medio. Es un ángel, nunca protesta si estoy cerca de ella. Se entretiene jugando y parloteando mientras yo, en la tumbona, leo un novelón de los que me recomienda Elisa. Al atardecer, cuando

el sol empieza a bajar, cierro el libro, lo dejo en el regazo y contemplo el cielo, el perfil del Montgrí, y me dejo acariciar por el aire fresco del ocaso. Vienen los niños porque tienen hambre, porque uno se ha hecho daño o porque ya no saben a qué jugar. Martina y Guillem se pelean por sentarse en mi regazo, Neus se pone a contarme con todo lujo de detalles lo que han hecho durante la tarde. Y entonces, todos los días sin falta, la pequeña Màxima, que ha pasado horas sin hacer un ruido, se echa a llorar de repente. Suelta un berrido agudo que al principio me asustaba mucho, creía que la había picado un tábano o que se había tragado algo..., pero no le pasa nada, solo que se rebela contra la intromisión de sus hermanos en nuestro plácido universo. Chilla, se congestiona y le caen unos lagrimones como gotas de lluvia.

Me quito a los mayores de encima, me levanto, la cojo en brazos, pero ya no hay nada que hacer, llora y llora hasta que se queda rendida, casi dormida de puro cansancio. Entro en casa, le doy un biberón de leche y la acuesto.

Después de esta escena tan familiar y cotidiana, los diarios de Valèria empiezan a limitarse a anotaciones breves referidas a la salud de los niños (G. y M. con sarampión; N. con fiebre y tos; Max ha vomitado tres veces) o bien con incidencias domésticas diversas (mueble comedor nuevo; pintamos piso; compramos un coche; Quim me ha regalado un abrigo de lana, etc.).

De vez en cuando encuentro una carta de Elisa prendida con un clip a la hoja de la libreta.

París, diciembre de 1966

Ya ves, Valèria, vuelvo a vivir en París, la ciudad en la que empezó mi libertad, el punto de partida de este periplo que me ha llevado a conocer países y personas tan diversas. Tengo la intención (pero no puedo prometerte nada) de quedarme aquí una buena temporada. Estoy un poco cansada de ir de un sitio para otro, me gustaría tener una casa que pueda llamar mía. Ya sabes, empezamos a hacernos mayores (¡el mes que viene cumplo treinta y nueve!) y, por lo tanto, conservadores.

Estas Navidades las pasaré en Barcelona, en casa de mi madre, que ha insistido mucho. Incluso se ha atrevido a chantajearme dejando caer que no se encuentra muy bien y a saber cuántas Navidades le quedan.

La verdad es que me hace ilusión verla, y a mis hermanos y a sus hijos, y sumergirme unos días en el ambiente familiar. Pero ya sé lo que va a pasar y seguro que no me equivoco: saldré a la calle buscando señales de modernidad en Barcelona, pequeñas grietas por donde haya penetrado el aire libre y cosmopolita de París, de Milán o de Londres. Pero Barcelona seguirá tan gris y provinciana como siempre y nadie va a decirlo en voz alta, y en mi casa las conversaciones girarán en torno a las películas de Marisol o a las novelas de Mercedes Salisachs. (Por cierto, he leído a dos escritoras españolas muy interesantes: Carmen Martín Gaité y Ana María Matute, ¡no te las pierdas! Y sí, finalmente leí a Rodoreda y me entusiasma tanto como a ti.)

Sé que más allá del entorno burgués y conservador de mi familia hay quien lucha contra el régimen de Franco. Sé que en Barcelona hay gente que se reúne y se mueve, sobre todo en la órbita comunista. Pero yo no conozco a nadie, estoy totalmente desvinculada y solo veo la Barcelona que me ahogaba y que quise dejar atrás al terminar la carrera. En resumen, para mí, como si nada hubiera cambiado.

Pero por suerte vuelvo a París el día después de Reyes, a recuperar esta vida que me he hecho a medida, buena o mala, pero mía. Sé que para ti sería muy difícil escaparte a Barcelona en plenas fiestas navideñas... Tanto como para mí huir de casa de mis padres para ir a verte («¡Para cuatro días que vienes...!», etc.). Qué podemos hacer. Siempre nos quedará París (si quieres venir a verme). O las cartas.

Siempre tuya,

ELISA

París, mayo de 1967

Querida Valèria: recibí la carta con las notas y los dibujos de tus hijos. Les voy a escribir una cartita a cada uno. Pero lo primero que quiero decirte es que tu cuñada es una imbécil, no sé cómo sigue soportándola tu hermano, con lo listo y divertido que es. No hagas caso de nada de lo que te diga, solo quiere impedir que seas feliz, porque es una de esas personas a las que les molesta la felicidad ajena. Me vas a hacer caso, ¿verdad?

Y, hablando de felicidad, te hago saber que he conocido a una persona que contribuye eficazmente a aumentar un poco mi felicidad. No te alarmes y sigue leyendo con calma, haz el favor.

Esta persona —que es un hombre, si quieres que te revele el secreto— se llama Jim y es americano, de Nueva York. Vive en París desde hace ocho meses y no creo que quiera quedarse aquí mucho tiempo más, o sea que no te hagas ilusiones (bastante me cuesta no hacérmelas yo solita). Es pintor. Sí, un artista, y muy bueno, por cierto. Tiene cuarenta y cinco años y, aunque parezca increíble, está soltero y no tiene hijos. Es, por lo tanto, un hombre libre, salvando el hecho de que pertenece a una familia numerosísima (nueve hermanos, no sé cuántísimos sobrinos y una madre que, según jura él, no es un plomo).

Me gusta. Me gusta lo suficiente para no querer perderlo de vista. El mismo día en que nos conocimos me propuso que me fuera con él a NY cuando llegue el momento. Me tienta, por la ciudad y por él. Ya veremos.

Escríbeme pronto, que, desde que te publican artículos en las revistas de arqueología, me tienes un poco olvidada. El artículo sobre Víctor Català y las ruinas de Empúries es realmente brillante. Enhorabuena.

ELISA

París, diciembre de 1967

Valèria, querida, ¿cómo estás? Me temo que tengo que pedirte disculpas por no haberte escrito antes. No sé qué me pasa, los días se me hacen cortos y no tengo tiempo para nada... que no sea querer a mi americano en París. Estas Navidades vamos a ir a Nueva York (con billete de ida y vuelta). Quiere que conozca la ciudad, que conozca a su familia, quiere que le diga que en primavera, cuando se vaya definitivamente de París, lo acompañaré y viviremos juntos en un apartamento cerca de Central Park. Me hago la dura, le digo que no lo veo nada claro, pero la verdad es que ya sé lo que voy a hacer. ¿¿¿Por qué extraña razón tendría que quedarme aquí si no está él???

Y hablando de amor, me he quedado de piedra con la noticia de que Neus está enamorada. ¡Por Dios! ¿Cuántos años tiene? ¿Trece? ¿i¿Tienes una hija de trece años?!? Se me saltaban las lágrimas de risa con tu descripción de su pose

romántica a lo Margarita Gautier. ¿Y qué piensas tú del muchachito en cuestión? Siempre has sido muy exigente, nunca te gustó ninguno de mis amores. Pero prepárate, porque Jim te va a gustar mucho. Es una orden.

Dile a mi pequeña Neus que su «tía» Elisa también está enamorada y que la comprende perfectamente. ¿Será posible? No me imaginaba que esto pudiera pasarme a mí. Ya ves: si ahora te trasplantaran mi corazón, no notarías mucha diferencia con el tuyo, ¡está lleno de amor, a rebosar!

Te escribiré cuando vuelva de Estados Unidos. Besos para todos.

ELISA

Me detengo justo aquí porque oigo reírse a Valèria. Levanto la cabeza y la veo como no la he visto nunca: los ojos brillantes, la expresión relajada y juvenil. Se sujeta las costillas porque la risa debe de hacerle daño, pero, al verle la cara, me convengo de que en realidad le sienta muy bien.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Ay..., espera, espera que recupere el aliento. Es que... No te has dado cuenta, pero, a ver, vuelve a leer las últimas frases de la carta...

A ver: «No me imaginaba que esto pudiera pasarme a mí. Ya ves: si ahora te trasplantaran mi corazón, no notarías mucha diferencia con el tuyo, ¡está lleno de amor, a rebosar! Te escribiré cuando vuelva de Estados Unidos. Besos para todos. Elisa».

Y habrás creído que eso del corazón era un recurso poético, que Elisa, en ese momento de enamoramiento total, lo escribió porque sí, ¿no? ¿No sabes lo que pasó aquel mes de diciembre de 1967? El doctor Barnard anunció al mundo que había realizado el primer trasplante de corazón de la historia. No puedes ni imaginarte el impacto que tuvo la noticia. Estábamos todos perplejos de pensar que el corazón, el lugar donde guardábamos los sentimientos, era en realidad un órgano como los demás. Un órgano vital del que depende la vida, pero que puede pasar de una persona a otra y seguir funcionando. No sabíamos si trasplantando el corazón trasplantábamos también los afectos, las angustias, el enamoramiento. Ahora parece una

tontería, pero... por eso le escribí a Elisa proponiéndole el juego de imaginar qué pasaría si nos hicieran un trasplante mutuo de corazón. A ella el mío y a mí el suyo. ¿Me volvería yo una mujer independiente, libre y decidida? ¿Se convertiría Elisa en una persona más juiciosa, fiel a un solo hombre, absolutamente maternal?

Se me había olvidado esta anécdota y, ya ves, me ha hecho mucha gracia oírlo, recordar lo ingenuas que éramos... Pero sigue leyendo, por favor.

París, enero de 1968

Querida y añorada Valèria: nadie, y tú menos que nadie, tendría que morirse sin haber estado en Nueva York. Tienes la suerte de que a partir de este verano va a vivir allí tu mejor amiga y podrás ir a verla.

NY es una ciudad fantástica y estoy deseando irme allí a vivir, con Jim, y tocar las nubes con las manos. Y no lo digo en el sentido romántico, quiero decir que nuestro apartamento está en un piso diecisiete. ¡Que se note que vivimos en la ciudad de los rascacielos! ¿No te parece?

La familia de Jim es enorme, caótica, divertida, insoportable. Su madre es todo eso y mucho más, pero también muy independiente y, por lo tanto, espero que no nos moleste mucho. Además, como son tantos a repartir, como mucho nos va a tocar aguantarla una vez al año.

Mi madre se ha tomado fatal la noticia de mi traslado a América. Ha dicho barbaridades como torres; por ejemplo, quién sabe si todavía estará en este mundo cuando yo pueda volver a Barcelona. ¡Como si tuviera que cruzar el océano Atlántico a nado! En fin, qué le vamos a hacer. Estoy eufórica y ya me he puesto en contacto con el Museo Arqueológico de NY para colaborar con ellos. También voy a escribir artículos para revistas europeas de historia y de arqueología. Voy a trabajar como nunca, pero quiero que me quede tiempo para conocer gente, ir a ver todos los museos y todos los musicales de Broadway, viajar a todos los rincones de Estados Unidos...

¿Por qué no me prometes que vendrás a vernos? ¡Todavía no conoces a mi futuro marido! Ah, sí, ¿no te lo he dicho? Nos casamos el próximo mes de junio en América. ¿Te lo puedes creer? Voy a ser la señora Townsend. No, no, es broma; seguiré siendo Elisa Saumell, como siempre.

¿Y vosotros? ¿Qué tal estáis? ¿Ves lo egoísta que puede llegar a ser una persona (cuando se enamora)? Solo hablo de mí, de Jim, de NY, de nosotros. Quiero que me escribas y me cuentes con más detalle cómo va el negocio de Quim. A mí siempre me pareció una gran idea, que mezcla su amor por las antigüedades con una gran posibilidad de ganar dinero. Anímallo, ciérrale la boca a tu cuñada. Un beso.

ELISA

París, mayo de 1968

Querida Valèria: recibimos vuestro regalo. Una auténtica maravilla. Dale muchas gracias a tu marido de nuestra parte y dile que no va a haber ningún otro apartamento en todo Manhattan que tenga una cómoda catalana del siglo xviii. ¿Y dices que la recogió en una casa solariega de Regencós? ¿Es posible que la familia la tuviera en el desván tantos años? ¿No eran conscientes de lo que tenían? En fin, está claro que esta cómoda va a sentirse más valorada y va a ser más feliz en nuestra casa, aunque sea un piso diecisiete.

¿Has visto lo que está pasando en París, con la revuelta de los estudiantes? Están las aguas muy revueltas... El lunes volcaron coches y unos estudiantes arrancaron adoquines del pavimento para tirárselos a la policía. La verdad es que la narración de un amigo que estuvo allí era espeluznante. Y ayer, cerca de la Sorbona, dicen que los parisinos que viven en la zona ayudaban a los manifestantes y se unían a la revuelta. La carga de la policía volvió a ser brutal. Se habla de un millar de heridos. Jim oyó decir que se va a convocar una huelga general y una manifestación multitudinaria para el lunes. Ya te contaré. Y sí, tendré cuidado, ino te preocupes!

ELISA

París, junio de 1968

Valèria: he vivido las semanas más intensas de mi vida y no sé por dónde empezar a contártelo. Jim y yo hace días que prácticamente no dormimos. Estamos agotados y vacíos. Hemos vivido desde la emoción más intensa y la exaltación

máxima hasta el desánimo más rotundo que ahora nos invade. Estamos en el día después de la batalla y me da la impresión de que lo que quedaba de juventud en nuestro interior se nos ha escurrido por las alcantarillas de París.

Supongo que ya sabes más o menos cómo sucedieron las cosas. Como era de prever, la revuelta de los estudiantes se contagió a toda la sociedad, porque la situación económica es penosa para la gran mayoría de la población. La huelga general del lunes, 13, fue un éxito total. La manifestación, impresionante. La Sorbona se despertó llena de fotografías de Mao, Lenin, Marx y el Che Guevara, junto a pintadas que decían «Todo es posible». Al día siguiente, mientras los estudiantes y los dirigentes sindicales se reunían en la universidad para organizarse, los obreros de algunas fábricas se pusieron en acción espontáneamente. El miércoles, los trabajadores de Renault ocuparon la fábrica y secuestraron a los directivos. El viernes y el sábado se sumaron más sectores a la huelga: controladores aéreos, televisión, el transporte público. La paralización del país en los días siguientes puso al gobierno en jaque y, finalmente, el día 24, De Gaulle salió por televisión. A partir de ese momento, el movimiento pareció desinflarse. El resto ya lo sabes. Prohibición, ejército, represión. Es un buen momento para huir de París.

¡Dios mío! Jim me ha interrumpido para decirme que han matado a Robert Kennedy a tiros. Parece que el país que va a recibirnos tampoco pasa por su mejor momento.

Y en España, que es donde deberían pasar más cosas, no pasa nada. No quiero deprimirte, hoy lo veo todo negro. Te escribiré cuando llegue a Nueva York y te contaré cómo se ve Central Park desde la ventana de mi fantástico y elevado apartamento!

Un abrazo, Valèria.

ELISA

La enfermedad escribe todos los días alguna señal en la cara de Valèria: los ojos un poco más hundidos, un poco más de palidez, las manos un poco más temblorosas... o el hueso de la clavícula que sobresale todavía más, como si fuera a desgarrar la piel de un momento a otro.

—Tuviste un corresponsal particular del mayo francés...

Aquel momento, mayo del 68 y todo lo que significó, marcó el inicio de una nueva época para Elisa. La profunda decepción ideológica coincidió, afortunadamente, con el descubrimiento de una especie de amor que no había conocido hasta entonces, que quizá no creía que existiera. Jim, el hombre de quien se enamoró, aportó placidez a su vida y eso no había sucedido nunca. Hasta ese momento, el amor siempre la alteraba, la exaltaba o la destruía, pero nunca la invitaba a una vida serena. Con Jim todo fue distinto. Él le ofreció una relación que mantenía el equilibrio casi perfecto entre los días exultantes y las noches tranquilas, entre las miradas encendidas y el abrazo acogedor, entre la independencia y la complicidad, entre Europa y América, la estabilidad entre dos polos que Elisa, antes —antes de conocer el amor, quiero decir— siempre había rechazado rotundamente.

Vivía con Jim una vida de apartamento con todas las comodidades, vecinos respetables y vistas a Central Park. Una familia numerosa y apabullante que no respetaba nada su intimidad y le llenaba la casa de visitas inesperadas, llamadas a deshora y planes sin consulta previa. Una vida social intensa, con una agenda repleta de inauguraciones, cócteles y presentaciones, que Elisa asumía con una naturalidad sorprendente. Pero Jim también le ofrecía la ciudad de Nueva York para ella solita, un mundo entero lo suficientemente atestado y pletórico para que Elisa no pudiera terminárselo. Y, sobre todo, el enamoramiento profundo, como ningún otro, de mujer adulta que sabe lo que quiere.

Era un amor con escenario. Siempre me quedará la duda de si el amor de Elisa por Jim, de haber sobrevivido al paso de los años, habría tenido otro escenario que no fuera Nueva York.

Las cartas de América me llegaban espaciadas, pero muy largas y llenas. Esta Elisa nueva a menudo dedicaba más párrafos a las anécdotas de la familia Townsend que a las exposiciones del MOMA.

La nueva perspectiva le hizo reconsiderar la relación que mantenía con su familia, cada vez más tenue y distante. De repente, los hermanos, cuñados y sobrinos de Elisa empezaron a recibir invitaciones... y en el apartamento de Central Park siempre había colchones por el suelo y sofás reconvertidos en camas. Finalmente, decidí que me había, que nos había llegado el turno. Estoy

segura de que Elisa, que hacía años que me invitaba a ir a verla a diversas ciudades del mundo, ya había perdido la esperanza, pero el año 1970 todo cuadró y Quim y yo fuimos a América.

Los dos mayores, Neus tenía dieciséis y Guillem catorce, se quedaron con mis padres, que ya eran viejos, pero todavía se encontraban bien, y las dos pequeñas se fueron a casa de mi hermano. Huelga decir que Consol las recibió con todos los inconvenientes imaginables, criticando sin pudor la estafalaria idea de viajar a América, pero no me cupo la menor duda, ni me cabe a estas alturas, de que las cuidaría con atención y las trataría con afecto. Mi hermano, todo hay que decirlo, a pesar de sus generosas ofertas y de los reproches que hacía a su mujer cada vez que se quejaba, no debió de ayudarla ni pizca. A lo mejor, como mucho, se llevaba a las niñas a pescar por la tarde.

En fin, el caso es que Quim y yo sobrevolamos el Atlántico cogidos de la mano, y en el taxi que nos llevó al hotel nos la apretábamos con la misma fuerza que la noche de bodas.

Todo salió bien, mejor que bien. Nueva York tiene un atractivo suficiente por sí misma, ya se sabe, pero, por si esto fuera poco, el buen entendimiento y la cordialidad entre los cuatro se impusieron desde el primer día. El humor neoyorquino de Jim Townsend encajaba a la perfección con la ironía ampurdanesa de Quim, y Elisa y yo nos reíamos sin parar, como adolescentes, dejándonos llevar por una ola de felicidad completa.

Fueron doce días deslumbrantes que, en realidad, proyectaron una luz constante y cálida sobre los años posteriores, especialmente a partir del 20 de junio de 1976, cuando todo se oscureció repentinamente.

—Vas muy deprisa.

Es verdad, perdona..., estábamos en 1970. Es que, igual que te digo que el viaje a Nueva York iluminó los años posteriores, también tengo que confesarte que la muerte de Quim proyecta una sombra pavorosa a su alrededor que no me deja recordar bien cómo era nuestra vida antes de que se resquebrajara.

¿Ves? Para esto sirven los diarios. Sin las anotaciones «a pie de obra», a bote pronto, mientras lo vivía, todo se vuelve borroso y se deforma. La memoria traiciona al recuerdo cientos de veces, en pequeños detalles o incluso en sentimientos que, con el paso del tiempo, queremos maquillar. Pero en aquellos años yo no tenía suficiente energía para escribir en el diario cada noche, solo podremos recurrir a él para situarnos de vez en cuando... Lo intentaremos, vamos, que no se diga.

—Gracias.

A principios de 1971 cerró el restaurante en el que trabajaba Quim. La noticia no nos asustó, porque a principios de los setenta, en L'Escala había puestos de trabajo para dar y tomar. En verano, además de la muchedumbre de turistas extranjeros, también nos visitaban grupos de chicos y chicas de todas partes de España, que querían ganar cuatro perras sirviendo en las terrazas para pagarse los estudios en su casa en el invierno. Todo esto cambiaba indeciblemente la fisonomía del pueblo. Esta transformación era a menudo motivo de discusión cuando nos encontrábamos con la familia o los amigos. Siempre había escalenses, como mi cuñada Consol, por ejemplo, y mi hermano también bastante, que solo veían inconvenientes. Argumentaban, y en esto no les faltaba razón, que la construcción desmesurada de bloques de apartamentos y hoteles era una amenaza grave para nuestras playas. Profetizaban que el Empordà perdería su personalidad y que los alemanes o los franceses, o quienquiera que fuese, acabarían adueñándose de todo, como decían que estaba pasando en Mallorca.

En el extremo opuesto teníamos, por ejemplo, a nuestros vecinos, los Mallart, que estaban encantados con la buena marcha de sus negocios, una tienda de *souvenirs* y otra de alimentación. «No te imaginas la cantidad de botes de anchoas que vendo en agosto», decía José Mallart. «Y cuántas muñecas con vestido de *faraloes*», apostillaba mi hermano en voz baja.

A mí me parecía que todos exageraban un poco. No puede negarse que el crecimiento se producía desordenadamente, sin ningún respeto por el entorno natural, pero es verdad que la prosperidad llegaba a todas las familias y, sobre todo, que los turistas nos abrían los ojos y la mentalidad.

El caso es que, en aquel ambiente de bonanza económica, Quim me propuso dar el salto sin red e intentar montar un negocio que le permitiera recuperar sus aficiones de juventud. Algunas personas —una minoría, pero de fiar— apoyaron la idea con entusiasmo, convencidos de que los *veraneantes* (como los llamábamos entonces) recibirían nuestro negocio con los brazos abiertos y que nos forraríamos en dos días.

Todos los sueños que Quim tenía en la adolescencia (resumidos por mis padres en aquel momento como «revolver trastos viejos») fueron tomando forma hasta concretarse en un negocio de compra y restauración de masías viejas para ponerlas a la venta. La clientela potencial había que buscarla especialmente entre los turistas (la mayoría europeos: franceses, belgas, holandeses, alemanes e ingleses) que venían a Cataluña de vacaciones y encontraban el lugar y el clima ideal para pasar aquí los años de su jubilación.

Por otro lado, Quim Danés era bastante conocido en la comarca y no nos costó mucho iniciar el negocio con las familias que heredaban una vieja casa familiar y no querían vivir en ella (a menudo no se sentían con fuerzas para recuperarla debido a su mal estado). Sin duda era todo muy arriesgado, pero se trataba de un riesgo controlado: la casa en la que vivíamos era nuestra —regalo de mis padres— y el local en el que instalamos una pequeña oficina para atender al público era del hermano de Quim, que nos cobraba un alquiler puramente simbólico. Siempre me pareció que si no salíamos adelante no perderíamos mucho, aparte de las horas de trabajo y la tenacidad de Quim, que seguramente saldría deteriorada. A veces me dejaba arrastrar por un optimismo injertado de amor en estado puro, de aquel amor adolescente que cree con fe ciega que la persona a la que ama conseguirá absolutamente todo lo que se proponga. Siempre tuve esa fe encendida en el fondo de mi amor maduro y apaciguado por los años. Por otro lado, estaba convencida de que los europeos con una buena jubilación se pelearían por quitarnos de las manos las viejas masías restauradas. ¿Quién podría resistirse a una casa cargada de historia, que guarda, inmutable, los secretos de una estirpe familiar, pero que ofrece las comodidades modernas para hacer la vida sencilla y agradable? ¿Y quién?, vamos a ver, ¿quién podría evitar caer en el hechizo de este entorno dibujado a lápiz, de líneas suaves, de cielos limpios, de árboles encorvados, de horizontes accesibles?

L'Escala, 27 de febrero de 1972

Señalo la fecha de hoy con rotulador rojo. ¡Quim ha vendido el Mas Trullol! Lo ha comprado —y muy bien pagado— un matrimonio alemán que quiere venir a vivir aquí todo el año. Los he conocido hoy mismo, los dos tienen canas, llevan gafas y tienen la piel sonrosada, la que se enrojece con la primera caricia de sol. Ninguno entiende ni habla una palabra de castellano (no digamos de catalán), a pesar de que hace veintidós años que veranean en la Costa Brava. Tampoco saben suficiente francés para hacer negocios —Quim y yo no lo estudiamos mucho pero, como todos, nos defendemos porque lo practicamos todos los veranos—. Al final tuvimos que pedir al sobrino mayor de Quim, que habla inglés, que nos hiciera de intérprete.

Se quedan el caserón con la mayoría de los muebles que hay dentro y que Quim mandó restaurar. Hemos hecho un gran negocio que nos permitirá seguir adelante unos cuantos meses.

En casa, Quim me confesó, un tanto avergonzado, que hay tres piezas del mobiliario de Mas Trullol que ni siquiera les ofreció a los compradores. Dice que son auténticas joyas de anticuario: un reloj de pared de marquetería, un *bureau* de nogal y una máquina de coser de hierro forjado. Estoy pensando que, con el tiempo, habrá que buscar un local más grande para poder exponer todas estas antigüedades.

¡No quiero pecar de optimista, pero creo que todo saldrá bien!

Septiembre de 1972

Mi madre ha muerto. Murió de repente a principios de agosto. Se le paró el corazón mientras dormía. Estoy segura de que ella no habría deseado otra muerte. Sin llamar la atención, sin despedidas dolorosas.

Con todo, los que nos quedamos sin ella —especialmente mi padre—, vivimos en una tristeza serena pero permanente, como si nos envolviera una niebla espesa que ni la tramontana más fuerte sería capaz de disipar.

Diciembre de 1972

Este año celebramos las Navidades en casa. No me apetece nada. No tengo ganas de cocinar ni de poner adornos. No tengo ganas de ir a misa de gallo ni de envolver regalos. Pero hay que hacerlo, como dice Quim, tenemos que hacerlo, sobre todo por Max, que solo tiene siete años y quiere las Navidades de siempre. Pero no serán como siempre, echaremos de menos a mi madre.

De momento ya tengo los regalos de Neus, todos relacionados con su nueva vida de estudiante en Barcelona (hace primero de magisterio y vive en un piso con dos chicas, una de Torroella y la otra de Banyoles). Un jersey de lana de cuello alto, un bolso de piel vuelta que se lleva en bandolera, una bufanda larguísima de rayas verdes y grises y un transistor.

Martina me ha pedido otro libro de botánica. No sé cuántos tiene ya, pero parece que en este que quiere ahora hay fotografías de jardines de toda Europa. También voy a regalarle unos vaqueros Levis y un disco de Simon y Garfunkel.

Guillem... Guillem. No sé qué vamos a hacer con él. Pide una moto con insistencia, pero tanto su padre como yo nos negamos rotundamente. Me parece que voy a convencer a Quim de que le regalemos una guitarra eléctrica, cosa que también pide a menudo. Es cara, pero así quizá se olvide de la moto; además, con la guitarra no puede hacerse daño. (Pero con una condición: que no la toque los días de migraña, que cada vez son más frecuentes.)

La pequeña es la más fácil: muñecas, vestiditos para las muñecas, más muñecas.

Mayo de 1973

Carta de Elisa:

Nueva York, mayo de 1973

Querida y añorada Valèria: ¡hace muchos días que no sé nada de ti! No me quejo, solo espero que todo esté bien. Aquí, en Nueva York, la primavera ha llegado por sorpresa y me ha llenado la casa de gente. El invierno neoyorquino es temible, pero, cuando la incomodidad de la nieve se deshace —nunca mejor dicho—, los sobrinos se nos multiplican. Ahora tenemos a la sobrina menor de Jim y a su

marido, un mexicano simpatiquísimo, a mi sobrino Ignasi, el mediano de mi hermana Júlia, y a las gemelas, las hijas de mi hermano. ¿Qué te parece? La verdad es que son un grupito muy simpático y por la noche, cuando cenamos todos juntos, Jim y yo nos divertimos mucho con su parloteo entusiasta, que nos rejuvenece, y sus proyectos de futuro, que nos explican con aquel convencimiento de la juventud del Impossible is nothing.

Aparte de esos jóvenes, que, aunque no quieran, dan trabajo en la casa, yo no muevo un dedo. No tardaré en convertirme en la perfecta ama de casa. Je, je.

¿Y vosotros? ¿Qué tal estáis? Me dicen los chicos que en España todo el mundo cree que al dictador le quedan cuatro días. ¿Es cierto? No puedo creer que le permitáis morir de viejo en la cama.

¿Y el negocio de Quim? ¿Sigue adelante? No me cabe duda de que será un éxito (si no lo es ya). A lo mejor encontráis una masía del siglo pasado con muchas habitaciones, una gran sala y un porche acogedor en la que Jim y yo —y el grupo de sobrinos que nos visiten— podamos pasar las noches de verano de nuestra vejez.

Es posible, Valèria, que podamos volver a estar cerca la una de la otra.

Ojalá.

ELISA

El negocio de Quim, al que bautizamos con el nombre de El Recer, prosperó. A finales de 1975 acabábamos de inaugurar unas oficinas cómodas y céntricas que antes acogían una fábrica de salazones. Me gustaba pensar en todas las mujeres, mis antepasadas, que durante siglos se habían dedicado a la preparación del pescado salado, siguiendo el procedimiento heredado de la Empúries grecorromana.

Y tengo que confesarte que a menudo, en los ratos muertos, se me iba el pensamiento más atrás aún, hasta los barcos cargados de ánforas llenas de pescado en salazón —con cuerpo piramidal y boca exvasada—, las que guardaban el aceite —más panzudas— y las que servían para envasar el vino —alargadas y con la boca muy estrecha.

Las ánforas viajaban desde aquí mismo, desde Empúries y el pequeño puerto que los romanos bautizaron con el nombre de Scala, cargadas de anchoa en salazón y *garum*, la salsa que se hace con tripas de pescado... Recordaba el interés que sentía por las marcas de ánfora al terminar la carrera

o cuando estudiaba entre biberones y cambios de pañales. Las marcas de ánfora: información preciosa sobre la sociedad, la economía y la organización del mundo antiguo. Pequeños sellos que se imprimían antes de cocer el barro, con indicaciones escritas o simbólicas sobre los centros de producción, el lugar de procedencia o el contenido. La marca nos cuenta si tal ánfora llegó a Cataluña procedente de Italia, llena de vino de Campania, o si, por el contrario, transportaba aceite de la Bética. Aún me impresiona el hecho de que un recipiente de barro tan humilde, fabricado para cumplir la misión de transportar vino, aceite o salazón, pueda ayudarnos a conocer la historia. Las ánforas son envases de historia.

Perdona, me parece que he perdido el hilo... Estábamos en el año setenta y cinco, ¿verdad? Sí, la muerte de Franco.

Cuando finalmente se hizo oficial que el dictador había muerto, Elisa me llamó, emocionada, a las oficinas de El Recer; quería compartir con nosotros desde el otro lado del mundo la alegría teñida de incertidumbre que nos embargaba.

Ella gritaba y vitoreaba y yo, sin poder evitarlo, le decía que bajara la voz. Quim, que estaba a mi lado, se reía a mandíbula batiente. «¿Tienes miedo de que resucite?», me preguntó, irónico. En cuanto colgué el teléfono nos abrazamos, riéndonos todavía, y Quim me cogió la cara con las manos y me dio un beso en los labios. Una fuerza extraña me empujó desde algún lugar y lo besé apasionadamente, como si en aquel beso estuvieran escondidos todos los que no pudimos darnos cuando éramos jóvenes, en los años en que el régimen que ahora terminaba dominaba nuestra intimidad con mano de hierro.

«¡Oye! —dijo Quim, con voz ronca—. ¡Que estamos a martes!» Volvió la antigua complicidad, los besos de domingo, el amor apasionado.

Recuerdo que oímos el timbre de la puerta de El Recer y nos separamos inmediatamente. Oí una carcajada de Guillem, fresca y profunda. «¡Os he pillado!» Nuestro hijo nos miró, feliz, creo, al vernos como nos vio.

Era martes, pero aquel día nos dimos el último beso de domingo. Diez días después, Quim no llegó a casa a la hora de la cena y nuestra vida empezó a rodar por una pendiente pronunciada, como una casa de muñecas que se arroja por un despeñadero.

Neus

Neus me dijo que podíamos vernos en casa de su madre, donde ella pasaba prácticamente todo el día desde que la enfermedad había entrado en una fase más avanzada. Sin embargo, le pregunté si podía ir a verla a su casa, que está en la acera de enfrente. Los personajes funcionan mejor en su propio escenario. Me recibió vestida con ropa cómoda y el pelo recogido con una pinza en la nuca. Me llevó a la terraza y se fue a buscar café a la cocina. En el trayecto, recogió un jersey de una silla, levantó un cojín del suelo y lo puso en el sofá y se llevó un florero con unas margaritas un poco mustias.

—¿Azúcar?

—Dos cucharadas, gracias.

—Entonces, ¿qué quieres saber?

—Quiero que me cuentes cosas de tu madre y de ti. De la relación que tienes con ella.

Hummm, no es nada fácil. No he dedicado ni un minuto a pensar en eso... Mi madre, la relación que tengo con ella..., en realidad, es tan natural como respirar. ¿Alguna vez te has parado a pensar en cómo respiras? Mi madre es una presencia constante, estable, muy cercana. La he imitado desde que tengo uso de razón. No, desde antes. Tenía yo dos años cuando nació Guillem, cuatro cuando nació Martina, y les hacía de madre cuando la mía no estaba. Los cuidaba, los regañaba, los protegía. Así es como lo recuerdo. Soy la primogénita, pero no me acuerdo de cuando era yo sola. Sé que siempre estaba

pendiente de los pequeños. Y después, cuando cumplí nueve años, nació Max. Con ella tuve que hacer de madre más todavía. La ayudaba con los deberes, seguramente con ella descubrí que podría ser una buena maestra. «Neus, mira a ver lo que hace Guillem. Neus, ¿Max ha merendado? Neus, acompaña a Martina a solfeo.» Neus sin hermanos no existe.

No es un reproche. Nunca pensé que mis padres abusaran de mí. Ni se me pasó por la cabeza. Era sensata por naturaleza y, además, la mayor. Todo surgió de forma natural. Mi madre y yo compartíamos la responsabilidad de los pequeños. Todavía ahora, cuando hablamos de mis hermanos, decimos «los niños». ¡Los niños! Guillem solo tiene dos años menos que yo ¡y es padre de familia! Pero es así, soy responsable de ellos, casi al mismo nivel que lo soy de mis hijos. Y será así hasta el día en que me muera.

Mi marido es muy generoso y jamás se le ocurriría quejarse..., pero el otro día me dijo: «¿No te parece que te haces cargo de demasiadas cosas: los niños, la casa, la escuela, tu madre...? ¿No crees que tendríais que repartíroslo un poco más?». Se refería a la enfermedad de mi madre. Cada vez que sale del hospital la traigo a casa a pasar la convalecencia, me encargo de la medicación, me ocupo de llenarle la nevera de yogures y zumos de fruta. Lo hago de buen grado y no se puede decir que nadie me lo exija. Es así, simplemente. Guillem aporta afecto a montones, los besos, los abrazos, la risa. Martina sabe distraerla de su tristeza: una conversación sobre poesía, los planos del jardín que está diseñando, una blusa de seda natural carísima que ya no va a estrenar. Y Max está en casa de mi madre a todas horas. Se sienta a su lado y apoya la cabeza en su regazo. Mi madre le acaricia el pelo. Es mi madre quien le hace compañía, quien la consuela.

Yo entro y salgo, trabajo, hago los encargos y, sobre todo, le confirmo que llevo las riendas de la familia, que estoy al tanto de lo que pasa, que puedo intervenir en cualquier momento si es menester.

A veces sueño con escaparme sola un par de días. Esconderme donde nadie me pueda encontrar. Libre de responsabilidades y obligaciones, sin que nada me preocupe ni me altere. Sin madre, sin marido, sin hijos, sin escuela, sin hermanos. Quizá no lo hago por miedo. Por miedo a ver qué quedaría de mí sin todo eso. Quizá no quedaría nada.

Pensaba leer a solas el diario del año 1975 para evitar a Valèria el dolor de recordar la temporada de la muerte de su marido. Pero ese diario no existe. En realidad, no hay más diarios a partir de ese momento. Por un instante tengo la tentación de pensar que es como si su vida hubiera concluido con la de su marido. Pero desecho enseguida esa idea. Solo tengo que verla y oírla: nunca he visto a una enferma terminal con más vida que Valèria Isern.

Aquel día el dolor de cabeza me despertó de madrugada, no eran ni las seis. Intenté quedarme un rato más en la cama, a ver si me dormía, pero fue inútil. Hacía mucho frío y la casa estaba oscura y silenciosa. ¿Qué iba a hacer levantada? Me pesaba la cabeza como si me hubieran colgado una tonelada en el cuello. La almohada estaba dura como una piedra. En el lado derecho de la cabeza, detrás de la oreja, había un martillito que golpeaba rítmicamente. Bum, bum. La sangre iba y venía a borbotones, como las olas en un día ventoso. Resignada, salí de la cama sigilosamente para no despertar a Quim. Ojalá me hubiera quedado, a pesar del dolor de cabeza, a pesar del martillo, a pesar de las olas y de todo.

Pero me levanté y fui a la cocina a hacer café. Muy caliente. Muy negro. Mientras me calentaba las manos con la taza, miré el calendario: domingo, 30 de noviembre. San Andrés. Inmediatamente, como cada año, pensé: «Grave es si no nieva por San Andrés». Lo decía mi abuela Valèria. Y mi padre. Y yo. Corrí la cortina para ver el cielo. El gris plata me deslumbró. «A lo mejor nieva», pensé.

Primero se levantó Neus: «Quiero preparar las clases de esta semana, ¿me haces un café cargadito?». Había empezado a trabajar aquel curso en una escuela de Torroella. Tenía alumnos de cuatro y cinco años. Pero, a pesar de todo, esta hija mía madrugaba también el domingo para preparar las clases.

Un par de horas después apareció Quim con el pelo revuelto. «¿Con quién te peleaste anoche?» Sonrió: «Con los números, mujer, como siempre». Las cuentas de El Recer le quitaban el sueño. Y no es que las cosas fueran mal, pero Quim es de letras y llevar las cuentas lo alteraba mucho. «Le he dicho a Guillem que me acompañe a Can Cuca de Bàscara —me dijo—, tengo que recoger una cómoda, unos aperos de labranza, una mecedora y un montón de cazuelas y cazos de cobre. Lo cargaremos en la furgoneta de mi hermano.»

Adormilado todavía, Guillem se tomó el café con leche. Desde el día en que murió Franco había salido todas las noches a celebrarlo y le faltaban horas de sueño. Con todo, se había levantado sin protestar para ayudar a su padre. Cada vez lo veía más implicado en el negocio y más alejado de la vida perniciosa que tanto nos preocupaba el año anterior. «A lo mejor todavía sacamos algo de provecho de este muchacho, aunque no haya querido estudiar...» Se fueron los dos a Bàscara.

A las once fui a llamar a Martina y a Max. Compartían la habitación más espaciosa de la casa. También era la más luminosa cuando hacía sol. Aquel domingo, sin embargo, cuando levanté la persiana, solamente se derramó sobre las camas un velo de luz grisácea. ¿Habéis visto qué cielo? A lo mejor nieva. Las niñas se incorporaron de repente al oír la palabra mágica. «¡Que nieve! ¡Que nieve!» Ojalá no lo hubieran cantado. Ojalá no hubiera nevado.

Comimos los seis juntos por última vez. Pastel de cabracho y pescadillas pequeñas, las que le gustaban a Quim. Guillem y Martina discutieron. Neus dijo que saldría a cenar con Alfons Valls, el hijo del médico, y todos sonreímos. Hacía semanas que salían, pero todavía no nos lo habían anunciado oficialmente.

A media tarde sonó el teléfono. Cuando colgó, Quim me dijo que le acababan de ofrecer la rehabilitación de una masía cerca de Cadaqués: «La habitaba un abuelo solitario que ha muerto esta misma semana y me ha llamado el sobrino que la hereda; no quiere venderla... Dice que no sabe por dónde empezar a arreglarla, que el techo está que se cae... Vuelvo a coger la furgoneta para ir a verla». Intenté protestar tímidamente: «¿Ahora? ¡Es domingo...!». «No quiero que me la quiten.»

Cuando salió de casa había empezado a llover, una lluvia fina y persistente que me hizo pensar de nuevo en el refrán de mi abuela Valèria: Grave es si no nieva por San Andrés.

Por la noche, Guillem, que había ido al cine, fue el primero en llegar. «Hace un frío que pela, mamá.» Poco después vino Martina, que había pasado la tarde en casa de una amiga haciendo un trabajo para el colegio. «Mamá, a Maria Glòria le decoraron una habitación para ella sola, a mí me encantaría...»

Neus nos encontró poniendo la mesa. Me dio un beso y le noté la piel tibia, que guardaba todavía el olor del amor, de los besos, de las caricias. «¡Cuánto me gusta que esta pareja no tenga que sufrir cada vez que se dan un beso, aunque sea muy largo e intenso!», me dije. Y entonces fue cuando pensé por primera vez si le habría pasado algo a Quim, porque era raro que no hubiera vuelto ya, y que la carretera de Cadaqués no me gustaba nada, menos aún con lluvia. Fue solo un pequeño sobresalto del corazón, todavía no se podía llamar angustia.

Pero dieron las nueve, y las nueve y media, y los niños me preguntaban por qué no llegaba su padre. Cogí el teléfono para llamar a mi hermano. Mientras oía la señal de llamada una vez, dos, tres, me acerqué a la ventana de la cocina y levanté una punta de la cortina de ganchillo que me hizo mi suegra hace mucho. Había empezado a nevar. Grave es si no nieva por San Andrés.

Lluís no pudo disimular la sensación de alarma al contestar: «¿No ha vuelto todavía? —Y a continuación—: Tranquila, se le habrá averiado el coche. Salgo a buscarlo».

No se lo permití. La nevada arreciaba y fuera no se veía prácticamente nada. Llamó a la guardia civil. Todavía tuvo humor para hacer una broma: «Fíjate, hace solo unos días que murió Franco y ya tenemos que llamar a la guardia civil». No me reí.

Y nada más. Mi hermano y su mujer vinieron a hacerme compañía, las pequeñas se fueron a dormir y Neus y Guillem sirvieron café y galletas, mientras el susto iba tomando posesión de sus facciones. Las once, las doce. Sonó el teléfono y contestó Lluís.

Después de colgar cogió aire antes de decir: «Ha tenido un accidente, lo han llevado al hospital de Figueres».

Consol se quedó en casa con las niñas y Lluís y yo nos fuimos con Neus y Guillem. Pobrecitos, pobrecitos, eran tan pequeños... El viaje lo hicimos en un silencio compacto.

Yo ya sabía que Quim estaba muerto. Lo leí en los ojos de mi hermano cuando hablaba por teléfono con la guardia civil. No quería creerlo, no podía creerlo, pero lo sabía con certeza. Solo era cuestión de que la información se filtrara en mi interior, como el agua empapa la tierra cuando empieza a llover poco a poco.

Cayó aguanieve todo el camino de L'Escala a Figueres. Las gotas se estrellaban contra el cristal y dibujaban pequeñas estrellas que el limpiaparabrisas cepillaba de golpe. Grave es si no nieva por San Andrés. Muy grave. Muy grave. Empecé a darme cuenta de lo que estaba pasando.

De los días siguientes no recuerdo prácticamente nada. Consol y las hermanas de Quim trajinaban por casa, hacían la comida, se ocupaban de la pequeña Max, me obligaban a tomar tazas de caldo. Yo lloraba sin parar en el sillón de mimbre, no veía nada de lo que pasaba alrededor, como una completa egoísta, impropio de mí. No pensaba en mis hijos, no sentía el impulso de consolarlos porque mi dolor era inmenso, inabarcable, y lo ocupaba todo. Un dolor como un olor penetrante que lo invadía todo, como un líquido caliente que me ablandaba, como un aire gélido que no me dejaba abrir los ojos.

Habían pasado veintisiete años desde aquella noche, en la playa: «Solo pienso en una cosa: que te quiero, y solo quiero pensar en otra: que tú me quieres».

—¿Cómo lo superaste?

No lo superé. El dolor todavía está vivo. Pero llegó Elisa.

—¿De Nueva York?

Sí. Los chicos le dijeron que no hacía falta, pero quiso venir a la semana de morir Quim; todavía me pasaba las horas llorando en el sillón de mimbre. Cuando la vi delante de mí, saqué fuerzas de algún rincón para levantarme y abrazarla. No fue un abrazo muy largo, muy estrecho ni muy dramático. Elisa

no es amiga de grandes expresiones sentimentales. Todavía me refugiaba en sus brazos cuando me cogió por los codos y me separó suavemente. Me miró a los ojos como evaluando la magnitud de la devastación que se había producido en mi interior. Y debió de asustarse, porque dijo: «Si tenía que pasarnos esto, habría sido mucho mejor que me pasara a mí. Yo saldría adelante más fácilmente: estoy acostumbrada a estar sola, soy más independiente. No es justo que te haya pasado a ti».

Supongo que fue esta demostración de generosidad, esta auténtica declaración de amor, la que me salvó del desastre y me ayudó a salir otra vez a la superficie.

Y a partir de entonces todo fue recuperando lentamente cierta normalidad: Neus consolidó su trabajo de maestra en Torroella y se comprometió formalmente con Alfons, Guillem y yo nos propusimos seguir adelante con El Recer, Martina anunció que quería ser arquitecta de jardines y que, como la carrera de paisajismo aquí no existía, quería ir a hacerla a Londres. Y la pequeña Max creció entre todos nosotros como un miembro más de la familia, mendigando atención y afecto entre la tristeza que se había instalado en casa.

—Y ¿después?

Después la vida fue haciendo el dolor más soportable. Neus y Alfons se casaron y fue una fiesta muy bonita. Me había hecho el propósito de no llorar y lo conseguí mientras duró la ceremonia, y la cena también. Vi bailar el vals a mi hija, tan delgada, tan blanca, como una mariposa. Y entonces los padres de Alfons también salieron a bailar, y antes de que pudiera darme cuenta, Guillem me cogió por la cintura y me hizo girar suavemente mientras me decía que era la mujer más deslumbrante de la fiesta.

Miraba a mi hijo mientras dábamos vueltas al ritmo de Strauss y veía en él los ojos de Quim, la sonrisa de Quim, incluso el mismo remolino en el pelo que le dibujaba una entrada irregular en la frente. Y entonces se me escapó una lágrima pequeña que resbaló desde el extremo del ojo hasta la oreja...

Esto era el año setenta y siete; a principios del setenta y ocho Martina se fue a Inglaterra. Había terminado el bachillerato y estuvo un año trabajando en un hotel para ahorrar algo de dinero. Era una chica decidida, no tenía miedo a nada. También era una belleza extraordinaria: no había hombre al que no fascinara con sus ojos grises y sus movimientos felinos... La eché mucho de menos, pero ella, como siempre, encontraba la manera de compensarme y en verano me invitaba a viajar para conocer los jardines más fabulosos del mundo. Nos íbamos ella y yo solas una semana y compartíamos una intimidad que marcó nuestra relación para siempre. En aquellos viajes (Giverny, el pueblo jardín de Claude Monet, Hidcote Gardens, en Gloucestershire, el jardín más copiado del mundo, la Alhambra de Granada, desde donde se contemplan las mejores puestas de sol...) nos llenábamos los ojos de belleza para tener reservas todo el año. Martina, con la facilidad que tiene para llevar el agua a su molino, me convencía de que esos pocos días al año que compartíamos nos acercaban mucho más que la convivencia de todo el año en casa. «Nos enzarzaríamos cada dos por tres», decía. Y tenía razón; me resigné a que estuviera lejos, sobre todo porque en casa había dos más y Neus vivía en la misma calle, cuatro casas más allá.

En el ochenta y dos, cuando Martina volvió de Londres, Guillem ya conocía a Cloe y ella le había señalado claramente el camino por el que circulaba con la seguridad de un conductor experimentado. Llevaban El Recer entre los dos, el negocio se había consolidado y seguía prosperando.

Aquellas Navidades puse una mesa muy bien adornada para ocho comensales. Mientras servía los platos pensaba que Quim no había llegado a conocer a tres de los rostros sonrientes que me acompañaban: Alfons, el marido de Neus, mi nuera francesa, Cloe, y el invitado sorpresa que había traído Martina, un chico atractivo y educado que se llamaba Miquel.

Alfons Valls tenía una decidida vocación por la medicina, heredada de su padre y que, sospecho, formaba parte de un paquete que también llevaba incluido un carácter tranquilo, casi inalterable, que se mantiene así desde entonces. En aquella cena de Navidad de 1982, Alfons ya nos dio a conocer sus planes, que se fueron cumpliendo escrupulosamente; se había doctorado en pediatría y pensaba partirse la jornada laboral: por la mañana en el hospital de Figueres, por la tarde en una consulta privada en L'Escala. Al cabo de unos

años, cuando su reputación le hubiera consolidado una clientela amplia y estable, dejaría el hospital. «Entonces ya tendremos un par de hijos y a Neus le convendrá que trabaje cerca de casa para ayudarla un poco más», decía, sin alterarse, como si tuviera la absoluta certeza de que las cosas saldrían como decía él. Yo miraba a mi yerno con escepticismo, pero ahora tengo que reconocer que todo ha salido exactamente como tenía previsto: Alfons es un pediatra reconocido en todo el Empordà y Neus y él han tenido dos hijos: mis nietos Judit y Àlex. Y ahora llega el tercero, una sorpresa que Alfons no había calculado, pero que ha aceptado con alegría.

El amigo de Martina se llamaba Miquel Batalla y era un chico de facciones y cualidades exageradas: nariz grande, boca ancha y carnosa, ojos enormes, cabello abundante, extremadamente simpático, de conversación cordial y brillante. Realmente seductor. Seductor y un tanto acaparador. Miquel, catedrático de economía y colaborador habitual de diversos medios de comunicación, cuajó en la familia con una naturalidad desconcertante, ocupó su lugar y se encontraba realmente cómodo. Supo ganarse el afecto de cada uno de nosotros y todos lo echamos de menos desde que Martina y él se separaron.

Y, por último, Cloe. Mi nuera francesa. «Mi Cloe.» Guillem la llama así para reírse de ella y de mí y del afecto que nos tenemos, más próximo al de madre e hija que a la supuestamente difícil relación entre suegra y nuera.

Cloe es dulce sin ser empalagosa, es tierna sin ser dócil, es irónica sin caer en el sarcasmo, es comprensiva pero nunca condescendiente, es divertida, práctica, sensible. Sería muy difícil, e imperdonable, no querer a una nuera así. Es posible que su rápida y plena integración en la familia se deba también al hecho de que está sola en la vida. Cloe no supo quién era su padre. Su madre la tuvo con diecisiete años y la crio con ayuda de los abuelos maternos en un pequeño pueblo de la Bretaña francesa. En la adolescencia, la tragedia truncó su vida y la partió por la mitad: primero murió su abuela, víctima del cáncer. Pocos meses después, el corazón de su abuelo cedía a la tristeza y se detenía. Cuando ella y su madre todavía luchaban por recuperarse de la pérdida, la calamidad decidió encarnizarse con ellas: una tarde de julio de 1976, la madre de Cloe, Juliette, salió a pasear a su perra por la playa de Moëlan-sur-Mer, donde vivían. En el horizonte nacían unas nubes que parecían

de tormenta, de modo que Juliette se abrigó y le dijo a su hija que iba a ser un paseo corto. Pero fue un paseo largo, el más largo, porque le cayó un rayo y la hirió de muerte. Cloe pudo verla en el hospital, inconsciente, pero todavía con vida. Unas horas después la muchachita de dieciocho años se quedó sola en el mundo.

Aunque diversos amigos y vecinos se ofrecieron a ayudarla, Cloe prefirió irse del escenario de sus tristezas. Estaba convencida de que nunca podría ser feliz allí, y así fue como vino a parar a L'Escala, con la intención de ganarse la vida y el firme propósito de no pasear nunca por la playa. Lo cumplió al pie de la letra.

Y ahora voy a descansar un poco, ¿de acuerdo? Empiezo a tener gran dificultad para respirar.

El cáncer de Valèria había hecho metástasis en los pulmones después de destrozarle el hígado y los ovarios. Sus hijos me habían advertido de que el deterioro físico avanzaría muy deprisa a partir de entonces. Le di un beso en la frente y, antes de dejarme marchar, me dijo: «Nos hemos quedado en el ochenta y dos. Ven mañana a primera hora, porque vamos contra reloj si queremos llegar al final». No fui capaz de contradecirla.

Al día siguiente la encontré muy decaída físicamente. La piel, antes pálida y translúcida, tenía ahora un tono amarillento difícil de aceptar. También tenía amarillento el blanco de los ojos: el hígado ya no funcionaba. Respiraba pesadamente. Quise anular la conversación, pero no quiso de ninguna manera. Su mirada se había vuelto huidiza y había perdido la serenidad habitual. Comprendí que solo recuperaría la tranquilidad si llegábamos al final del proyecto que compartíamos.

Martina y Miquel se casaron a finales de 1984 y Guillem se fue a vivir a casa de Cloe al año siguiente. De pronto Max y yo nos quedamos solas en casa, que ahora parecía demasiado grande. Hacía diez años de la muerte de Quim y en aquellos meses volví a echarlo de menos intensamente. Era una añoranza más ligera, sin dolor, una nostalgia dulce. Max había cumplido diecinueve años y era una chica afectuosa, más tímida que sus hermanos, mucho más reservada

conmigo sobre su privacidad. No sabía si salía con algún chico ni tenía confianza con sus amigos y amigas, que no solían venir por casa. Estaba segura de que debía de tener un montón de admiradores, porque la niña de rizos rojos se había convertido en una chica realmente bonita y la timidez le daba un aire de misterio sumamente atractivo.

Fue una auténtica sorpresa que decidiera dedicarse a la fotografía. Jamás lo habría dicho, o quizá no supe escucharla. Cuando le dije que me extrañaba mucho se lo tomó muy mal y me acusó de no haberle prestado nunca la atención suficiente para darme cuenta de su vocación. Después de un par de días de mutismo, los preceptivos tras un enfado de esta hija mía, vino a buscarme, me cubrió de besos y, riéndose, me dijo que yo tenía que haber sabido que a las embobadas —sus hermanos siempre le decían que se embobaba con todo— les gusta observarlo todo y retratarlo. «Las fotografías te las tendrían que hacer a ti —volví a decirle—, no hay ninguna modelo en el mundo que tenga el color de pelo que tienes tú.» Màxima me hizo callar con un gesto de la mano para terminar la frase con las palabras que se sabía de memoria: «de color galleta maría».

Max nació con una pelusa de color naranja y todo el mundo pensó que sería pelirroja, como yo y como mi abuela Valèria. Y lo fue, pero, con el tiempo, el pelo se le oscureció ligeramente hasta adquirir el tono exacto de las galletas...

«Lo has heredado de mi abuela Valèria, tienes el mismo color.» Todavía con la sonrisa en los labios, Max volvió a ponerse seria y me dijo, en un tono infantil de reproche: «¿Lo ves? Tenías que haberme puesto Valèria». Y la alegría no reapareció.

Este era su agravio histórico: que Màxima era un nombre horrible. Que en realidad la llamábamos Max porque queríamos que fuera niño. Qué manía. Que por qué motivo no quise que ninguna de mis hijas se llamara Valèria, para seguir la tradición.

Le había explicado cien veces que, si era por respetar la tradición, yo lo había hecho muy bien, porque el nombre de Valèria se ponía en la familia en una generación sí y en otra no. Era el nombre de la abuela de mi abuela, el de mi abuela y ahora, el mío, de manera que la siguiente tenía que ser una nieta

mía. «Confío en ti para que la cumplas, Max», le repito siempre. De momento, Max no tiene pareja, de modo no llegaré a conocer a la nueva Valèria si alguna vez llega a existir.

Sea como fuere, a pesar de los altibajos, Max y yo tuvimos unos años de buena convivencia y quiero creer que de alguna manera la compensé por los años anteriores, cuando, primero por exceso de trabajo, y después por exceso de tristeza, no la atendí lo suficiente.

Seguramente por eso, cuando conocí a Ian, Max fue la que opuso más resistencia a la idea de que yo pudiera construir algo parecido a una relación estable. Bueno, a decir verdad, ninguno de mis hijos demostró jamás ninguna clase de entusiasmo por esta posibilidad. Y no creo en absoluto que Ian les desagradara. En realidad se llevaban bien con él y estoy segura de que les parecía interesante, pero lo consideraban un extraño y, por otra parte, un sentimiento de fidelidad a su padre —absurdo desde mi punto de vista— les impedía actuar con generosidad. Digo sin complejos que era un sentimiento absurdo en primer lugar porque yo, que era la persona más implicada, no pensé ni por un instante que estuviera traicionando a Quim ni que su memoria dejara de ser para mí lo que era: imborrable. En segundo lugar, si de algo habían servido los casi treinta años que amé a aquel hombre, puedo asegurar sin miedo a equivocarme que su padre los habría regañado a base de bien si lo hubiera visto.

Ian

Para conocer al escocés Ian Kilbride tuve que viajar a París.

El último amor de Valèria Isern es un hombre viejo, muy delgado, pero de una fortaleza imponente para su edad. Todavía es alto, a pesar del peso de los años, que le encorva la espalda. Pelo escaso y canoso, ojos vivos de un azul muy pálido, casi transparente. Me abrió las puertas de su casa y nos sentamos frente a un balcón que daba a la colorida ribera del Sena. Evidentemente, sirvió dos whiskys de malta.

Valèria y yo nos conocimos, ya se lo habrá contado, el año 1986, en un congreso internacional organizado por el Instituto de Arqueología de París. Ella asistió como acompañante de su amiga, la doctora Saumell, una eminente colega con la que estaba yo en contacto desde los años sesenta, cuando ambos coincidimos una época viviendo en París.

No me enamoré de Valèria de un golpe de flecha (Ian Kilbride hablaba un idioma propio, mezcla de francés e inglés, con extrañas traducciones literales de frases hechas, todo ello bautizado por el peculiar acento de los escoceses cuya lengua materna es el gaélico pero la han perdido con el tiempo y solo les queda una entonación característica). La primera impresión que me causó fue la de una mujer elegante pero no sofisticada, tan delgada, tan enérgica, pero con una tristeza permanente en el fondo de los ojos. Cuando tuvimos ocasión de conversar y me resumió su vida en tres minutos, interpreté que el pozo de tristeza se alimentaba de su frustración profesional. Qué absurdo, cuando lo pienso. Acababa de contarme que su marido, el hombre del que se había

enamorado a los dieciséis o diecisiete años, había muerto súbitamente hacía diez; pasé por alto este detalle y la compadecí porque no había podido profundizar en su evidente amor por la arqueología.

Cuando terminó el congreso pregunté a Elisa Saumell qué tenía que hacer para volver a ver a su amiga catalana. Fue ella quien me abrió los ojos y me habló de la tristeza que acompañaba a Valèria como una manta que la arropaba desde la muerte de su marido. Lo hizo para advertirme de que había pocas posibilidades de que mi interés por su amiga obtuviera una respuesta positiva. Se lo agradecí, pero a pesar de todo decidí intentarlo. Hacía muchos años que ninguna mujer me despertaba curiosidad. Valèria sí. Me atraía con la misma intensidad que unas excavaciones nuevas para mí o un trabajo de investigación científica.

Escribí a Valèria un mes después para decirle que pasaría unos días en Barcelona por motivos de trabajo —no era verdad— y que si le parecía posible que volviéramos a vernos. Su respuesta rápida y afirmativa me sorprendió moderadamente. A pesar de la tristeza de sus ojos, a pesar de las afectuosas advertencias de Elisa, algo me decía que Valèria también quería conocer a fondo a este viejo corazón escocés.

En Barcelona tuvimos largas conversaciones. Recordamos experiencias, personas, situaciones, sentimientos. Presumimos con falsa modestia de los éxitos, confesamos pecados disculpables y disfrazamos errores injustificables. Hablamos de política, de moral, de la profesión. Nos confiamos preferencias y debilidades: una novela, un vino, una ciudad, una playa... Y en este punto, en el momento en que repasábamos los paisajes que nos habían seducido como si mirásemos por enésima vez un álbum de fotos imaginario, la mirada plácida de mujer madura se le encendió hasta convertirse en la mirada trastornadora de una chica de veinte años. Me habló de su casa, de su país, en el que habitaron civilizaciones antiguas, de una llanura salpicada de pueblos minúsculos, de una costa de perfil recortado con calas pequeñas y cerradas, de la silueta de una montaña que parece un obispo tumbado, de un viento que lo sacude todo y de unos cielos de un azul rotundo.

Recitaba los nombres de los pueblos: Calonge, Forallacs, Gualta; sonaban muy bien en su boca, Saus, Vilaür, Darnius; todavía veo sus labios dibujando los sonidos, la Vajol, Vilajuïga, Ultramort. «¿Ultramort?» «Sí,

Ultramort, que tiene una iglesia románica muy bonita. ¿Quieres que vayamos a verla?» «¡Pues claro!»

Y así llegué por primera vez al Empordà, el país de Valèria. Un rincón del mundo extremadamente bonito. Es el adjetivo que me gusta ponerle. Nada de calificativos grandilocuentes. Nada de espectacular o magnífico, nada de salvaje o único, nada de grandioso, majestuoso o maravilloso. El Empordà es bonito, muy bonito, quizá también le caiga bien «deslumbrante», en el sentido de que es un paisaje que se imprime en la retina y no deja ver nada más en mucho tiempo, aunque te vayas de allí. Valèria agradecía mis elogios como si fueran para ella, incluso con mayor satisfacción. La recuerdo contemplando la planicie desde la cima de Sant Pere de Roda. «¡Qué maravilla!», dije yo, totalmente rendido a la belleza del paisaje y de su perfil. Se volvió y me preguntó, con una sonrisa infantil: «¿Verdad que sí?». Soltó una risa ruidosa y le pregunté, para tomarle el pelo, si el paisaje lo había diseñado ella. También se rio. «Claro. Me ha quedado bien, ¿verdad?»

Esta fue nuestra broma a partir de entonces cada vez que contemplábamos un atardecer de sol rojo, el vuelo sereno de una gaviota sobre las olas, un inesperado estallido de amapolas en el margen de un camino. «Me ha quedado bien, ¿verdad? He estado trabajando en ello toda la mañana...»

Los hijos de Valèria reaccionaron a mi irrupción en su vida de maneras diversas, desde una frialdad educada hasta una cordialidad estudiada. Nunca fueron impertinentes ni desagradables, pero tengo que reconocer que en ninguno de ellos pude captar una hospitalidad sincera. El enamoramiento tardío y supongo que absolutamente inesperado de su madre no los complacía, pero eran todos demasiado generosos para entristecerse al ver la felicidad palpable de Valèria en aquellos meses.

—¿La relación solo duró unos meses?

Siete u ocho tal vez, no lo recuerdo exactamente. Fue todo muy rápido, el arranque, el trayecto y el final. Tal vez sea porque en la línea de los sesenta años, sin querer, empiezas a tener la sensación de que no puedes perder el tiempo.

El caso es que enseguida supimos que estábamos bien juntos, que sería una buena idea compartir los años que nos quedaban, que éramos compatibles para mantener una convivencia agradable. No había ningún obstáculo para dar el paso. Éramos una mujer y un hombre libres, responsables absolutos de nuestras vidas. A nuestra edad habría sido ridículo alargar el noviazgo.

Pero entonces, cuando ya lo teníamos todo prácticamente decidido, cuando el regalo estaba en la mesa esperando solo a que lo desarrolláramos, llegó el inesperado final. Fue una noche, cenando en Port de la Selva. Pregunté en un tono ligerísimo, en medio de la conversación: «Y, entonces, ¿dónde te apetece que nos vayamos a vivir? ¿A París? ¿A Roma? ¿O a lo mejor prefieres Londres?».

Sucedió en décimas de segundo. Vi en sus ojos que nuestro regalo se tambaleaba y finalmente se precipitaba al suelo y se partía en mil trocitos. Ella simplemente había dado por supuesto que iríamos a vivir a su casa, en L'Escala. Había razones que lo justificaban: era una casa familiar, L'Escala era su pueblo, donde vivía la mayoría de su familia. Yo, en París, solo tenía un apartamento alquilado (con muebles). Mi familia y mis hijos estaban repartidos por todo el mundo y mis raíces se hundían en las Tierras Altas de Escocia.

Pero yo no estaba dispuesto a quedarme en L'Escala. Le costó entenderlo. «¿No decías que el Empordà te subyugaba?» Sí, el Empordà me gustaba mucho, pero eso no significaba ni mucho menos que quisiera vivir allí. Yo quería, necesitaba vivir en una gran ciudad en la que no me quedara con hambre ni sed, que nunca dejara de proporcionarme estímulos y alicientes. Había un vacío inmenso en mi interior y necesitaba llenarlo a diario fuera como fuera.

Valèria intentó contradecirme: «París tampoco es mi casa...». Intenté convencerla: «Iré donde quieras tú, dime la ciudad que prefieres...».

No hubo manera. Ella no quería dejar su casa, ni a sus hijos ni sus recuerdos. Yo, que llevaba desde los diecisiete años huyendo de las Tierras Altas de Escocia, que solo encontraba refugio en las grandes conurbaciones modernas donde nadie conoce a nadie, no podía renunciar, ni siquiera por ella.

Nos despedimos serenamente y sin ningún resentimiento. Nos escribimos un par de veces o tres al año. Lamento mucho que esté tan enferma. Dale un abrazo de mi parte.

Tomando café con Guillem Danés y su mujer, me cuentan que el oncólogo les ha recomendado que su madre deje toda la medicación y empiece a tomar morfina. No puedo evitar que se me vea el horror en la mirada al oír esta palabra, pero la dulce Cloe me tranquiliza: «El médico confía en que no sufra grandes dolores, pero es mejor que tomemos precauciones, ahora que la morfina ya no puede perjudicarla».

Con un hilo de voz pregunto qué es lo que sabe Valèria. No me gusta inmiscuirme en su privacidad, pero necesito estar informado para poder hablar con ella con un poco de seguridad.

Guillem, con su voz afectuosa y cálida y poniéndome el brazo en los hombros, como si me ofreciera el consuelo que necesita él, me dice que su madre dejó de hacer preguntas desde que supo que tenía metástasis en los pulmones. «Nos ha puesto las cosas tan fáciles que ni siquiera hemos tenido que plantearnos si ocultarle la información o no.»

Interviene Cloe, rotunda: «Sabe que se está muriendo, pero es tan elegante y generosa que no quiere hacerlo explícito».

Ian quiso llevarme a Escocia el verano que pasamos juntos. Decía que él no me había conocido del todo hasta que fuimos al Empordà, y que quería que yo conociera al auténtico Ian Kilbride, un niño de ojos azulísimos que corría por las callejuelas de Cornoch, un pueblecito cerca de Inverness, la capital de las Highlands.

Y, efectivamente, tenía toda la razón: no lo conocí por completo hasta que vi las Tierras Altas de Escocia, la belleza sobrecogedora de los paisajes, la rotundidad del verde, el dibujo salvaje de las costas recortadas a hachazos.

Imágenes y palabras se me quedaron prisioneras en la memoria para siempre: el valle de Glen Mor, el agua del color de la sangre de las cascadas de Foyers, los acantilados de Aberdeen, las playas de Tiree, las casas de colores de Tobermory, la seductora Inverness o el pequeño estuario de Cornocho, donde nació el viejo escocés que me acompañaba. Todavía me resuena en el cerebro la voz de Ian pronunciando todos estos nombres y recuerdo el sentimiento agrídulce que me producía. Porque los parajes, los pueblos y los lagos que constituían su paisaje íntimo no se reflejaban en su voz con la emoción que yo esperaba.

En su manera de decir «Portmahomack» no se adivinaban los recuerdos que guardaba de este puertecito en el que jugaba de pequeño. Le faltaban los ecos casi imperceptibles que resuenan en mi voz cuando digo «Cala Montgó», que es como si una bolsa de aire envolviera estas dos palabras en las que flotan todos los baños veraniegos, todos los paseos con mi abuela Valèria para coger conchas, los besos clandestinos de Quim, las excursiones cuando los niños eran pequeños, las puestas de sol de color naranja, las mañanas de color violeta y las noches negras y cálidas del mes de junio.

En Escocia, Ian me llevaba de la mano por todos los rincones donde creció, pero donde yo veía un castillo envuelto en una bruma preñada de misterio, él veía una «fastidiosa llovizna calabobos»; en cuanto yo empezaba a alabar la imaginación prodigiosa de sus paisanos, él señalaba con desprecio los efectos del whisky de malta; ante mi encendida admiración por los héroes independentistas escoceses, él subrayaba el carácter huraño de los habitantes de las Tierras Altas.

Pero no me dejé convencer y oí con embeleso las leyendas de brujas y hadas y las apariciones de monstruos y fantasmas... Ian me regaló, con toda su mala intención, un sacacorchos horrible con la imagen de Nessie.

Una noche, cenando en Cromarty, un pueblo pesquero cerca del suyo, un primo de Ian —un pescador jubilado de mejillas rojas y pecosas— nos contó la leyenda local entre sorbo y sorbo de whisky.

Dicen que en el año 1725, una noche de luna llena y viento helado, un marinero de Cromarty pescó accidentalmente una sirena. Era una muchacha bellísima, de larga cabellera rubia y ojos del color de las esmeraldas. El

joven cayó rendidamente enamorado de la mujer pez y no quería liberarla de la red de ninguna manera, a pesar de los ruegos de la joven del mar.

La sirena intentó convencerlo sollozando e implorándole compasión, pero nada ablandó el corazón seco del hombre de las Highlands. Por último, la joven de la cola de pez le propuso que le concediera la libertad a cambio de tres deseos. Le aseguró que las mujeres de agua tienen poder para hacer realidad los sueños imposibles si de este modo pueden salvar la vida.

El pescador de Cromarty reflexionó un buen rato mirando distraídamente los reflejos irisados de la cola de la sirena. La luna bañaba de luz la cabellera de seda de la chica y sus ojos refulgían en la noche.

Después de un largo silencio, el marinero expuso sus tres deseos. Primero pidió seguridad, es decir, que el poder de la muchacha pez lo protegiera de todos los peligros del mar, de las salvajes costas escocesas, de los terroríficos embates del mar en días de tormenta, del pavor de las noches de niebla. Después pidió prosperidad, es decir, que el hechizo de la sirena intercediera para garantizarle una buena pesca todos los días hasta el final de su vida de pescador. Redes llenas a rebosar, pescados enormes y venta a buen precio.

Como tercer deseo, el marinero de Cromarty pidió poder casarse con la joven Fiona, la hija del comerciante más rico de Inverness.

Parece que el pescador y la sirena obtuvieron lo que querían: ella la libertad y él seguridad, prosperidad y un buen matrimonio.

Cuando su primo terminó la leyenda del pescador y la sirena, Ian me miró con una mirada irónica e intencionada. «¿Lo ves? —me dijo, en un tono de voz un poco alto—. ¿Ves cómo somos los escoceses? Se nos aparece la mujer más bella del mundo, una diosa de agua, la que en todos los rincones del mundo aseguran que puede seducir a los hombres con su canto y ¿qué hacemos? Aceptamos una transacción comercial y la dejamos escapar. Y lo que es más. Ante la posibilidad de pedir tres deseos sin restricción de ninguna clase, ¿qué pide el marinero de las Highlands? Pide no encontrar tempestades, hacer una buena pesca, vender bien. En definitiva, pide dinero. Y todavía aprovecha un tercer deseo para remachar el clavo: casarse con Fiona. ¿Por su sensibilidad o

simpatía? ¿Por su delicada belleza? ¿Por su brillante inteligencia? ¡No! Porque es la hija del comerciante más rico de Inverness. Pudiendo enamorar a la sirena más cautivadora, se casa con la heredera de una buena familia.

»¿Lo ves? Avaros, pobres de espíritu, tristes. Los escoceses de las Tierras Altas son así.» «¿Tú también?», le pregunté, risueña. «No, yo me escapé a tiempo —respondió—, y por eso elegí la sirena.»

En las Tierras Altas entendí que, tan pronto como tuvo uso de razón, Ian se sintió aprisionado en ese rincón aislado del mundo, de perfiles abruptos y almas ásperas. Solo tenía dieciséis años cuando pudo escaparse por primera vez. Se matriculó en la Universidad de Londres y cuando volvió a las Highlands, ocho meses después, ya se sentía forastero. Fue, según cuenta él, una sensación agradable, porque de pronto descubrió la belleza de los acantilados y de los castillos que surgían misteriosamente de la niebla; el acento gaélico le pareció más dulce que nunca e incluso la imagen de Nessie que se comercializaba en las camisetas y en las tazas le despertó cierta ternura.

Dos días después ya tenía ganas de irse otra vez. Y no ha dejado de huir de las Highlands desde entonces, de la infancia que podía haber sido idílica pero que él recuerda solitaria y cerrada, alejada del mundo real, donde pasaban todas las cosas, donde todo se ofrecía a los jóvenes con las ventanas abiertas, mientras él se pudría lentamente en un pueblecito de la costa en el que los jóvenes pescadores solo sueñan con casarse con la hija de un comerciante rico de Inverness.

Después de ver con mis propios ojos la relación contradictoria de Ian con la Tierras Altas, supe que por nada del mundo, ni siquiera por nuestro amor recién estrenado, blando y caliente como un bizcocho al sacarlo del horno, lograría arrastrarlo a vivir en otra parte que no fuera una gran ciudad, París o Roma, donde suceden todas las cosas.

Por mor de la verdad y en justicia tengo que reconocer que, aunque Ian se hubiera avenido a vivir conmigo en L'Escala, las cosas habrían resultado difíciles con toda probabilidad; tal vez, incluso se habrían estropeado de todas formas. Mis hijos no son tan generosos ni tan respetuosos y comprensivos como Ian. Él aceptó con una sonrisa afectuosa y comprensiva que yo no quisiera alejarme de casa, que mi deseo de estar cerca de mi familia

prevaleciera sobre nuestra relación. No cuestionó mis prioridades, de la misma manera que yo encajé con tristeza pero con simpatía que un retiro ampurdanés le inspirase un recelo insuperable.

Si Ian y yo hubiéramos decidido seguir adelante con lo nuestro, las interferencias de mis hijos habrían sido constantes, probablemente injustificadas y con toda seguridad difíciles de asumir para un hombre tan independiente como él.

—¿Tan mal reaccionaron todos?

¡No! ¡Qué va! Guillem y Martina se limitaron a manifestar discretamente su extrañeza al verme enamorada otra vez y por la aparición inusual de un hombre que no era su padre cogiéndome del brazo o mirándome con ternura. No se lo reprocho. Ellos vivieron la profundidad del amor que había entre Quim y yo, se consolaron de su ausencia y supongo que daban por descontado que mi vida amorosa había muerto con él.

La presencia de Ian los sorprendió y se permitieron un tiempo para asimilarlo, nada más. Por otra parte, me consta que a Martina le parecía una persona interesante, disfrutó intensamente de su compañía en algunos momentos. Guillem, ya lo sabes, es afable por naturaleza y enseguida conectó con el sentido del humor del viejo escocés, como lo llamaba siempre. También le gustaba hablar de política, de las aspiraciones independentistas de Escocia y de Cataluña, de las coincidencias de idiosincrasia entre dos pueblos con fama de tacaños. Por otra parte, en aquella época mi hijo tenía otras cosas en la cabeza. Cloe y él querían tener hijos, pero el embarazo no llegaba. Cuando finalmente mi nuera se quedó embarazada, lo perdió el segundo mes. Después volvió a pasar lo mismo y empezaron a creer que nunca verían cumplido su deseo de ser padres.

Neus, pobrecita, puso gran empeño y constancia en aceptar una situación que la estremecía palpablemente. Trataba a Ian con demasiada educación y a mí, con una condescendencia extraña, como si le diera vergüenza verme enamorada. Y te aseguro que, por mi parte, no me permití ni por un segundo caer en el ridículo de ser una vieja con actitudes de adolescente.

Guillem y Martina lograron ver a Ian como ser independiente de mí, pero Neus no fue capaz. Y, claro, le resultaba muy difícil aceptarlo como pareja de su madre. Bueno, en realidad creo que no se esforzó tanto. Y yo no se lo exigí, ni se lo pedí siquiera. En primer lugar, porque si a ella le parecía que Ian venía a invadir el espacio vacío que había dejado su padre, yo tenía que respetarlo. Y en segundo, porque, francamente, no me hacía falta su permiso, ni siquiera su beneplácito. Pocas semanas después, Neus y yo habíamos aprendido a relacionarnos con la misma intimidad de siempre, pasando por encima de Ian, o por debajo, o esquivándolo. No nos referíamos a él para nada. Y cuando venía a pasar unas semanas con nosotras, casualmente ella siempre tenía que corregir exámenes o trabajos o se había apuntado a un cursillo de cocina japonesa.

El problema grave lo tuve con Max, que se rebeló ferozmente contra mi nueva relación. Embistió contra ella como un animal ciego de rabia. Su hostilidad no provenía, como la de sus hermanos, de la nostalgia por su padre, de la reticencia ante un hombre desconocido ni de lo irregular de la inesperada situación. Su oposición se alimentaba de los celos, un monstruo mucho más difícil de amansar.

En cierto modo la comprendía. Comprendía su dolor, pero no podía aceptar esa forma de exteriorizarlo, de una crueldad pasmosa.

La comprendía porque, como te dije hace unos días, Max siempre tuvo la sensación de ser un cero a la izquierda dentro de la familia, desde muy pequeña, y con razón, me temo.

Cuando nació éramos una familia. No sé si me entiendes..., la recibimos con alegría y con amor, todos y cada uno de nosotros, pero siempre sospeché que, de alguna manera, ella sabía que no la esperábamos, que ya nos considerábamos una familia completa y que ella había llegado por sorpresa. No sé, puede que sean cosas mías...

El caso es que sus hermanos se llevan pocos años y ya habían construido su red de relaciones. Guillem y Martina la trataban con el despotismo propio de los hermanos mayores, Neus se ocupaba de ella afectuosamente, pero dando a entender que le parecía una obligación injusta. Las recriminaciones eran para mí, pero quizá Max las percibía como propias. Quién sabe.

Después vino la época negra de la muerte de Quim. Max tenía diez años y se encontró rodeada de tristeza, con la perspectiva de crecer en una casa en la que de pronto desaparecieron las ganas de vivir. Sus hermanos enseguida encontraron la salida fuera de casa y yo abdiqué de mi función de madre una larga temporada. Evidentemente, me hacía responsable de ella, le proporcionaba las condiciones básicas para sobrevivir..., llenaba la nevera, hacía la comida, iba a las reuniones de la escuela, le compraba ropa..., pero no era suficiente. Ni mucho menos.

Después de un largo periodo de luto volví a ser yo y Max ya era una adolescente. Pero siempre había cosas que me distraían: la boda de Neus, la marcha de Martina a Inglaterra, la desorientación de Guillem, la aparición de Cloe.

Por último, nos quedamos solas en casa y vivimos unos años felices. Descubrí a la chica tímida, inteligente, sensible, y pude dedicarle toda la atención, que era lo que siempre había deseado ella. Me tenía prácticamente en exclusiva. Compartíamos comidas y cenas, largas conversaciones sobre las novelas que leíamos, primero una y después la otra, paseos a la orilla del mar, tardes de compras.

Y entonces conocí a Ian, y Max no pudo aceptarlo.

La insolencia con la que lo trató desde el primer día me ofendía más que la súbita frialdad que adoptó conmigo.

Cuando Ian y yo decidimos poner fin a la relación, Max vino un día deshecha en lágrimas a pedirme perdón. La traté sin ninguna compasión y le dije con toda claridad que ella no había tenido nada que ver. Me parece que le dije, con una altivez que todavía me sonroja, algo así como: «Tu crueldad nos pasó cerca, pero sin rozarnos siquiera».

Estoy segura de que cree que es una herida que quedará abierta para toda la vida. Pero se equivoca, desde luego. Es mi hija, mi hija menor, y no hay nada, pero nada en el mundo entero, que pueda borrar eso. Tengo que hablar con ella un día de estos, antes de morirme.

—¿Y Elisa qué opinaba, de lo de Ian?

Mañana te daré un paquete de cartas de los últimos años. Por hoy, es suficiente...

Nueva York, junio de 1986

Querida Valèria: te envidio desesperadamente. Daría... el dedo meñique por volver a enamorarme. Y antes de que me escribas regañándome: todavía quiero a Jim, quizá más que nunca, pero es evidente que ya no estoy enamorada de él. Tus cartas me han hecho recordar que una persona no puede sentirse nunca tan llena como en los comienzos de un amor. ¡Qué maravilla!

Pero aquí me tienes, veinte años seguidos con el mismo hombre. ¡Quién lo iba a decir! ¿No? ¿Te acuerdas de cuando te escribía cartas desde Roma, París, o Milán contándote mis flirts y tú me reñías severamente?

Que conste que el mérito —si es que hay algún mérito en la fidelidad— no es mío. Jim es la persona más fácil que conozco y tiene una paciencia infinita conmigo. Renunciar a una vida como la que me proporciona él sería del género bobo. Es una vida al baño maría (se decía así, ¿no?). Hace muchos años que Jim me colocó en el centro de su existencia. Lo hizo sin consultarme y nunca quiso saber mi opinión. Fue decisión suya. Le parece que mi trabajo es más importante que el suyo, que su función en esta vida es facilitarme las cosas para que pueda dedicarme a la arqueología. Vive mis éxitos como si fueran suyos, más, si cabe. Y los dos somos felices, así que...

Pero ¿qué hago hablando de Jim y de mí? Los protagonistas del bolero sois Ian, el viejo escocés, y tú. Hace tantos años que lo conozco... Y a ti, desde siempre; os quiero a los dos y no puedo entender cómo no se me ocurrió nunca que estabais hechos el uno para el otro. Bueno, quiero decir después de la muerte de Quim, claro, ya me entiendes.

En realidad, y pensándolo bien, creo que Quim e Ian se parecen. No a primera vista, claro está (me parece oír tus carcajadas). ¡Ya lo sé! El uno tan familiar, el otro tan solitario. El uno tan afable, el otro tan reservado. El uno con ese aspecto saludable y bronceado de pescador de anchoas y el otro con la piel translúcida de los pescadores de las Highlands. Pero insisto: se parecen, tienen algo en común. Quizá una chispa de ironía en el fondo de los ojos. No sé, pero algo hay.

En fin, que me alegro mucho por ti, ya lo sabes. Espero que te diviertas de lo lindo en Escocia este verano, Y ¡recuerdos a Nessie!

Nueva York, noviembre de 1986

Valèria: ¿qué tal estás? Quieres que te dé mi opinión sobre todo esto. No sé qué decirte: respeto y hasta comprendo tu decisión, pero no la comparto. No entiendo que tengas que renunciar a este amor recién estrenado, a este regalo que la vida te ha ofrecido cuando no lo esperabas. Es un poco soberbio por tu parte, ¿no?

Si tuvieras que elegir entre Ian y tus hijos —no soy madre, pero todavía tengo sentimientos—, entendería que te inclinaras por tus hijos. ¡Pero no tienes por qué elegir! ¿Por qué te parece necesario? Puedes vivir con Ian en París, en Roma, donde os dé la gana, y estar en contacto permanente con tus hijos. Estamos casi en el siglo XXI, ¡por el amor de Dios! Y podéis reunir os un par de veces o tres al año, que es lo que hacen las familias civilizadas. Así se evitan las peleas y los inconvenientes de la convivencia.

También tengo que reconocer que Ian podría hacer el esfuerzo de ir a vivir contigo... pero, la verdad, lo entiendo perfectamente. Lo conozco desde hace muchos años, muchos, y siempre le oí decir que había «huido» de las Highlands en cuanto se le presentó la ocasión. Estoy de acuerdo con él en que las cosas importantes suceden en las grandes ciudades. Otra cuestión es que la vida pueda resultar tanto o más interesante si eliges otra opción. A ti también te entiendo. Entiendo que prefieras vivir en el Empordà, porque necesitas la planicie y el mar, el paisaje que has visto desde pequeña y que es tan asequible... Los acontecimientos que cambian el mundo los puedes saber por la prensa, por la televisión o por mí, que soy tu cronista oficial. Ambos tenéis derecho a elegir la vida que más os guste..., pero yo sigo pensando que es un pecado de soberbia renunciar a este amor sorprendente del atardecer.

Pero sois mayorcitos (nunca mejor dicho). Haced de vuestra capa un sayo. Yo os quiero a los dos tanto o más que antes.

Un abrazo.

La enfermedad de Valèria presionaba con más ímpetu cada día. Teníamos pocas treguas, pero las aprovechábamos. Cuando se encontraba un poco mejor, con fuerzas para hablar, pedía que me llamaran y yo corría a su casa. La encontraba en la cama, pero incorporada, con un montón de almohadas en la espalda y la sonrisa perfectamente colocada en los labios.

Cuando Max supo que la relación con Ian se había terminado, fue como cuando riegas una planta mustia. Se reanimó y floreció como nunca. Tenía veinte años, veintiuno tal vez, y era una chica que llamaba la atención: sus facciones proporcionadas, la piel lisa, dorada en verano, el pelo de un color tan raro... Y los ojos, desmesurados, azulísimos. Era cuestión de días que alguien se enamorase de ella, y me gustó mucho que el elegido fuera Sergi, un muchacho al que conocía desde pequeño, hijo de unos buenos amigos de Albons. A pesar de todo, no te quiero engañar, desde el primer momento supe que no durarían. No estaban hechos para estar juntos. Pero al menos el episodio sirvió para que Max descubriera que podía inspirar amor, y fue como si algo se le ablandara por dentro. A veces pienso que en ese momento empezó a creer que había otras personas que la querían, que la querían sus hermanos, que la quería yo. Quién sabe, quizá el amor la espere muy cerca...

—Es decir, que se inició una etapa de tranquilidad...

¡No creas! Mi madre siempre me decía que con tantos hijos nunca iba a estar tranquila. En aquella época, a primeros del año 1994, el matrimonio de Martina empezó a tambalearse.

Lo sentí mucho, desde luego, pero creía que sería una ruptura limpia, sin juego sucio y, sobre todo, sin daños colaterales. No había niños por en medio y tanto Miquel como Martina eran jóvenes todavía, y emocionalmente inteligentes. Es decir, que se recuperarían pronto.

Al principio Martina me reprochó —¡fíjate!— el gran ejemplo (por así decir) que habíamos sido para ella su padre y yo. Decía que nuestro amor era demasiado perfecto y que por eso había llegado a creer que cualquier relación de pareja tenía que ser igual. Se consideraba fracasada.

Pero conseguí que entendiera que el éxito de un compromiso de esta clase no dependía solamente de las dos personas que lo firmaban. Hay muchas circunstancias externas a la pareja que pueden hacer descarrilar un matrimonio. En su caso, sobre todo el carácter sumamente independiente de los dos, sus respectivas ambiciones profesionales, probablemente una educación menos fundada en el espíritu que la de nuestra época.

A primeros de junio mi hija y mi yerno vinieron a verme para comunicarme que habían decidido separarse. Comimos en el porche, en un ambiente cordial, y al verlos allí sentados, como dos compañeros de juegos, tuve la certidumbre de que habían tomado la decisión correcta y que los dos merecían una nueva oportunidad para enamorarse.

Después de comer, mientras el olor del café inundaba la casa, llegaron Guillem y su mujer, que por fin habían conseguido que prosperara el tercer embarazo. Cloe ya lucía una barriguita incipiente y estaba más guapa que nunca. Estuvimos pensando qué nombre podría ser el más acertado para el niño que esperaban.

Recuerdo que en aquel momento, mientras Martina proponía Sara o Roger, y Guillem valoraba la posibilidad de ponerle Valèria..., me incomodó el contraste entre la felicidad de mi hijo y el dilema de mi hija. Y volví a acordarme de mi madre cuando me decía que con tantos hijos nunca iba a estar tranquila.

Fue la última vez que Miquel vino a mi casa y todavía echo de menos de vez en cuando a este yerno ocurrente y educadísimo.

Aquel mes de agosto hizo un calor pesado y húmedo y Cloe, con los siete meses de embarazo, venía a menudo a casa al caer la tarde, buscando un poco de frescor al amparo del níspero del jardín. También estaba en casa la tarde en que llamó Martina y me dijo que tenía que hablar conmigo de una cuestión importante. En ese momento no detecté ninguna señal de alarma en su tono de voz y le dije que sería mejor que me llamara por la noche, que estaría sola y podríamos hablar con más tranquilidad.

Sin dramatizar, me contó que se había quedado embarazada de Miquel, pero que no por eso cambiaría de actitud respecto a la separación, y que había decidido abortar. Quería que la acompañara a la clínica, pero entendería

perfectamente, dijo, que no me apeteciera. Pensaba que a lo mejor yo no era partidaria del aborto voluntario.

Le agradecí la delicadeza, pero le garanticé que no había nada que pudiera impedir que la acompañara en semejante momento.

Tenía cita en la clínica para el martes siguiente y me limité a aconsejarle que se concediera unos días para reflexionar sin prisas sobre la decisión que había tomado. Lo dije porque pensaba que tenía que decirlo, pero conozco bastante a Martina para saber que la reflexión había sido previa a la llamada. No iba a cambiar de opinión.

El siguiente lunes fui en coche a Barcelona con la excusa de unas jornadas de arqueología inexistentes. Martina me había pedido que no dijera nada a sus hermanos, porque así todo sería más sencillo.

Salió bien, como estaba previsto. Le practicaron el aborto a las diez de la mañana y a primera hora de la tarde la mandaron a casa con la recomendación de que guardara cama las cuarenta y ocho horas siguientes.

Se encontraba muy bien y recuerdo que jugamos un buen rato al *scrabble*, hasta que se durmió. Me senté en un sillón de su habitación a leer una novela de Margaret Atwood, *Ojo de gato*, que Elisa me había recomendado con entusiasmo. La voz entre tierna y cínica de Elaine, la protagonista narradora, me recordaba la manera de ser de Elisa, «dos nombres con E», recuerdo que pensé. Elaine, una pintora canadiense madura, regresaba a Toronto para hacer una exposición retrospectiva de su obra; las calles de la ciudad le traen el recuerdo de la niña que había sido, especialmente de la oscura relación con una amiga, Cordelia, que la había dominado psicológicamente durante mucho tiempo, torturándola hasta el extremo de amargarle unos años que debían haber sido despreocupados y felices. «Querida Elisa —escribí esa noche, mientras Martina dormía plácidamente—, espero que no pienses que me parezco en nada a la malvada Cordelia...»

Estaba escribiendo cuando sonó el teléfono. Me levanté precipitadamente, con riesgo evidente de caerme. Pulsé el botón de descolgar y salí de la habitación, más pendiente de si Martina se despertaba que del motivo de la llamada.

Era su hermano Guillem.

En todas estas semanas de conversación, nunca había visto a Valèria Isern tan pàlida. Me asusté y le sugerí que dejáramos la narración, pero no hubo manera de convencerla. Dijo que quería llegar al final. Y temí que llegara el final de verdad.

La voz de mi hijo parecía la de un viejo. Murmuraba palabras inconexas y tuve que decirle que me lo repitiera. ¿Me decía que estaba en el hospital con Cloe? ¡No! ¡Éramos Martina y yo quienes acabábamos de salir de un hospital! Por un momento pensé que, de alguna manera, se había enterado del verdadero motivo de mi escapada a Barcelona.

Cuando por fin entendí lo que me decía, tuve que apoyarme en la pared del pasillo y poco a poco fui resbalando hasta sentarme en el suelo. Cloe se había puesto mala, tenía pérdidas, habían ido en coche a Girona y ahora estaban en el Josep Trueta, en urgencias. El médico acababa de decir que no se oía el corazón del feto, que había muchas posibilidades de que hubiera muerto y que era preciso hacerlo nacer esa misma noche. ¿Podía ir a Girona a hacerles compañía? Me lo dijo con voz implorante. No se sentía capaz de consolar a Cloe de semejante pérdida.

Añadió que sentía mucho fastidiarme las jornadas del día siguiente, que prometían ser tan interesantes..., ¿de qué jornadas me hablaba? Lo entendí de repente: era la excusa que me había inventado para ir a Barcelona. Guillem no sabía, no podía sospechar, que, en realidad, aquella noche yo tenía previsto quedarme velando el sueño de su hermana, que acababa de someterse a un aborto voluntariamente.

Por mucho que me esforcé no encontré la manera de decirle que no podía ir a ayudarlo sin confesarle el motivo que me lo impedía. ¿Cómo podía decirle a mi hijo que su hermana acababa de perder a una criatura a propósito, mientras él y su mujer lloraban desconsoladamente por la pérdida accidental de la suya? ¡Con la de años que habían pasado, empecé a llamar mentalmente a mi marido! «¡Quim! ¡Ven! ¡Ayúdame a pasar este mal trago!» Nunca me había sentido tan sola y tan impotente.

Martina se había despertado y estaba en el hueco de la puerta observándome. ¿Qué hacía su madre sentada en el suelo, hablando por teléfono, con lágrimas en la cara? Se acercó, se agachó enfrente de mí y me interrogó con la mirada. Le pedí a Guillem que esperase un momento y me pareció que el impacto de estas palabras viajaba hasta Girona, rebotaba en la estupefacción de mi hijo y volvía para golpearme violentamente.

Explicué la situación a Martina en dos palabras y la vi palidecer hasta que la piel se le puso de color ceniza. Se rehízo en unos segundos y me cogió el teléfono de las manos. La vi hablar con su hermano y, con una voz muy dulce que no parecía la suya, le dijo lo que estaba pasando. Se puso a llorar mientras le decía adiós a Guillem y volvía a pasarme el teléfono. Le dije a mi hijo que en cuanto amaneciera cogería el coche y me presentaría en Girona.

Todo el esfuerzo que había hecho para no salir disparada en ayuda de mi hijo en ese mismo momento tuve que volver a hacerlo al día siguiente para dejar sola en casa a mi hija. No habíamos dormido en toda la noche y la había oído llorar muchas horas.

Cuando finalmente abracé a mi hijo en Girona me disculpé por haberle fallado. Confiaba, le dije, en que fuera la primera vez. Guillem, tan generoso y cálido como siempre, me aseguró que sí, que era la única vez en su vida que no había podido contar conmigo cuando me necesitaba. Y añadió: «Y, de todos modos, en realidad no cuenta, porque tenías una buena razón para no venir, la única razón válida: estabas ejerciendo de madre en otra parte».

Valèria Isern murió de madrugada, que es la hora de las despedidas. Hacía unos días que el médico había anunciado que el final podía llegar en cualquier momento. Martina y Max se habían instalado en su casa y la acompañaban por la noche. De día, los cuatro hermanos se turnaban para que no estuviera nunca sola en la habitación.

Pero la casa siempre estaba llena de gente: yerno, nuera, nietos, hermano, cuñada, sobrinos..., yo iba por allí a diario. Había alquilado una casita en Sant Martí d'Empúries y me pasaba el día transcribiendo y repasando las notas que había tomado en las conversaciones con Valèria.

A veces, cuando estábamos en el comedor de su casa, uno de los hijos salía precipitadamente de la habitación de la enferma y pedía a alguien que entrara. Valèria empezaba a respirar más agitadamente, o quizá el sueño parecía demasiado profundo, o bien movía los brazos y las manos con una ansiedad extraña. Cualquier cosa podía ser una señal de que el final estaba cerca.

Después de uno de estos sobresaltos, Màxima Danés, más delgada y demacrada que nunca, vino a sentarse a mi lado en el sofá. Apoyó la cabeza — con la melena de color galleta maría extendida en el respaldo, unos mechones en mi brazo— y cerró los ojos con una actitud de cansancio profundo. Le dije unas palabras de consuelo, desencajadas, y ella abrió los ojos azulísimos y me miró. «Es terrible estar esperando que pase lo que más temes», dijo. Lo único que fui capaz de hacer fue poner la mano encima de la suya, que parecía un pajarillo caído del nido.

El jueves por la tarde llegó el médico y dijo que Valèria había entrado en un coma ligero del que ya no se despertaría. Los cuatro hijos decidieron quedarse a pasar allí la noche.

Al día siguiente a primera hora me llamó Neus para decirme que su madre había muerto de madrugada. Sin preguntarle nada, me dijo: «Estábamos los cuatro con ella. Guillem le cogía una mano, yo la otra. Max se había sentado a los pies de la cama y Martina nos miraba sentada en el sillón del rincón».

Me ofrecí a ayudarlos en lo que hiciera falta... No quise volver a casa de Valèria en todo el día porque me parecía una intromisión en el dolor de unas personas que, por otra parte, me habían abierto tan generosamente un hueco en su intimidad en las últimas semanas.

El día del funeral salí temprano de casa. Soplaban la tramontana y el cielo estaba limpiísimo. Una claridad extraña lo iluminaba todo. Era una mañana ampurdanesa y pensé que Valèria la habría elegido exactamente así para despedirse.

A la puerta de la iglesia de San Pedro había grupos de personas formando círculos, uno junto al otro, con el cuello del abrigo levantado, la bufanda alrededor del cuello, los hombros encogidos. No sabría decir si se protegían del viento o de la tristeza. La hija menor de Valèria vino a buscarme y ya no se movió de mi lado. Tenía todo el tiempo la sensación —íntima y sin ninguna evidencia que la demostrara— de que esa mujer de ojos azulísimos reclamaba mi protección. Es más, tenía la certeza de que se la estaba ofreciendo sin necesidad de gestos ni palabras, con el simple hecho de quedarme a su lado.

A Guillem y Cloe los recibieron con abrazos y demostraciones de afecto. Me quedé mirándolos mientras él, el hijo de Valèria, se paraba a recibir el pésame, sonreía, agarraba suavemente a su interlocutor por el codo, abrazaba a una señora mayor, acariciaba el rostro de una niña, estrechaba enérgicamente la mano de su primo. No había barrera que la calidez de Guillem Danés no salvara, mientras su hermana menor, en cambio, permanecía callada y quieta a mi lado, sin tocar a nadie, sin admitir consuelo.

Martina me saludó desde el otro lado de la plaza con un movimiento de cabeza y una gran sonrisa. Fue como un relámpago, como si despidiera chispas blancas, como si un foco la iluminara solamente a ella. Era la imagen de la serenidad doliente, con ese estar suave y elegante, como si a cada instante confirmara, sin pretenderlo, que ella no era como los demás. Se le acercaban las mismas personas que acababan de saludar a su hermano y era curioso

observar el cambio de actitud de la gente. Se habían acercado a Guillem con franqueza, demostrando abiertamente su compasión, seguros del afecto que iban a encontrar en reciprocidad. Con Martina, estas mismas personas se encogían, parecían inseguras, buscaban la fórmula correcta, mantenían cierta distancia incluso en el momento de estrecharle la mano o esbozar un abrazo. La mayoría de las veces la naturalidad llegaba cuando saludaban a su exmarido, Miquel Batalla, que repartía sonrisas y palabras amables, cómodamente resguardado en un abrigo de lana de cachemira.

Poco antes de iniciarse la ceremonia llegó Neus con su familia (la pequeña Judit lloraba e hipaba de tal forma que temblaba de los pies a la cabeza), acompañados del hermano de Valèria, súbitamente envejecido, y de su mujer.

En cuanto vi a Consol me acordé de unas palabras de Valèria: «Siempre está preparada para recibir la adversidad, como para dar la razón a su tenaz pesimismo. Siempre con la misma expresión en la cara, como diciendo: “os lo dije, esto no podía salir bien”...». El recuerdo me hizo sonreír y justo en ese momento una voz me susurró al oído: «Mírala —y forzando la voz hasta hacerla ridícula—, “os dije que esto no podía salir bien”...».

Me volví y abracé brevemente a Elisa, que me sonreía con la mirada burlona más triste que nunca. Me di cuenta de que todo el mundo nos miraba, es decir, todo el mundo la miraba. Todo el mundo observaba con una curiosidad seguramente teñida de censura a aquella mujer bajita, arrugada y extravagantemente vestida con unos pantalones de pana de color burdeos, abrigo morado hasta los tobillos y gorra de lana negra. Mi tía, la hermana mayor de mi madre, ajena a la expectación que despertaba, nos agarró del brazo a Max y a mí y echó a andar hacia la iglesia. Me detuve a esperar a su marido, que se había entretenido saludando a alguien. Entonces vi a Ian Kilbride, el viejo escocés, que avanzaba a grandes pasos, aún firmes. Elisa y él se abrazaron brevemente, sin concesión alguna al dramatismo, pero ninguno de los dos pudo sostener la mirada del otro. Fue solo un segundo y no hubo palabras, pero tuve la certeza de que esas dos personas se sentían estrechamente unidas por un dolor muy semejante.

En la iglesia, el cura dio la bienvenida a los deudos y familiares y recordó a los presentes que estábamos allí reunidos para despedirnos de Valèria Iern, hija de L'Escala, a quien todos conocíamos y apreciábamos..., y empecé a oír de nuevo su voz, la de Valèria: recuerdo aquellas tardes en el jardín de la casa de Albons, Max gritando porque Guillem quiere salpicarla con la manguera, Neus regañando a las muñecas, Martina cantando, encaramada al níspero, con las piernas colgando... No me cansaría de estar con Elisa Saumell. Es una chica diferente. En primer lugar, lleva un abrigo rojo —nadie lleva un abrigo de color rojo—, y el pelo corto, que le da un aire... parisino. Es divertida, ocurrente y muy atrevida... Quim me consuela y quiere tranquilizarme de este desasosiego, pero en ningún momento lo he visto dispuesto a renunciar al deseo que considera tan natural. Al final le he propuesto un pacto: los domingos nos permitiremos ir un poco más allá, solo una vez a la semana. «¿Un beso de día de fiesta?», ha dicho Quim con sorna. «Eso es —le he contestado, muy digna—, un beso de domingo»... Después de ver con mis propios ojos la relación contradictoria de Ian con las Tierras Altas, supe que por nada del mundo, ni siquiera por nuestro amor recién estrenado, blando y caliente como un bizcocho al sacarlo del horno, lograría arrastrarlo a vivir en otra parte que no fuera una gran ciudad, París o Roma, donde suceden todas las cosas... Todo el esfuerzo que había hecho para no salir disparada en ayuda de mi hijo en ese mismo momento tuve que volver a hacerlo al día siguiente para dejar sola en casa a mi hija.

El cura dio el duelo por terminado y la gente empezó a salir de la iglesia. Me quedé quieto en el banco, por todas partes proliferaban las lágrimas, los pañuelos, los suspiros. Seguía oyendo a Valèria: Me veo andando con un gran ramo de mimosa en los brazos, o sentada con la falda llena de fruta madura y jugosa —albaricoques, cerezas, rodajas de sandía—, o con la mirada clara, llena de colores. Aquella mañana de cielo azul —el azul límpido que deja la tramontana— iba por el camino de arena que lleva al cementerio, flanqueado por cipreses, y todo estaba en silencio. Solo se oía el ruido de mis pasos al pisar la tierra compacta, decenas de minúsculos estallidos.

Y recuerdo que, sin venir a cuento, aunque era desvergonzadamente joven y tenía el corazón tenso de amor, pensé que un día volvería a hacer el mismo camino sola y en silencio, como en ese momento, en la soledad y el silencio de

la muerte...

Fuera de la iglesia, la tramontana arreciaba y notábamos cómo nos cortaba la piel con su filo gélido. Los primeros en salir fueron los hijos, dispuestos a acompañar a su madre en el último paseo hasta el cementerio. Elisa y yo nos quedamos juntos y entonces volvió a cogerme del brazo. Sentí su peso de viejecita menuda y le pregunté si se encontraba bien. Me miró con su media sonrisa y me preguntó: «¿Qué? ¿Tenía razón?».

Seis meses antes, había ido a ver a mi tía a Estados Unidos con la intención de pedirle ayuda. Le dije que quería ser escritor y que creía que su vida me daría un buen argumento para una novela. Cumple todos los requisitos: riesgo, viajes, aventuras amorosas, ambición profesional, éxito.

Elisa se negó amablemente pero con firmeza: «¡Si quieres escribir una vida de novela, vete a ver a mi amiga Valèria!», me dijo. Yo protesté: ¿Valèria Isern? ¿Su amiga de juventud que se había quedado en el pueblo donde nació, que se casó con su primer amor, que se limitó a ser madre de familia...?

Mi tía me convenció y convenció a Valèria de que confiara en mí. Así empezaron las largas charlas en las que esta mujer enferma, a las puertas de la muerte, me regaló su vida.

Sin el menor esfuerzo, reconocí que sí, que tenía razón. Podía y quería escribir una novela sobre Valèria Isern. «Empiezo mañana mismo», le dije.

Notas

1. El uso de la cursiva en este libro es el preceptivo en castellano, pero también se usa para señalar las palabras y frases que aparecen en castellano en el original y las entradas de los diarios de Valèria. (*N. de la t.*)

1. Sant Martí d'Empúries es un vecindario medieval que depende de L'Escala.

Besos de domingo

Sílvia Soler

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Petons de diumenge*

Diseño de la cubierta, Booket / Área Editorial Grupo Planeta

© Fotografía de la cubierta, Getty Images

© Sílvia Soler, 2008

© por la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-233-5347-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com